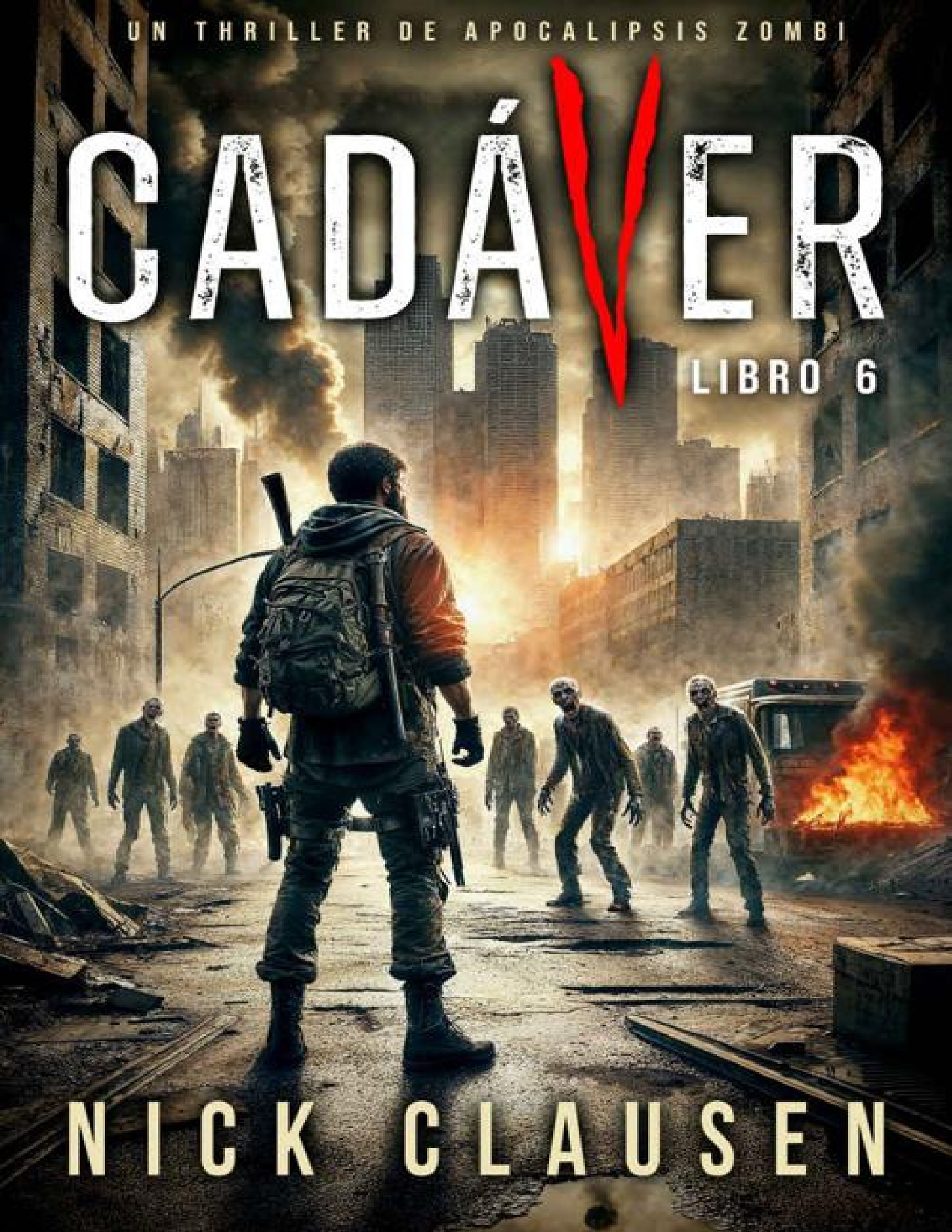
UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBI

CADÁVER

LIBRO 6



NICK CLAUSEN

Copyright © 2024 de Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los EE. UU.

CONTENIDO

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19

20. 20

21. 21

22. 22

23. 23

24. 24

25. 25

26. 26

1

—¡Esto es un caos absoluto, Patrick! ¡El miedo se palpa en el aire! Y sé… perdónenme señores… sé que hablamos mucho sobre la pandemia de COVID cuando empezó en el 2020, pero esto... esto es... no tengo palabras para describirlo, Patrick... Es casi como si... por favor, señor, estamos grabando aquí... Sí, creo que la escena a mi alrededor habla por sí sola, de verdad...

Ella se mete otro cacahuete en la boca y mastica lentamente mientras observa el caos en la pantalla. Es una transmisión en directo desde Bergen, que está a solo 90 minutos de donde ella se encuentra. También es la segunda ciudad más grande de Noruega. Desde que la infección se desató aquí en Mo, la gente de Bergen ha estado perdiendo los nervios. Hace poco más de una hora, la infección llegó a la ciudad, desatando el pánico por todas partes.

El reportero, un joven valiente con un peinado perfecto y un rostro apuesto, está haciendo todo lo posible por mantener el contacto visual con los espectadores, pero tanto él como el camarógrafo siguen siendo empujados por la multitud que intenta vaciar las estanterías de un supermercado.

—A pesar de que el confinamiento total lleva en efecto… un poco más de siete horas... hay miles de personas en las calles, y parece que todos... por favor, ¿podrían dejar de empujar? Parece que todos están decididos a llevarse a casa tanta provisión como puedan cargar. Hemos recibido varios informes de saqueos, e incluso de violencia e incendios... La policía se ha rendido, y se espera la llegada del ejército en cualquier momento... Al parecer, a nadie aquí en Bergen le importa mucho el protocolo o...

Ella decide que ha escuchado suficiente. Tomando el mando a distancia, pone el televisor en silencio. El salón enmudece, y en esa falsa paz puede escuchar los quejidos que provienen del dormitorio. También puede oír los ruidos de fondo del pueblo fuera de las ventanas, aunque han

disminuido desde que llegó a la casa de Juma. Principalmente, son motores rugiendo y disparos esporádicos. Algún que otro grito.

Ella asume que a estas horas la mayoría de la gente o está muerta, atrincherada en sus casas, o ha huido del pueblo. Los únicos vehículos que aún patrullan las calles son los militares y los de la policía, probablemente reuniendo a los infectados. Lo que hacen con ellos, Ella no lo sabe. El reportero en la televisión entrevistó a un jefe de policía, quien dejó claro que los infectados estaban enfermos y debían ser tratados como tales, a pesar de su "comportamiento hostil". Dijo varias veces que el vigilantismo, la ley del más fuerte y cualquier acto de agresión contra los infectados no solo era peligroso, sino también altamente ilegal y castigado por la ley. Quería acabar con los rumores sobre "muertos vivientes" o "zombis", insistiendo nuevamente en que esto era una enfermedad, no el apocalipsis, y que una cura estaba a la vuelta de la esquina. Lo comparó con el COVID, diciendo que el pueblo noruego debía mostrar la misma calma y valentía que la gente de Wuhan cuando el Coronavirus estalló por primera vez.

Ella simplemente lo observaba en silencio, atónita. Se preguntaba si el jefe de policía había estado cara a cara con alguno de los infectados. A juzgar por su bien cuidado bigote y su impecable uniforme, lo dudaba.

Por mucho que intentara calmar el pánico, no contaban con lo suficiente para detener los disturbios en cada una de las ciudades más importantes del país. Ella no está segura de si queda alguien que todavía siga viendo las noticias. Oslo, la capital, sigue estando a seis horas de cualquier caso confirmado de infección, el jefe de policía lo dijo él mismo, y aun así la ciudad ya está agitada, con gente huyendo en coche, barco e incluso aviones privados despegando sin permiso.

Si la infección no se ha extendido ya a los países vecinos, lo hará en cuestión de horas. Probablemente empezando por Suecia. Luego Dinamarca. Y a través de Dinamarca, Alemania. A partir de ahí, sería un viaje sin barreras por toda Europa continental. Según lo que Ella pudo leer en línea, el Reino Unido, Alemania, Holanda, Francia y Rusia ya estaban cerrando sus fronteras y ordenando a la gente que se quedara en casa hasta nuevo aviso. Sin embargo, si lo que se ve en la pantalla frente a ella es un indicio, duda mucho que los procedimientos de confinamiento hagan mucho para frenar la avalancha. La gente simplemente no se deja engañar.

También ha estado revisando las redes sociales. En todo Facebook, ve la palabra "zombi". Uno de sus antiguos compañeros de clase, un chico solitario que no decía mucho, publicó una foto de sí mismo completamente camuflado, sosteniendo un cuchillo enorme junto con un rifle. Se

encuentra escondido en algún lugar del bosque, con una leyenda que dice: ¿Quién es el paranoico ahora? ¡Nos vemos al otro lado! #zombis #apocalipsis.

Ella revisa su teléfono nuevamente. Todavía no hay respuesta de su madre. Tampoco hay llamadas perdidas. Un nudo de ansiedad comienza a formarse en su estómago. Sabe que su madre es fuerte y capaz de actuar incluso bajo presión. También es astuta y cuidadosa. No se dejaría acorralar por los infectados, y tampoco tomaría riesgos estúpidos.

Lo único que a Ella le preocupa que haya puesto en peligro a su madre es su sentido del deber. Probablemente seguirá órdenes mucho más allá de un punto sin retorno. Así es como es. Si sus superiores la enviaron al frente, Ella duda mucho que su madre desobedeciera. Es orgullosa y leal hasta el extremo.

«Por favor, no te sacrifiques por una causa perdida», piensa Ella, mirando el número de su madre, considerando llamarla por enésima vez. Está a punto de hacerlo, cuando oye el crujido de las tablas del suelo.

Mira hacia el lugar del ruido y ve a Juma entrando en la sala. Él suspira, se quita un guante de goma y se pasa una mano por el cabello encrespado.

—¿Alguna noticia? —pregunta Ella, guardando su teléfono.

—Iba a preguntarte a ti —dice él, asintiendo hacia el televisor.

—Nada bueno —responde ella—. Ha llegado a Bergen.

—Oh —No suena realmente sorprendido. Simplemente mira en blanco al televisor por un momento.

—¿Y tu tía?

—¿Eh? —Parpadea y vuelve en sí—. Pues, sigue igual. No creo que vuelva a entrar allí. —Se frota el ojo con la base de la mano—. Me está afectando a la cabeza, verla así. Quiero decir, está muerta. Lo sé. Pero... —Se encoge de hombros dos veces.

—Lo entiendo —dice Ella—. Lo siento.

Juma se sienta a su lado. Se retuerce las manos.

—Lo interesante ahora eres tú. Hice las pruebas.

—¿Y? —Ella siente su pulso aumentar ligeramente, a pesar de sí misma.

Juma mira al suelo por un momento, luego vuelve a mirarla.

—¿Te pusiste alguna vacuna este año?

Ella niega con la cabeza.

—No.

—¿Segura? ¿Ninguna vacuna contra la gripe? ¿COVID?

—Me puse la vacuna del COVID una vez, pero fue, ¿hace cuánto?, ¿tres años ya?

—Ajá. Bueno, me temo que no estamos más cerca de una respuesta.

—¿Qué significa eso?

—No había anticuerpos en tu sistema. —Lo dice como si ella debiera saber lo que eso significa.

—Esas son las cosas que el cuerpo produce para combatir los virus, ¿no?

—Virus o bacterias, sí. Debería haber al menos algunos presentes en tu sangre. Deberían indicarnos con qué patógeno estuviste infectada. Pero... —Hace ese doble encogimiento de hombros otra vez, obviamente un hábito inconsciente que tiene.

—Entonces, ¿qué? Sin anticuerpos, no hay cura, ¿verdad?

Él asiente.

Ella se recuesta y sopla su flequillo.

—Maldita sea. No esperaba mucho realmente, pero supongo que tenía esperanzas igualmente. —Le lanza una mirada de reojo—. ¿Qué es entonces esta cosa?

Juma está mirando la pantalla. Parece perdido en sus pensamientos de nuevo. Ahora están mostrando una vista aérea, ya sea desde un helicóptero o tal vez es un dron. La gente corre por las calles, cargando bolsas, mochilas, incluso maletas. Un padre lleva un niño en cada mano y uno en los hombros también. La escena es terriblemente desgarradora, y Ella aparta la mirada.

Hace la pregunta que le ronda la mente desde que llegó aquí.

—¿Es algo sobrenatural?

Juma la mira con las cejas ligeramente levantadas.

—No creo en lo sobrenatural.

—Yo tampoco —dice ella—. Pero si no hay una explicación natural...

Juma simplemente la mira, así que ella continúa.

—Vale, mira esto... —Saca su teléfono—. Busqué "origen zombi" y encontré este artículo... Listan cinco tipos generales: químico, biológico, tecnológico, construido o sobrenatural. Si descartamos cualquier virus o bacteria, los dos primeros quedan fuera. Y "tecnológico" significa que algún tipo de maquinaria se utiliza para mantener los cuerpos en funcionamiento, como medio robots, y obviamente ese no es el caso. Los zombis construidos serían como el monstruo de Frankenstein, y eso también lo descartamos. Así que solo queda un tipo. Déjame leer lo que dice... —Se aclara la garganta—. Las causas sobrenaturales para la existencia de los zombis incluyen algún tipo de componente paranormal o metafísico. Son inexplicables para la ciencia moderna y no tienen otra causa detectable. Algunas versiones utilizan brujería, hechicería o

algún tipo de rituales religiosos, como el vudú. Estos pueden considerarse posesiones en lugar de enfermedades físicas, y a menudo hacen referencia a espíritus o maldiciones. Otras provienen de mitos culturales y folclore, en particular de origen nórdico europeo. Estas incluyen al nachzehrer alemán y al draug noruego...

Ella deja de leer y hace una pausa por un momento. Ya había leído el texto dos veces en su cabeza, pero de alguna manera, leerlo en voz alta se siente diferente. En especial esa última palabra.

Draug.

La repite varias veces en su mente, y casi parece reverberar en su cabeza. Por alguna razón, le provoca escalofríos.

Mira a Juma y ve que él la está mirando también, y tiene la sensación de que quizás haya sentido lo mismo.

Ninguno de los dos habla de inmediato.

Finalmente, Juma dice:

—No soy supersticioso.

—Yo tampoco —responde Ella, sintiendo una fuerte sensación de déjà vu—. Pero si no es...

Es interrumpida por un fuerte estruendo que proviene del pasillo.

2

Durante dos segundos, Juma y Ella simplemente se miran.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta Ella.

—Creo que vino de la puerta principal —responde Juma.

Entonces, justo cuando Ella está a punto de decir algo más, se escucha otro estruendo similar. Esta vez, seguido del sonido de madera rompiéndose y algo cayendo al suelo. Alguien evidentemente acaba de derribar la puerta de entrada, y ahora esa persona entra pisoteando el pasillo. Una voz masculina grita: —¡Vamos, Oliver!

Juma corre hacia la puerta del salón, que está entreabierta. Está a punto de cerrarla de golpe cuando ve a un tipo enorme en el pasillo. Lo que hace que Juma se detenga es el hecho de que está de la mano con un niño que no debe tener más de cinco años. En la otra mano, el hombre sostiene una barra de metal brillante. Mira frenéticamente a su alrededor, aparentemente tratando de decidir hacia qué habitación dirigirse. Detrás de él, la puerta principal está completamente abierta. Un gran trozo del marco se ha desprendido, y es muy obvio que la puerta ya no se puede cerrar, mucho menos bloquear.

—¡Ya vienen, papá! —grita el niño, mirando hacia atrás.

—Lo sé —gruñe el padre, dirigiéndose al dormitorio. Mientras se apartan, Juma puede ver el rellano a través de la puerta abierta. Y lo que ve hace que se le hunda el corazón. Un grupo de personas infectadas está subiendo las escaleras y dirigiéndose directamente al apartamento. Hay al menos cinco de ellos, y se están moviendo rápido.

—¡Mierda! —exclama el hombre desde el dormitorio, sin duda sorprendido al ver a Juri atada a la cama allí, y de inmediato retrocede, arrastrando al niño consigo.

—¡Cuidado! —grita Juma, sin pensarlo.

Su intención es advertir al hombre, ya que en ese momento el primer infectado atraviesa la puerta. Pero el grito de Juma solo sirve de distracción, haciendo que el hombre se gire instintivamente y levante la barra en un gesto protector.

—¡Papá! —grita el niño, tratando de alejar a su padre del peligro.

El hombre se gira a medias, lanzando un golpe salvaje con su arma mientras lo hace. Está claro que es tan fuerte como alto, porque aunque la barra solo roza la parte superior del cráneo del infectado, se escucha un fuerte chasquido y lo hace tambalearse hacia un lado.

Eso les da justo el tiempo suficiente para retroceder antes de que el siguiente de la fila se lance hacia ellos. Esta vez, el padre está mejor preparado. Suelta al niño para agarrar la barra con ambas manos y lanza un golpe a la persona, una mujer, no mucho mayor que Juma. Debe de ver la barra venir, pero no hace nada para evitarlo, y el impacto en su mandíbula rompe el hueso, enviando pedazos de dientes por todas partes. Ella se desploma de rodillas, gimiendo, claramente aturdida. Pero solo le toma un par de segundos recuperar el equilibrio y comenzar a levantarse. Mientras lo hace, el siguiente hombre pasa por encima de ella, tropezando en su prisa por alcanzar al dúo padre e hijo. Al caer, extiende ambos brazos y agarra la capucha de la chaqueta del niño. Lo habría derribado si el padre no hubiera sujetado al niño por el hombro.

—¡Quítale tus malditas manos de encima! —grita el hombre, levantando la pierna tan alto que la rodilla casi toca su barbilla, para luego pisotear con la fuerza de un martillo neumático. Su bota aplasta la nuca del hombre, y su cabeza se dobla hacia atrás en un ángulo extraño. Aparentemente, es suficiente para romper algo vital, porque el hombre se sacude brevemente, como si una corriente eléctrica lo atravesara, y luego se desploma inerte. El padre le da una patada más al cuerpo por si acaso, y luego lanza otra patada al rostro de la mujer que está arrastrándose hacia adelante.

El niño está gritando, aún aferrado al brazo de su padre, mientras el hombre lucha contra los atacantes. Tres más han logrado colarse por la puerta principal, y el pasillo está completamente abarrotado.

Solo cuando una mano agarra a Juma por el hombro y lo arrastra hacia atrás, se da cuenta de que ha estado completamente aturdido. Había estado ahí quieto… ¿cuánto tiempo? Se siente como si fueran varios minutos.

Ella corre junto a él y grita al hombre:

—¡Eh! ¡Por aquí!

El hombre no la escucha; está demasiado ocupado golpeando y pateando a los infectados, aparentemente decidido a matarlos a todos allí mismo en el pasillo. Pero siguen entrando más en

el apartamento, y está claro que es una batalla perdida. El niño ve a Ella, luego la puerta abierta del salón, y se da cuenta de que hay un refugio seguro a su alcance, por lo que comienza a tirar de su padre, gritándole para que le siga.

Pero el padre no lo oye.

Ella se acerca, agarra la mano del niño y, con un fuerte tirón, lo libera del agarre de su padre. El hombre finalmente reacciona y se da la vuelta, con una expresión salvaje en el rostro.

—¡No, Oliver! —Ve a Ella y a su hijo desaparecer en el salón y los sigue de inmediato, saltando a través de la puerta.

Juma está preparado, ha recuperado lo suficiente de sus sentidos como para saber cuál es su papel, y ahora cierra la puerta de golpe, apoyando la espalda contra ella.

Ella ha llevado al niño hasta la mesa de café, claramente queriendo alejarlo del pasillo. El padre se acerca a ellos, respirando como un toro furioso. Está a punto de atacar a Ella cuando el niño se interpone frente a ella, levantando ambos brazos.

—¡Papá!

El hombre se arrodilla, envuelve a su hijo con un solo brazo y levantándolo del suelo, señala a Ella y luego a Juma con la barra de metal, como si fuera una varita mágica con la que pudiera defenderse de ellos.

—¿Vosotros... estáis infectados?

—No —responde Juma de inmediato, dándose cuenta de que está levantando las manos en un gesto caricaturesco de rendición, y se obliga a bajarlas. La imagen del hombre, imponente en medio del salón, es casi tan aterradora como las personas infectadas en el pasillo. Aún jadea, el sudor le corre por la frente, y sus pupilas parecen diminutas. Claramente no es ajeno al gimnasio; incluso con la sudadera, se notan sus hombros y pectorales voluminosos. Lleva pendientes y luce un peinado moderno: completamente rapado por los lados y la parte trasera, y en la parte superior de su cabeza hay un nido que probablemente comenzó como un moño pulcro, pero ahora parece más un nido de pájaro después de una tormenta.

—¿Y vosotros? —pregunta Ella.

El padre la mira, baja la barra y luego sacude la cabeza una vez.

—No. Estamos bien. ¿Verdad, Oliver?

El niño mira a su padre y asiente enérgicamente.

—¿Y mamá? —pregunta el niño.

—Te dije que ella también está bien —responde el hombre con un tono despreocupado que hace sospechar a Juma que está mintiendo.

—Pero los enfermos estaban por todas partes, papá. Los vi entrar en la habitación donde estaba mamá, y escuché…

—Escúchame —dice el hombre, agachándose para mirar a su hijo a los ojos—. Mamá está bien. La llamaremos tan pronto como salgamos de la ciudad.

El niño parece preocupado.

—Pero, ¿no podemos llevarnos a mamá con nosotros?

—No, no podemos.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos llegar hasta ella. Tú mismo lo dijiste. Los enfermos entraron en el juzgado, y estaban por todas partes. —El niño está a punto de decir algo, pero el padre continúa —: Pero mamá está a salvo. Los guardias la están protegiendo. La están llevando a un lugar seguro.

—¿Iremos... iremos al mismo lugar seguro que mamá? —pregunta el niño.

—Sí, claro —responde el hombre, poniéndose de pie de nuevo.

Otra mentira a medias, piensa Juma.

Ella pasa junto al hombre y su hijo, y el hombre aparta al niño, claramente sin querer que Ella se acerque demasiado. Ella finge no darse cuenta, pero se dirige a Juma y mira el pomo de la puerta.

—¿Se puede cerrar esta puerta con llave?

—No —responde Juma, sintiendo los golpes del otro lado mientras los infectados se amontonan para entrar.

—Maldita sea —murmura ella, mirando las bisagras—. Y se abre hacia adentro. Necesitamos bloquearla. —Echa un vistazo a su alrededor. El salón está modestamente amueblado. No tienen muebles particularmente pesados, salvo el sofá

—Eso —dice Ella, aparentemente llegando a la misma conclusión que Juma. Mira al padre—. Empuja eso hasta aquí.

El hombre resopla.

—¿Ahora me das órdenes?

—Creo que es lo mínimo que puedes hacer después de patear la puerta de entrada —dice Ella con calma.

El hombre la mira, claramente no esperaba ninguna réplica.

—Nos vamos —dice—. Nos largamos de la ciudad y tan lejos de aquí como podamos.

—Tenemos que encontrarnos con mi mamá —agrega el niño—. También la están llevando a un lugar fuera de la ciudad.

—Sí, lo he oído —responde Ella, forzando una sonrisa. Luego vuelve a mirar al hombre—. ¿Cuántos de ellos te siguieron hasta aquí?

El hombre se limpia el sudor de la frente y respira profundamente por la nariz.

—No lo sé. Diez, tal vez.

—Había más, papá —interviene el niño—. ¡Al menos mil!

El hombre gruñe.

—Él solo conoce los números hasta el doce. Bueno, digamos veinte. No me detuve a contarlos, simplemente corrí. Vi la puerta del edificio abierta, y…

—¿Otra vez? —interrumpe Juma, maldiciendo a Gunhild en su mente.

El hombre le lanza una breve mirada antes de volver a centrarse en Ella.

—Estaríamos muertos si no hubiera pateado vuestra puerta. Cuando todo este lío termine, estaré encantado de pagar a un cerrajero para arreglarla. —Aparentemente escuchando un ruido proveniente del dormitorio, el hombre mira en esa dirección y luego pregunta—: ¿Qué pasa con la anciana que está ahí? ¿Atrapasteis a uno de ellos? ¿Qué estabais haciendo con ella?

—Yo, ehm... —murmura Juma—. Estaba intentando averiguar qué le pasa. Qué es esta cosa.

El hombre suelta una carcajada.

—¿Estás de broma? —Apunta a la puerta con la barra de metal—. Son zombis, colega. Cadáveres andantes. ¿No tenéis Netflix en tu país?

Juma siente una repentina oleada de rabia por el comentario racista.

—Sí tenemos —responde—. Y también tenemos sentido común. Sabemos que los cadáveres no pueden caminar.

El hombre no responde al desafío, parece que no tiene ningún interés en entrar en una discusión. Simplemente se pasa la mano por su desordenado cabello y murmura:

—Puedes usar todo el sentido común que quieras, pero esos malditos bichos están muertos.

—No están muertos, papi. Timmy me dijo que su papá dijo que están enfermos y que…

—El papá de Timmy no sabe una mierda —lo interrumpe el hombre, haciendo que el niño encoja su cabeza.

Ella va hacia el sofá e intenta empujarlo. Juma no se hace ilusiones de que pueda hacerlo sola. Cuando se mudaron, tuvieron que desmontarlo en tres secciones, y los mozos lo subieron una por una. Además, el suelo está cubierto con moqueta, lo que no facilitará las cosas.

Aun así, Ella se inclina y le da un empujón. Apenas lo mueve. Se inclina más, poniendo el hombro en él. Al colocar el pie contra la pared, gana el suficiente impulso para mover el sofá unos centímetros. Pero tan pronto como se separa de la pared para empujarlo contra ella, se detiene de nuevo. Intenta clavar los pies en el suelo, pero se resbalan en la moqueta.

—Maldita sea —jadea, lanzando una mirada al hombre—. ¿Puedes echarme una mano, por favor?

El hombre se ha sentado en la mesa de café y ha sacado su teléfono.

—Mierda, han cerrado todas las carreteras...

—Papá —dice el niño, dándole un codazo—. La mujer te ha pedido algo.

—¿Qué? —dice, mirando hacia Ella—. Ah, déjalo ya. No quiero hacerme daño en la espalda. Ya he dicho que nos íbamos. Solo necesito averiguar a dónde es seguro ir.

—¿Iros? ¿Cómo? —pregunta Ella, abriendo los brazos.

—Saliendo por ahí —dice el hombre, señalando con el pulgar la puerta de la terraza. En el balcón hay un par de sillas y una pequeña mesa donde Juri solía sentarse a tomar su té por las tardes, disfrutando del cálido sol. Abajo se encuentra el césped helado y un parque infantil para los niños del bloque.

Juma lo mira.

—Sabes que estamos en el tercer piso, ¿verdad?

El hombre lo mira de reojo.

—¿No hay una escalera de incendios?

—No.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Qué clase de barrio es este?

Juma no ha encontrado mucho racismo desde que llegó al país hace unos años. Pero ha sucedido de vez en cuando. Un comentario en voz baja. Una mirada despectiva. Alguien cambiando de acera cuando lo ven venir. Nunca nadie le había dicho algo abiertamente racista a la cara. Hasta ahora. Y le sorprende lo enfadado que se siente. Estudia, paga impuestos, e incluso hace trabajo voluntario. Sin mencionar que ha cuidado de su tía durante los últimos meses. No ha sido una carga para nadie. Tiene la firme intención de devolver a esta sociedad lo que le dio cuando tuvo que huir de su país.

Y si el hombre frente a él no midiera casi dos metros, Juma probablemente le habría dicho todo esto. En lugar de eso, aprieta los dientes y le lanza una mirada de desagrado, que el hombre ni siquiera nota.

—Espera, ¿te conozco? —pregunta Ella, aparentemente ignorando el comentario.

El hombre le lanza una breve pero significativa mirada antes de decir:

—No, no me conoces.

«Es un mentiroso pésimo», piensa Juma.

Ella también lo nota, porque lo mira aún más fijamente.

—Sí, te conozco —murmura—. ¿Dónde te he visto?

El hombre finge no escucharla, dirigiéndose en cambio hacia la puerta del balcón y mirando por la ventana.

—Debe haber alguna forma de salir de aquí.

Ella chasquea los dedos.

—Eres ese tipo... ¡Bogart! ¡Rasmus Bogart! El jugador de balonmano.

—Boquist —gruñe el hombre sin volverse.

—Cierto, Boquist. Estás en el equipo nacional... —Lo dice con un tono que mezcla sorpresa y decepción. Probablemente porque le entristece conocer a un deportista destacado, alguien a quien vio en la televisión y quizás incluso admiraba por sus habilidades, y ahora se da cuenta de que en la vida real es un imbécil racista.

—Mi papá marcó el gol de penalti que nos dio la victoria contra Dinamarca en la semifinal de los Juegos Olímpicos —le dice el niño a Ella, con orgullo en la voz. Recita las palabras como si hubiera repetido esa frase innumerables veces.

—Lo recuerdo —le dice Ella al niño, sonriendo de nuevo—. Vi ese partido con mi madre.

—¡Yo también lo vi con mi mamá! —exclama el niño, claramente olvidándose de la grave situación en la que se encuentra. Está radiante mirando a Ella—. ¡Me dejaron quedarme despierto hasta tarde porque mi papá estaba jugando y era un partido muy importante, y él marcó el gol de penalti que nos dio la victoria! ¡Mi mamá estaba tan feliz que lloró, y nosotros...

—Oliver —gruñe el hombre por encima del hombro—. Por favor, cállate.

El niño se encoge como si su padre acabara de golpearlo.

—Lo siento, papá. Solo les estaba contando sobre el gran partido.

—Sí, bueno, no hagas nuevos amigos. Nos vamos ya.

—No paras de decir lo mismo —comenta Juma—. ¿Podrías ayudarnos a bloquear la puerta primero? Al menos sostenla mientras movemos el sofá. Eso sería...

De repente, llega un fuerte empujón desde la puerta. Juma ya está acostumbrado a los golpes y sacudidas, pero este es considerablemente más fuerte, y como estaba hablando, lo pilla desprevenido. Parece como si alguien simplemente se hubiera caído contra la puerta. Al mismo

tiempo, el pomo es golpeado, probablemente por accidente. Pero es suficiente para que la puerta se abra un par de centímetros.

Juma grita sorprendido e inmediatamente empuja con todo su peso hacia atrás, esperando que la puerta se cierre de nuevo. Pero no lo hace. En su lugar, se encuentra con algún tipo de resistencia. Empuja con más fuerza, clavando los talones en la moqueta. Pero es incapaz de cerrar la puerta.

—¡Mierda! —grita Ella, corriendo a ayudarlo. Pero incluso cuando se une a él, la puerta no se cierra del todo.

Juma mira hacia el lado y ve con horror un conjunto de dedos sangrientos y deformes atrapados en la grieta. Están arañando el aire, mientras al mismo tiempo se oscurecen y se hinchan debido a la presión de la puerta. Otras puntas de dedos también están intentando colarse. Las personas infectadas al otro lado están de repente mucho más ansiosas por entrar. Gruñen y gimotean con ansia, y empujan la puerta con más fuerza que nunca.

—¡No podemos... no podemos contenerlos! —grita Juma, sintiendo cómo la puerta se abre otro centímetro, a pesar de que tanto él como Ella están dando todo lo que tienen—. ¡Son demasiados!

—¡Por el amor de Dios, imbécil! —grita el jugador de balonmano, fulminando a Juma con la mirada—. ¡Tenías un solo trabajo!

—¡Papá! ¡Papá! —grita el niño, corriendo hacia su padre—. ¡Ya vienen!

—¡Ayúdanos! —exclama Ella entre dientes apretados.

El hombre ni siquiera se molesta en contestar. Simplemente se da la vuelta, abre de un tirón la puerta del balcón y sale con el niño al aire frío.

La puerta de la entrada se está deslizando poco a poco. Cada escasos segundos, los zombis ganan medio centímetro más, y otro conjunto de dedos se asoma por la rendija. A estas alturas, los más delgados ya tienen las manos enteras dentro, y están ansiosamente palpando el aire, tratando de agarrar cualquier cosa. El sonido de sus gruñidos llena los oídos de Ella, compitiendo con el tamborileo rápido de su propio pulso.

—Esto no va a funcionar —dice, mirando a su alrededor. Ve un par de tijeras en una estantería.

—¡Sujétala! —le dice a Juma—. ¡Ahora vuelvo!

—¡No, espera! —grita él—. ¡No te vayas! No puedo...

Pero Ella ya ha corrido hacia la estantería. Agarra las tijeras y vuelve de inmediato. Juma está apoyado contra la puerta, arqueado, con la parte superior de su espalda presionando el marco. Está pálido, sus ojos están muy abiertos, y jadea mientras respira entrecortadamente. La puerta

está abierta ya más de quince centímetros, y los brazos desgarran su ropa. Un par de cabezas intentan asomarse por la abertura, con ojos negros brillantes y dientes hambrientos de carne.

3

Ella se lanza de nuevo contra la puerta y comienza a apuñalar frenéticamente con las tijeras. Su plan inicial era cortar los dedos que se asomaban por la grieta, pero ya es demasiado tarde para eso. En su lugar, no le queda otra opción que intentar escapar de los muertos vivos destrozando sus extremidades.

Y por supuesto, no funciona. Sentir la hoja de las tijeras perforar su carne solo hace que los zombis estén aún más ansiosos por agarrarla, y uno de ellos logra atraparle la muñeca. Ella se libera con un grito, sintiendo el dolor mientras las uñas dejan líneas rosadas en su piel.

—No sirve de nada —jadea Juma, sacudiendo la cabeza—. Tenemos que salir corriendo...

—No hay a dónde correr —responde Ella, soltando las tijeras. Retrocede y comienza a patear los brazos con la suela de su zapato. Es como intentar meter gusanos vivos en una caja llena, pero logra empujar a uno o dos de vuelta, y la puerta se cierra unos centímetros. Luego llega una nueva embestida desde el otro lado, y Juma resbala. La puerta se abre de golpe cuando él cae rodando por el suelo.

La visión de los muertos vivientes invadiendo la habitación es tan aterradora que Ella siente que su corazón se detiene.

Ella simplemente se queda quieta. Sus primeros instintos son girarse y correr, pero una intuición más profunda le dice que no está en peligro.

Y efectivamente, los zombis se mueven a su alrededor como si ella no fuera más que un árbol. Hay muchos. Al menos dos docenas. Siguen entrando. Y todos se dirigen hacia Juma, que ha corrido hacia la puerta del balcón. Intenta abrirla de un tirón, pero Boquist está (para horror y sorpresa de Ella), sujetándola desde el otro lado.

Juma grita, mira hacia atrás, grita aún más, tira del pomo con tanta fuerza que el vidrio tiembla. Pero Boquist es más fuerte. Se mantiene firme con una expresión sombría.

—¡Suéltala! —grita Ella, por encima del rugido de los zombis—. ¡Déjalo salir! ¡Aún hay tiempo!

Pero no lo hay. Lo había. Pero ya no.

Juma se da cuenta de esto, y se vuelve completamente loco. Arañando el vidrio, aparentemente intenta atravesarlo con las uñas. Entonces, en el último segundo, se da la vuelta y comienza a golpear a los zombis. Caen sobre él como una manada de leones sobre una gacela herida.

Ella cierra los ojos.

El grito de Juma perfora el aire. Luego el sonido queda ahogado por los sonidos guturales y ásperos de los zombis devorándolo.

4

Ella se queda quieta durante varios segundos, cubriéndose los oídos, con los ojos fuertemente cerrados. Los zombis la empujan y se abren paso a su alrededor, deseosos de unirse a la "diversión". El hedor de todos los cuerpos muertos inunda el salón y rápidamente se vuelve claustrofóbico, lo cual finalmente la impulsa a moverse. Abre los ojos, pero mantiene la mirada en el suelo, se da la vuelta y comienza a dirigirse de nuevo hacia la puerta. Los zombis se apartan voluntariamente para no chocar con ella, al menos los que pueden. La habitación ya está abarrotada a estas alturas, y Ella tiene que abrirse paso a empujones por la puerta hacia el pasillo. Aún más muertos están entrando en el apartamento. Ella consigue salir al rellano de las escaleras y comienza a descender contra la corriente. En el descanso del segundo piso, un grupo de zombis está arañando la puerta que tiene un cartel que dice GUNHILD ENGHART. Ella recuerda que Juma mencionó el nombre de su vecina de abajo, la cual obviamente sigue viva ahí dentro.

Cuando Ella finalmente llega a la puerta del aparcamiento, se cuela entre los últimos zombis y respira profundo el aire fresco. Su estómago está tenso y siente náuseas. El desgarrador grito de muerte de Juma aún resuena en su mente.

El pensamiento de él le recuerda al hombre y a su hijo. Siguen en el balcón. A menos que hayan encontrado la forma de bajar.

Ella rodea el bloque. Se encuentra con algunos zombis en su camino. Están vagando sin rumbo, aparentemente sin un destino claro en mente. Girando la cabeza de un lado a otro, Ella tiene la impresión de que están buscando, como si fueran antenas satelitales, intentando captar alguna señal.

«Probablemente ya no quedan muchas personas vivas por aquí», piensa con amargura. Por eso tantos de ellos siguieron a Boquist y su hijo.

Da la vuelta al edificio para ver el césped en el otro lado. Hay un parque infantil con un arenero, un balancín y un par de columpios. Debajo de estos últimos yacen dos figuras. Parece una madre con su hijo. Ambos están boca abajo en la arena y no se mueven.

Ella siente aún más náuseas.

Tengo que salir de aquí... Todo este caos y muerte... Voy a perder la cabeza...

—¡Eh!

Una voz áspera la llama desde el césped, y Ella se detiene para mirar alrededor.

—¡Eh, aquí arriba!

Ella levanta la cabeza para ver a Boquist saludándola desde el balcón. Debajo de él ya hay cinco o seis zombis estirando los brazos hacia él, y más están llegando, caminando a través del césped helado.

—¿Cómo demonios has salido? —pregunta Boquist, con una expresión como si estuviera viendo un fantasma—. ¿Por qué no van a por ti? —Señala hacia los zombis en el suelo. Uno de ellos pasa junto a Ella sin siquiera mirarla.

—Soy inmune —responde ella.

—¿Qué?

—¡Soy inmune! —grita con más fuerza.

—¿Inmune? —El hombre parece aún más desconcertado—. ¿Te refieres a que te dieron una vacuna o algo así?

—No —dice Ella—. No sé por qué, pero el virus no me afecta.

El hombre la mira fijamente durante un largo momento. Entonces, aparentemente, su hijo dice algo, porque Boquist mira hacia algo detrás de la barandilla del balcón y murmura:

—Lo sé, Oliver. Tranquilo, ¿vale? Deja de llorar.

Es solo en ese momento cuando Ella se da cuenta del sonido de sollozos y lloriqueos por encima de los gruñidos y gemidos de los zombis. De alguna manera, al escuchar al niño llorar, la mente de Ella se activa de nuevo, y recuerda por qué volvió.

—Mira —dice—, te ayudaré a bajar. Pero necesito encontrar una escalera. Puede que tarde un poco.

—De acuerdo, pero, ¿podrías darte prisa? —pregunta Boquist, sin un atisbo de gratitud en su voz—. Estamos congelándonos aquí arriba. Y no estoy convencido de que esa puerta de cristal los mantenga a salvo para siempre. Ya ha hecho un ruido raro y creo que... ¡Oliver, por el amor de Dios, cállate! ¡Estoy tratando de pensar!

—¡No le hables así! —Grita Ella, sorprendida por su propio tono.

Boquist la mira con la misma sorpresa.

—¿Qué acabas de...?

—Vamos a dejar algo claro —lo interrumpe Ella, señalándolo con el dedo—. No lo estoy haciendo por ti. Si tu hijo no estuviera contigo, ya me habría ido, y podrías quedarte ahí arriba congelándote hasta la muerte. Eso es lo que te mereces, maldito egoísta.

El hombre entrecierra los ojos. Su labio superior tiembla, como si quisiera decir algo. Pero, aparentemente, al darse cuenta de que no está en posición de discutir, simplemente asiente brevemente, y murmura:

—Gracias por ayudarnos. Si no te importa, por favor, date prisa.

—Lo haré. —Ella se da la vuelta para irse, pero entonces piensa en algo y mira de nuevo hacia arriba—. Dile a tu hijo que todo va a estar bien. Y abrázalo, ¿quieres? Aunque solo sea para mantenerlo caliente.

Ella se apresura a cruzar el césped antes de que Boquist tenga tiempo de responder.

5

Encontrar una escalera resulta mucho más fácil de lo que esperaba. Al parecer, muchos propietarios necesitan acceder a sus tejados, Ella supone que para mantener limpias las canaletas.

Ya en la tercera casa ve una apoyada contra un remolque lleno de placas de yeso rotas. Parece que el dueño ha estado ocupado derribando un techo o algo así, y probablemente se dirigía al vertedero cuando, de repente, tuvo otras preocupaciones. Pero la escalera solo tiene unos tres metros de largo y no serviría de mucho para ayudar a Boquist y su hijo.

Unas casas más adelante ve otra escalera. Esta es del tipo que puede extenderse y volverse el doble de su longitud original. Completamente extendida, parece que alcanzará el balcón del segundo piso. Lo cual no es suficiente. Pero probablemente sea la más larga que pueda encontrar.

Ella mira hacia las ventanas de la casa. Las cortinas están corridas, y no parece haber ninguna luz encendida. O los dueños siguen ahí, o se han ido. No hay coche en el garaje, que está abierto. La escalera está colgada en la pared exterior del garaje. No está bloqueada ni nada, y Ella puede simplemente acercarse y cogerla. No se siente particularmente bien robando, pero tampoco le preocupa demasiado. Pensar en el niño y sus grandes ojos marrones es toda la motivación que necesita para bajar la escalera y comenzar el camino de regreso.

No es tan pesada como temía, pero es engorrosa para caminar con ella, y casi rompe la ventana de un coche aparcado junto a la acera.

Después de unas pocas casas, sus brazos comienzan a cansarse, y deja la escalera en el suelo para descansar. La calle está inquietantemente silenciosa. A unos cientos de metros, un grupo de zombis cruza la carretera, aparentemente dirigiéndose hacia un lugar en particular. Ella oye un gruñido y ve a tres zombis agrupados junto a una ventana. La escalera solo llegará al segundo piso, lo que significa que necesita algo para alcanzar el siguiente balcón. Entonces en ese

momento recuerda que dentro del garaje había muchas herramientas y equipo de jardinería. Está bastante segura de haber visto un rollo de cuerda. Así que regresa.

Resulta ser una manguera de jardín. Ella toma el extremo, lo dobla y lo retuerce. Es bastante flexible. Y sin duda soportará el peso de Boquist. Así que toma todo el rollo, se lo pone al hombro y vuelve a por la escalera.

Esta vez, al salir del camino de entrada, ve una cara que la observa desde la ventana más cercana de la casa, y da un salto.

Es un hombre mayor, y detrás de él está la cara de una mujer más joven, posiblemente la hija del hombre. Ambos la miran en silencio, con desprecio en sus rostros.

—Lo siento —dice Ella, encogiéndose de hombros—. La necesito para salvar a un niño pequeño.

Probablemente no pueden oírla. Incluso si pudieran, no se creerían su historia ni por un segundo. ¿Por qué lo harían? ¿Cómo podría una manguera de jardín salvar a alguien?

Un gruñido desde el otro lado. Dos zombis salen de detrás del garaje. Parecen haber pasado por un seto espeso; tienen ramas y hojas en el pelo y en la ropa. Le echan una rápida mirada a Ella y luego se dirigen hacia la ventana. El hombre mayor sube la mano y corre las cortinas, cortando la vista. A los zombis no les importa; simplemente comienzan a manosear el vidrio.

Ella siente un calor repentino y mira su muñeca. La herida tiene mal aspecto. La piel está abultada y ha tomado ese desagradable tono verdoso.

Maldita sea. Puede que me enferme otra vez.

Se apresura de nuevo hacia la escalera, la levanta y se dirige al apartamento de Juma. Mientras camina a paso rápido, es consciente de que la fiebre está subiendo y su muñeca palpita. Por un momento, se preocupa de que esta vez el virus la atrape. Que se enfermará de nuevo, perderá el conocimiento y no despertará. Que...

«Dios te eligió, Ella».

Escucha la voz de Hagos en su mente, sorprendentemente clara. Le da valor, y respira hondo varias veces, expulsando el miedo.

Ella sigue sin estar convencida de que sea la elegida de Dios. De que sea tan especial. Podría haber otros como ella.

Pero sí cree que, sea cual sea la explicación, es muy importante que la descubra. Porque podría llevar dentro de sí la clave para detener todo esto. Una cura, tal vez. O al menos algún conocimiento que pueda cambiar el rumbo antes de que esta ola de muerte y destrucción se trague al mundo entero.

Esperaba que Juma pudiera ayudarla a descubrirlo. Que tal vez pudiera encontrar algo en su ADN o lo que sea.

Pero ahora está muerto. Igual que Hagos. Lo que significa que Ella está de nuevo sola.

«No puedo morir antes de averiguarlo. Eso está entre mis opciones».

Sus brazos comienzan a cansarse de nuevo, pero eso a Ella no le detiene.

6

Aksel descubre que bajar la montaña es mucho más rápido que subirla.

Mantienen un ritmo constante, casi corriendo, asegurándose de no tropezar. Guardian va al frente. El perro tiene la ventaja de sus dos patas adicionales y parece no tener ninguna dificultad con el descenso.

Aksel se alegra mucho de haber venido. A medio camino esperaba que Anne apareciera también, pero aparentemente Guardian vino solo. Quizás ni siquiera se lo dijeron. Tal vez simplemente captó el olor de su dueña, que ha muerto trágicamente, y salió corriendo.

Sea como sea, Aksel se siente mejor con el perro cerca. Podría ser una sensación ilusoria de protección, porque obviamente incluso un feroz canino no puede protegerles si se encuentran con una horda de zombis, y mucho menos con un loco armado. Pero aun así, el olfato y el oído de Guardian son muy bienvenidos. El perro parece muy alerta y parece captar cada pequeño sonido u olor, emitiendo profundos gruñidos de vez en cuando para hacerles saber que ha percibido algo.

Como tenían una buena ventaja, ninguno de los muertos vivientes los ha alcanzado, y el soldado psicópata tampoco parece estar persiguiéndolos. La forma en que simplemente les saludó desde lo alto de la cueva, con una sonrisa irónica en el rostro, no parecía indicar que estuviera interesado en ellos. Quizás realmente tenía la intención de cumplir su promesa de dejar a Aksel en paz después de que llegaran a la cueva.

Aun así, Aksel no tiene ganas de bajar el ritmo. Está agotado más allá de lo creíble; apenas puede sentir sus piernas, y ráfagas de dolor le recorren la espalda constantemente, pero lo último que quiere es detenerse, porque entonces…

Un disparo hace que ambos se agachen.

Kristoffer lo mira fijamente.

—Eso fue bastante lejos. No creo que nosotros fuéramos el objetivo.

—No —murmura Aksel con gravedad, mirando de nuevo hacia la montaña—. Si lo fuera, alguno de nosotros estaría muerto ya. Ese tipo no falla.

Guardian emite un gemido impaciente, como si dijera: «Eh, ¿podemos seguir?»

Aksel está a punto de hacerlo, cuando un dolor agudo le recorre la parte trasera del muslo. —Maldita sea —suspira, apoyando el peso en su otra pierna, lo que hace que los músculos de esa pierna también se agarroten. Se desploma en el suelo, frotándose vigorosamente el muslo.

—¿Calambres? —pregunta Kristoffer.

—No, picaduras de mosquitos —responde Aksel con sarcasmo—. ¡Sí, calambres! Joder, es fuerte... ¿por qué no se pasan ya?

—Se supone que debes estirar —dice Kristoffer, acercándose—. Masajearlo viene después.

Antes de que Aksel se dé cuenta de lo que está haciendo, Kristoffer ya ha estirado su pierna y le ha tirado del pie con fuerza hacia atrás.

—Eh, ¡espera! —dice Aksel, pero inmediatamente siente cómo los músculos se relajan al ser estirados—. Oh... espera está funcionando.

—Por supuesto. ¿Acaso no jugaste mucho al fútbol?

—No, pero hice mucho montañismo. Nunca me había dado un calambre antes. Maldita sea, la otra pierna sigue igual...

—Bueno, dame esa también.

Aksel levanta la otra pierna, y Kristoffer la agarra y también la estira. El dolor desaparece casi al instante. Aksel suspira profundamente.

Guardian da un par de vueltas alrededor de ellos, luego se detiene y simplemente los mira. Parece muy confundido de por qué se han detenido a hacer yoga en medio de una huida por sus vidas.

De repente, la situación le parece tanto hilarante como incómoda a Aksel, y casi estalla en carcajadas.

En lugar de eso, dice:

—Creo que ya ha pasado —luego intenta bajar las piernas.

—Espera diez segundos más —dice Kristoffer, manteniéndolo firme—. O te volverán los calambres tan pronto como te pongas de pie.

—No, en serio, creo que estoy bien.

Kristoffer lo mira, se encoge de hombros y suelta las botas de Aksel.

Aksel apenas logra ponerse de pie antes de que los calambres vuelvan. —Maldita sea —gruñe, intentando estirar la pierna. No funciona realmente estando de pie, y no le queda más remedio que sentarse de nuevo—. Joder... no puedo estar aquí sentado como un idiota todo el día...

—Solo necesitamos hacerlo un minuto más —dice Kristoffer, levantando de nuevo las piernas de Aksel y reanudando el estiramiento. Se inclina tanto que los isquiotibiales de Aksel sienten que se van a desgarrar.

—Eh, ve con cuidado —gruñe él.

—¿Quieres que funcione, o no? —Kristoffer parece notar algo en la cara de Aksel, porque levanta una ceja—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

—Como si fuera contagioso. No me han mordido ni arañado, ¿sabes?

—Lo sé.

—¿Entonces qué pasa?

Aksel gime cuando Kristoffer aumenta aún más el estiramiento.

—Es solo que... esto me parece jodidamente raro.

—¿Por qué?

—Porque no soy gay, ¿vale? Lo siento, tío. No soy homófobo, es solo que...

Kristoffer sacude la cabeza.

—Yo tampoco soy gay.

Aksel parpadea.

—¿No lo eres?

—No. ¿Por qué pensarías eso?

Aksel siente cómo le sube el calor a las mejillas.

—Pero pensé... ¿No dijo el soldado...? Estoy seguro de que te llamó "el gay" o algo así...

Kristoffer se burla.

—Ah, sí. Es una larga historia. Pero no, no soy gay. —Da un último tirón, baja las piernas de Aksel al suelo y luego dice con sequedad—. Así que si pensabas que intentaba recrear Brokeback Mountain contigo, puedes relajarte.

Aksel no puede evitar soltar una carcajada.

—Bien. Porque, ya sabes... Guardian es un perro grande, pero no podemos montarlo para volver a casa...

—No, lo sé —dice Kristoffer con seriedad, mirando a su alrededor—. Y tampoco tenemos tienda de campaña.

Aksel sonríe.

—En realidad, viste la maldita película, ¿verdad? ¡Sí que eres gay!

—Tú también la viste, imbécil —responde inmediatamente Kristoffer, señalándole—. ¿Cómo sabrías lo del caballo, si no?

—¡Está en la portada!

—¡No, no lo está!

—Bueno, entonces... ¡habré visto el tráiler o algo así! —Aksel se pone de pie, riéndose a carcajadas.

—Sí, claro —dice Kristoffer, soltando un resoplido—. ¡Te la tragaste entera mientras te sacudías el ganso!

Aksel no puede contenerse. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—¿Sacudiendo... sacudiendo... el ganso? ¿Qué demonios... qué clase de... expresión es esa? —Consigue mirar a través de las lágrimas y ve a Kristoffer sujetándose el estómago, riendo como un loco. Intenta decir algo, pero Aksel no logra entenderlo.

Los chicos se ríen a carcajadas durante lo que parecen varios minutos. Tratando de recuperar el aliento y secándose los ojos, Aksel hace todo lo posible por mirar a su alrededor para asegurarse de que no haya zombis acercándose. Esto solo hace que todo el escenario le parezca aún más hilarante: el hecho de que estén ahí de pie en plena naturaleza riéndose como un par de lunáticos, mientras al menos una docena de monstruos muertos vivientes siguen sueltos. Pero es incapaz de detenerlo. El estrés intenso de los últimos días, el dolor, el miedo... todo sale en forma de carcajadas estridentes. Y sospecha que Kristoffer está experimentando exactamente lo mismo.

Finalmente, el hechizo parece romperse y la risa se apaga abruptamente.

Los chicos se miran, sueltan un par de risitas más y finalmente se calman.

—Hostias, lo necesitaba —murmura Kristoffer, secándose las últimas lágrimas.

—Sí, yo también —admite Aksel, acariciando a Guardian en la cabeza—. Pobre perro. Cree que hemos perdido la cabeza.

Guardian, visiblemente aliviado de que el episodio haya terminado, gime y lame la mano de Aksel. Entonces, de repente, se endereza, levanta las orejas y mira hacia una dirección concreta. Un acantilado y un pequeño grupo de árboles bloquean la vista.

—Creo que ha oído algo de por allí —susurra Aksel.

Kristoffer ya lo ha notado y está completamente quieto, mirando en la misma dirección que el perro.

Otro disparo desde arriba hace que los tres se sobresalten. Va seguido de otro, y luego otro más.

Guardian olfatea el aire y gruñe.

—Vamos —dice Kristoffer.

Justo cuando está a punto de seguirlo, Aksel ve una cabeza asomarse desde detrás del acantilado. Anne mira a su alrededor, lo ve a él y le hace una señal con la mano.

—¡Espera! —grita Aksel—. ¡No son zombis!

7

Cuando Ella vuelve al césped, puede ver de inmediato que el grupo de zombis bajo el balcón ha crecido considerablemente. Cuenta ya al menos dos docenas de zombis. Y ahora, incluso desde la distancia, puede distinguir la fila de rostros pálidos y de ojos negros presionados contra las ventanas del apartamento de Juma.

En el balcón está Boquist. Está agachado, pero sigue siendo lo suficientemente alto como para que Ella vea su cabeza. Mira por encima del muro, la ve y rápidamente levanta un brazo. —¡Date prisa! ¡El maldito cristal acaba de romperse!

Ella siente una oleada de adrenalina. Aunque sus brazos están doloridos, se da prisa. Cruzando el césped, se detiene junto al grupo de zombis, deja caer la escalera y empieza a maniobrar para extenderla. Descubre el mecanismo y tira de una mitad de la escalera todo lo que puede. Luego, aún con la manguera cruzada sobre el pecho, levanta la escalera, lo que resulta ser la parte más difícil. Completamente extendida, es muy pesada y tiene que levantarla desde un extremo. Consigue apoyar la parte final contra el edificio, luego la va levantando gradualmente con una serie de empujones, acercando la base de la escalera a la pared, hasta que la escalera queda casi vertical.

Al mirar hacia arriba, ve que Boquist la observa desde arriba. —¡No es lo suficientemente alta! —grita.

—Lo sé —jadea Ella, comenzando a subir—. Tendrás que usarla para bajar al balcón de abajo.

Sube la escalera sin mirar hacia abajo; no le tiene mucho miedo a las alturas, pero tampoco le agradan. Al llegar al último peldaño, apenas puede alcanzar el muro del balcón del segundo piso, y trepa por encima. Sin detenerse a recuperar el aliento, se quita la manguera, toma el extremo y, sosteniéndola sobre el muro, la lanza como un lazo. —¡Agárrala! —grita, innecesariamente, porque Boquist ya está colgado del balcón de arriba, extendiendo ambas manos para cogerla.

Ella consigue balancear la manguera lo suficiente como para que él la alcance. La agarra en su primer intento; está claro que, como jugador profesional de balonmano, está acostumbrado a atrapar cualquier cosa que le lancen, y no pierde tiempo. Inmediatamente empieza a tirar de la manguera hacia arriba.

Ella, sabiendo que su trabajo está hecho por ahora, se deja caer contra el muro del balcón. Una oleada de mareo la invade, y casi se desmaya. Parpadeando con fuerza, sacude la cabeza y susurra entre dientes:

—No te desmayes. Mantente despierta. El niño todavía te necesita.

Está ardiendo. Su piel está muy caliente, y al mismo tiempo, escalofríos recorren su espalda. Respira por la nariz y mira hacia arriba. Boquist ha asegurado la manguera a la barandilla de metal que, muy convenientemente, recorre la parte superior del muro. Ha pasado la manguera alrededor de la barra varias veces y luego la ha atado con un nudo torpe.

Reaparece un instante después, ahora con el niño en su brazo. El niño se aferra a su padre y, al mirar hacia abajo, comienza a gritar.

—Te dije que no miraras —le gruñe Boquist—. Vamos, Oliver. ¡Agárrate a la maldita cuerda!

—¡No es una cuerda, papá! ¡Es una...!

—¡Solo agárrala! ¡Van a alcanzarnos en cualquier momento, maldita sea! ¡Vamos!

Boquist usa su mano libre para soltar al niño y lo balancea por encima del muro. El niño grita de terror al sentir la caída libre por medio segundo. Luego cuelga del agarre de su padre.

—¡Agárrate a la manguera! ¡Agárrala! —grita Boquist—. ¡Tienes que bajar!

—¡No puedo, papá! ¡No puedo! —El niño, en su lugar, se aferra al muro del balcón.

—¡Por el amor de Dios! —Boquist gruñe. Está a punto de decir algo más cuando se escucha un fuerte estruendo detrás de él, seguido de un cristal rompiéndose y un coro de gemidos y gruñidos.

Boquist mira rápidamente hacia atrás y, al volver la cabeza, su expresión es de repentina determinación. Pasa una pierna por encima del muro y luego la otra. Aun sujetando el brazo del niño con una mano, Boquist realiza un truco bastante impresionante: agarra la manguera, la envuelve una vez alrededor de su antebrazo y se impulsa fuera del muro.

Lo hace justo un instante antes de que el primer zombi se asome. Golpeando el muro, el muerto intenta agarrar a Boquist, que cuelga sujeto con un solo brazo de la manguera. Emite un gruñido de dolor y esfuerzo mientras afloja el agarre lo suficiente como para deslizar la mano por la manguera, y consigue bajarse a sí mismo y al niño, centímetro a centímetro. De no haber sido un atleta profesional, probablemente no habría sido capaz de hacerlo. En su lugar, ambos habrían

caído sobre el césped, aterrizando directamente en la multitud de monstruos devoradores de carne que los esperaba abajo.

Pero Boquist tiene la fuerza suficiente en las manos, y sigue bajándolos hasta que Ella puede alcanzar sus pies y guiarlos hacia el muro del balcón del segundo piso.

—Llévatelo —le pide Boquist.

Ella agarra al niño e intenta soltarlo, pero él solo grita aún más fuerte y esconde su cabeza en la camisa de su padre.

—¡Está bien, Oliver! —dice Ella—. ¡Estás a salvo!

El niño no la escucha, y no lo suelta hasta que Boquist casi lo arranca de sus brazos. Ella atrapa al niño y lo sienta suavemente. Él se da la vuelta para mirarla, dándose cuenta finalmente de que no es un zombi y que no va a devorarlo vivo. Se vuelve hacia su padre justo cuando Boquist cae en el balcón, libera su mano de la manguera y se agacha con un suspiro.

—Joder...

Mira su mano y muñeca, donde la manguera ha dejado marcas visibles, quemaduras rojas en su piel. Son casi lo suficientemente profundas como para sangrar.

—¡Papá! —grita el niño, corriendo para abrazarlo.

Boquist lo agarra del cuello con su mano ilesa y le susurra en la cara:

—Casi nos matas a los dos. La próxima vez, no entres en pánico, ¿entendido?

La cara del niño se arruga y comienza a llorar.

—¡Quiero ir con mamá!

—Sí, bueno, eso es una pena —murmura Boquist—. Porque ella... —Se interrumpe antes de decir algo más.

Ella, aún más horrorizada por la forma en que Boquist actúa, que por el hecho de que los zombis casi los alcanzan, se acerca al niño y lo abraza. Esta vez, él se acurruca en el abrazo y esconde su rostro en la chaqueta de Ella. Lo único que quiere es decirle a Boquist que se controle de una maldita vez y deje de reprender a su hijo, pero en vez de eso, solo sostiene a Oliver y lo consuela mientras llora desconsoladamente.

De repente, una figura cae en picado desde arriba. La persona golpea la parte superior del muro con un sonido nauseabundo y luego desaparece por el borde.

Oliver está demasiado ocupado llorando, así que no lo ve. Boquist salta de pie. —Joder...

Da un paso cauteloso hacia el muro y mira hacia arriba. Luego retira rápidamente la cabeza cuando otro zombi sale volando. Este solo golpea el muro con una pierna antes de caer al vacío.

Boquist mira a Ella y concluye:

—Está lloviendo infectados.

—Tenemos que irnos —dice Ella—. Si uno de ellos cae aquí en el balcón...

—Sí, lo sé. Vamos, Oliver.

Boquist hace un gesto para que el niño lo siga mientras se dirige hacia la puerta de cristal del apartamento.

El niño se asoma desde la chaqueta de Ella, solloza y señala.

—Espera, papá. Hay una... una señora ahí dentro.

—Sí, es probable —dice Boquist, agarrando el pomo. Empuja con fuerza, pero no se abre. —¡Eh! —grita, golpeando el cristal—. ¿Podrías abrir, por favor? Necesitamos... —Deja de hablar, y Ella se da cuenta medio segundo después de por qué.

Tal como dijo el niño, una mujer, Gunhild, está parada en medio de su sala de estar. Su postura es bastante extraña. Tiene los pies separados, los brazos estirados hacia adelante y las manos juntas.

Habría sido cómico si no fuera porque sostiene un arma.

—Mierda —murmura Boquist—. ¿Eso es un arma de verdad...?

La puerta del balcón explota.

8

Para Ella, los siguientes segundos se desarrollan muy rápido y muy lentamente a la vez. Es como si su percepción de la situación es en cámara lenta, aunque la parte lógica de su mente sabe que, en realidad, el tiempo está avanzando a la misma velocidad de siempre.

Ve a Boquist tambalearse hacia atrás, chocar contra el muro del balcón y luego desplomarse en el suelo con lo que supone es un grito o un suspiro; su oído se ha reducido a un zumbido bajo y vibrante, como si estuviera bajo el agua y un bote a motor pasara por encima.

Ve al niño correr hacia su padre, como si quisiera lanzarse sobre él, pero luego duda y, en su lugar, simplemente se queda quieto, mirándolo. Boquist yace inmóvil en una posición lateral incómoda, sus ojos están fijos en la nada.

Luego gira la cabeza y ve a la mujer, Gunhild, a través de la ventana. Ahora ella también está mirando a Boquist, y la expresión en su cara demuestra lo impactada que está, tal como lo está el niño. Está repitiendo algo una y otra vez. Ella lee sus labios y descifra: —Oh, Dios mío... oh, Dios mío... oh, Dios mío...

El niño empieza a llorar y a llamar a su padre por su nombre. En ese momento Ella gira la cabeza para mirarlo brevemente, y lo que ve es verdaderamente desgarrador. El niño se ha agachado y ha puesto una mano en el hombro de su padre. Es como si tuviera miedo de tocarlo del todo, como si no quisiera hacerle más daño, así que solo lo empuja suavemente, como se haría al intentar despertar a alguien de una siesta.

Ella no puede soportar mirar la escena, así que vuelve su atención hacia Gunhild. Y eso le salva la vida.

Gunhild ha girado unos treinta grados a la derecha y ahora apunta el arma hacia Ella. Sus ojos están desorbitados.

El cuerpo de Ella reacciona antes de que tenga tiempo de pensar. Sus rodillas ceden y cae por debajo del marco de la ventana. Incluso antes de que sus manos toquen el suelo del balcón, siente que la ventana explota, tal como lo hizo la puerta del balcón, y algo que suena como una avispa furiosa pasa a centímetros por encima de su cabeza. Luego viene otro estruendo ensordecedor, seguido de fragmentos de vidrio cayendo a su alrededor, rompiéndose en el suelo duro.

Ella levanta la cabeza para ver al niño que aún está sentado junto a su padre muerto. En ese momento se cubre los oídos y se agacha aún más, intentando esconderse. Pero es inútil, porque con el vidrio ahora inexistente de la puerta del balcón, es prácticamente un blanco perfecto. Gunhild solo necesita dar un paso a la izquierda y tendrá un tiro claro hacia el niño.

Aunque Ella no se siente completamente conectada con la situación, su mente analítica está funcionando sorprendentemente bien a pesar del shock. No tiene ninguna duda de que Gunhild disparará y matará al niño, igual que disparó a Boquist y casi a ella misma. El motivo por el que la mujer está decidida a matarlos no le importa, lo que importa es que tiene solo unos segundos para salvar la vida del niño.

Levantarse, correr hacia él y sacarlo del camino de la bala tomaría demasiado tiempo, y también expondría a ella, lo que probablemente significaría que Gunhild les dispararía a ambos.

En lugar de eso, Ella mira hacia abajo y ve su mano levantar un gran trozo de vidrio en forma de nacho. Luego se pone de pie y, tal como temía, ve que Gunhild ha vuelto a girar el arma en dirección a la puerta del balcón, aún con esa postura torpe que probablemente aprendió en un curso de defensa personal después de adquirir el arma y su permiso. Además, sigue murmurando en voz baja:

—Oh, Dios mío... oh, Dios mío... —Como si tampoco pudiera creer lo que está ocurriendo, a pesar de ser ella quien lo está haciendo.

Ella jugó al balonmano desde joven y lo dejó hace tan solo un par de años. Así que sabe lanzar con mucha precisión. Obviamente, un trozo triangular de vidrio del tamaño de un frisbee es muy diferente a una pelota, pero resulta que eso no importa tanto. El vidrio silba a través del hueco de la ventana y se dirige directamente hacia Gunhild. La mujer está tan concentrada en apuntar al niño que no lo ve venir. El fragmento la golpea justo debajo del codo, cortando la manga de su jersey de lana.

Gunhild se sobresalta y dispara el arma. Pero debido a que el vidrio la golpea en el brazo justo cuando dispara, mueve el arma hacia arriba, y la bala se incrusta en el techo, haciendo que polvo de yeso blanco caiga suavemente.

Ella se empieza a mover con sorprendente rapidez. Al subir al alféizar de la ventana, más pedazos de vidrio crujen bajo su zapato. Se agacha para pasar por el marco roto y salta al apartamento de Gunhild.

Los oídos de Ella aún se sienten como si estuviera bajo el agua, pero puede escuchar el grito agudo de la anciana, cuando gira su brazo y mira su manga rota, con la sangre empezando a empapar la tela. Lo que está diciendo no le importa. Tampoco el hecho de que Gunhild está a varios pasos de distancia, y que si quisiera, tendría tiempo suficiente para levantar el arma de nuevo y disparar a Ella, que corre hacia ella. Afortunadamente, está demasiado preocupada por su brazo herido como para notar cualquier otra cosa. Ella cierra la distancia en menos de dos segundos, y solo cuando está de pie junto a Gunhild la mujer la ve.

Sin embargo, no tiene tiempo de hacer nada antes de que Ella le dé un puñetazo en la mandíbula. El golpe es tan fuerte que siente que sus nudillos se rompen al dar el golpe. La cabeza de Gunhild se sacude hacia un lado e inmediatamente se desploma en el suelo. Ella está segura de que la anciana perderá el conocimiento, pero no lo hace. Está claramente muy aturdida, incapaz de levantarse. Se mueve como alguien que acaba de despertar de la anestesia, mirando a Ella con ojos llenos de confusión.

—¿Por qué demonios nos has disparado? —escucha Ella gritar; le toma un momento darse cuenta de que sale de su propia boca—. ¿Estás loca o qué? ¿De verdad estás tan mal de la cabeza? —Quiere dejar de hablar, pero no puede. Está demasiado conmocionada, demasiado asustada, demasiado furiosa—. ¡Maniaca de mierda! ¿Te crees que puedes ir por ahí matando a gente inocente? ¿Qué tal si matas a los malditos zombis en lugar de eso, eh? ¿Te parece una buena idea? ¡Y no dispares a niños, maldita sea!

Al decir la última palabra, Ella se inclina sobre el rostro de Gunhild y le grita, haciendo que gotas de saliva vuelen de su boca. La mujer se encoge. Ella nota lo cálido y sofocante que está el aire en la sala de estar de Gunhild. También huele a humo de cigarrillos. La anciana murmura algo sobre "infectados" y "allanamiento de morada".

—No estamos infectados —gruñe Ella—. Y podrías haberlo preguntado.

Gunhild no responde. En su lugar, se lanza a por el arma, que ha caído a unos metros de distancia. Ella se agacha y la agarra antes de que Gunhild pueda alcanzarla.

—No lo entiendes, ¿verdad? —espeta Ella. Siente ganas de patear a Gunhild en la cara, y probablemente lo habría hecho si no hubiera escuchado otro ruido en ese momento.

Un niño llorando.

Ella se da la vuelta y ve al niño todavía en el balcón, arrodillado junto a su padre. Está mirando a Ella, y sus ojos están llenos de lágrimas. Sus labios tiemblan mientras solloza: —No puedo despertarlo...

Ella casi se echa a llorar también. Va y abre la puerta del balcón. Al abrirla, algunos fragmentos de vidrio caen al suelo. Sale, guarda el arma cuidadosamente en el bolsillo de su chaqueta y luego coge al niño. Es más pesado de lo que parece, y lucha por soltarse.

—¡No! Tengo que despertar a mi papá... Suéltame. Tengo que despertarlo...

—Está bien —dice Ella mientras lleva al niño al apartamento—. Está bien. Todo estará bien.

El niño deja de luchar, pero empieza a llorar aún más fuerte.

Ella no sabe qué hacer. Así que simplemente se sienta en un gran y maloliente sillón y acuna al niño en sus brazos como si fuera un recién nacido. Él hunde el rostro y llora en su pecho, y Ella también comienza a llorar.

No puede evitarlo. Es demasiado. Hagos, Juma, y ahora el pobre padre del niño. Aunque Boquist es el único que ha muerto a manos de una persona no infectada, pero los tres han muerto por culpa de otros. Si Marit no hubiera sido tan egoísta, probablemente Hagos seguiría vivo. Si Boquist no hubiera mantenido la puerta cerrada cuando Juma intentó salir al balcón, él también habría sobrevivido. Y ahora Boquist mismo está muerto, abatido por una anciana loca que no se paró a preguntar antes de empezar a dispararles a los tres.

El mundo se ha vuelto loco. La humanidad se está desintegrando. Ella nunca había visto a la gente comportarse así antes. Es como si todos se hubieran convertido en animales salvajes, desechando todo rastro de humanidad, sacrificando o incluso matando a otros solo para sobrevivir ellos mismos. Eso la aterra más que la idea de morir, como cuando estaba en el baño hablando con Hagos. Porque si la gente está renunciando a todo salvo a su propia supervivencia, ¿cuál es el sentido? Claro, podrían sobrevivir, pero ¿a qué coste? ¿Qué quedará de la humanidad?

El pensamiento la asusta, y eso la enfurece. Tanto que siente cómo su mandíbula comienza a tensarse, y lo único que quiere es sacar el arma y disparar a Gunhild, que aún está revolviéndose en el suelo, intentando ponerse de pie.

Y casi lo hace. Su mano va hacia su bolsillo, cuando, una vez más, Hagos habla en su mente.

«Sentir ira no cambia nada. Excepto que llena mi corazón de odio».

Lo dijo sobre Marit. La persona que básicamente firmó su sentencia de muerte. Hablaba de perdonarla, aunque no lo mereciera. Y en ese momento, porque podía sentir que Hagos

realmente lo sentía, Ella lo entendió. Por un breve instante lo comprendió. Había una profunda paz en ello. Era una paz que venía al dejar ir el odio.

Pero no puedo hacerlo. No puedo perdonar a todas esas personas... Marit, Boquist, Gunhild... son personas horribles. Han hecho cosas terribles. Nunca podré perdonar todo esto.

«Puedes hacerlo», dice Hagos con calma. «Es solo cuestión de querer hacerlo».

Ella estalla en lágrimas una vez más. Esta vez llora aún más profundamente.

9

«Corta el rollo. Estás siendo un sentimental de mierda».

Kjell sigue caminando montaña abajo, ignorando el impulso de darse la vuelta.

«Es estúpido. Es solo un cuchillo viejo y oxidado. Tienes un montón de armas».

Pero no tiene ese cuchillo. El favorito de su hermano. El que Lukas siempre llevaba encima, incluso cuando dormía.

Aunque solo sea un cuchillo y definitivamente reemplazable, tiene mucho valor sentimental. No solo porque Kjell fue quien se lo compró a Lukas, la primera arma que adquirió. Ilegalmente, claro. No tenía edad para poseer un cuchillo como ese, ni Lukas tampoco. En este triste y viejo país, tanto las armas de fuego como los cuchillos están estrictamente prohibidos en los lugares públicos. A menos, claro, que tengas una "razón justificada" para llevarlo. Como cazar u otros fines prácticos. Pero no para defensa personal, que Kjell siempre consideró la razón más sensata de todas.

Ya no importa. Lo que importa es que el viejo cuchillo probablemente sigue allá arriba, en la cueva. Ragnar sin duda lo encontró en Lukas, y el viejo debió reconocer el excelente estado en el que estaba. Lukas siempre lo cuidó mucho. Pero es muy improbable que Ragnar se haya deshecho de él, aunque tuviera otros. No, Ragnar sin duda lo guardó en algún lugar de su ya impresionante arsenal. Kjell se había hecho una nota mental de recuperar el cuchillo después de matar a Ragnar. Y entonces, mientras estaba allí, embriagado por la emoción de ver al viejo guerrero con los arañazos frescos en la pierna, como una sentencia de muerte escrita en sangre, se olvidó completamente del cuchillo de su hermano.

Lukas le habría reprendido por ello.

«Bueno, no pienso volver», se dice firmemente Kjell.

Y, sin embargo, se da cuenta de que se ha parado y se ha girado a medias. Está mirando hacia arriba, hacia la montaña. La cueva ya está fuera del alcance de su vista, realmente está estratégicamente situada, no podría haber elegido un lugar mejor. Ragnar era un tipo inteligente. Qué lástima que probablemente ya esté muerto. Esas heridas eran lo suficientemente profundas como para que no pasaran más que unos minutos antes de que la infección llegara a su sistema nervioso central.

Han pasado al menos diez minutos desde que Kjell dejó la cueva. Volver a subir le llevará otros veinte. No hay manera de que Ragnar siga respirando a esas alturas.

Kjell ya ha visto lo suficiente como para hacerse una idea de la velocidad de esta cosa. Incluso el arañazo más superficial, uno que apenas derrama sangre, te mataría. En el mejor de los casos, durarías unas horas. Cuando la piel se rasga lo suficiente como para revelar la carne por dentro, como le ocurrió a Ragnar, eso solo te dejaría tiempo para juntar las manos, rezar y hacer las paces con cualquier poder en el que creyeras, ya que te dirigías al abismo bastante rápido.

—Se suponía que le degollarías —murmura Kjell—. ¿Recuerdas? Ese era el trato.

Lukas no había cumplido su parte del trato. El cuchillo había sido un regalo de cumpleaños, y a cambio, Kjell quería que apuñalara a su padre y lo hiciera parecer un suicidio, por eso Kjell eligió un modelo del ’67, el mismo año en que nació el viejo. Lukas solo se quejó, y por supuesto, nunca lo hizo. Por eso Kjell decidió hacer algo al respecto años después.

Kjell deja escapar un largo suspiro. Sus muslos y pantorrillas ya están cansados por la larga caminata, y realmente quería volver al camión para poder sentarse. Pero ahora que el recuerdo ha pasado por su mente, sabe que no hay forma de evitarlo.

Un sonido le llega desde arriba, y un muerto aparece tambaleándose de entre unos arbustos. Kjell lo observa en silencio mientras se acerca, tropezando cuesta abajo, tropezando varias veces.

Realmente impresionan de cerca. Esos ojos negros son suficientes para hacer que le hormigueen los testículos. El tipo abre la boca para mostrar un par de dientes frontales torcidos mientras se acerca ansioso a Kjell.

Con calma, Kjell levanta su arma y le dispara en la ceja.

El disparo resuena en el valle, lanzando varios ecos.

—Está bien —suspira Kjell—. Lo hago por ti, hermano. Porque sé cuánto querías ese cuchillo.

Comienza a subir de nuevo la colina.

10

Cuando finalmente las lágrimas cesan, Ella se siente un poco mejor.

Se limpia los ojos y ve que Gunhild se ha ido. Mira hacia abajo al niño. Está sentado en su regazo, mirando a la nada. Como si sintiera su mirada, él levanta la cabeza y la mira. Sus ojos están rojos, pero también ha dejado de llorar.

—¿Por qué estás triste? —pregunta tímidamente—. ¿Estás triste porque mi papá murió? —Al decir esto, mira hacia el balcón. Por suerte, el cuerpo de Boquist no es visible desde allí.

—Sí —responde Ella, sorbiendo por la nariz—. Sí, estoy muy triste porque tu papá murió. Mucha gente ha muerto recientemente.

El rostro del niño vuelve a arrugarse, pero para sorpresa de Ella, se contiene las lágrimas.

—Me gustaría ir con mi mamá. ¿Podrías llevarme con ella? No creo que pueda encontrarla solo.

Oh, Dios, piensa Ella, recordando a Boquist diciendo con tono sombrío cuando el niño dijo que quería a su mamá. «Sí, bueno, es una pena. Porque ella está...» Luego se calló, obviamente sin querer terminar la frase. «Su madre también está muerta», piensa Ella, mirando a los grandes ojos marrones del niño.

Fuerza una sonrisa y le dice:

—Claro. Encontraremos a tu mamá.

El niño deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias. La echo mucho de menos, ¿sabes?

—Sí, lo entiendo. Yo también extraño a mi mamá.

Ella lo dice sin pensarlo demasiado. La idea de su madre le hace sacar el teléfono. Su corazón da un brinco al ver dos llamadas perdidas de ella.

Quiere desesperadamente llamarla, olvidándose por un momento de todo: del niño, de los zombis que siguen cayendo desde el balcón de arriba, e incluso de Gunhild, que debe seguir en el apartamento, pero no es el momento. Necesita moverse. Necesita centrarse en su situación inmediata.

—Mira —le dice al niño, enderezándose en el sillón—. Necesito ir a buscar el teléfono de tu papá para poder llamar a tu mamá, ¿de acuerdo?

El niño de inmediato se pone tenso y empieza a sacudir la cabeza.

—No quiero volver a salir…

—Lo sé. Yo iré, tú quédate aquí.

—¡No! No quiero que te vayas.

—Está bien, solo me iré un segundo. Volveré enseguida, te lo prometo.

El niño no parece nada feliz, pero no se opone.

Ella se levanta del sillón, le sonríe con calma, y luego mira hacia el balcón justo cuando otra figura cae desde arriba. Chocan contra el borde del muro, intentan agarrarse por un segundo, pero luego desaparecen al precipitarse.

Ella mira hacia a la puerta del pasillo. El apartamento parece tener la misma distribución que el de Juma. Gunhild está en una de las otras habitaciones. Y podría regresar en cualquier momento. Ella no está segura de quién supone un mayor riesgo en este momento: los zombis o la vieja loca.

Decide que es la última.

—Voy a ver cómo está la señora que vive aquí —le dice al niño—. Volveré en un segundo.

Saca el arma y se dirige a la puerta del pasillo. Asomándose, ve las otras tres puertas, incluida la de entrada, todas cerradas. La del baño tiene manchas de sangre en el pomo. Del otro lado de la puerta principal vienen gruñidos ahogados y sonidos de raspado. Obviamente, la escalera sigue llena de zombis.

—¿Gunhild? —llama Ella, manteniendo el arma lista, por si acaso. No cree exactamente que la anciana esté planeando embestirla, pero por otro lado, no hay garantía de que no tenga una segunda arma y que la esté sosteniendo en este mismo momento, lista para disparar si ve a Ella —. ¿Estás en el baño?

Ninguna respuesta.

Quizás se haya desmayado. Quizás incluso haya muerto por la pérdida de sangre.

Sorprendentemente, Ella no siente ninguna culpa al pensarlo, aunque técnicamente habría matado a la anciana. De hecho, la idea de que esté muerta le da algo de alivio. Un problema menos del que ocuparse.

«Me estoy volviendo una sociópata, igual que todos los demás…».

—¿Gunhild? Si puedes oírme, por favor, responde. No tengo intención de hacerte daño. Solo te lancé ese vidrio porque nos estabas disparando.

Aun así, no hay respuesta desde el baño.

Ella echa un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el niño no se haya movido. No lo ha hecho. Sentado en el sillón, la mira con ojos grandes y nerviosos. Otro zombi cae del aire afuera. Este apenas roza el muro del balcón.

—Está bien, Gunhild —vuelve a llamar Ella—. Esta es tu última oportunidad para decir algo. Si no lo haces, no me quedará más remedio que entrar al baño y comprobar yo misma. Necesito saber…

—¡Vete! —la voz de Gunhild aparece de repente. Es aguda y está impregnada de miedo—. ¡Por favor, márchate! Esta es mi casa, y no tienes derecho a estar aquí. Ya llamé a la policía, están en camino.

Ella no puede evitar soltar una risa sarcástica ante esa última parte. Incluso si fuera cierto, incluso si Gunhild llamó al 911 y realmente pudo comunicarse, las autoridades seguramente tienen más que suficiente de lo que preocuparse en este momento.

—Nos iremos en breve. No hemos venido a quedarnos. Solo intentábamos escapar de…

—¡Que estés aquí es ilegal! Esto es allanamiento de morada. Actué en defensa propia. ¡Tenía todo el derecho a disparar!

Ella está bastante segura de que no lo tenía. Esas podrían ser las normas en otros lugares del mundo, pero aquí en Noruega no estaba permitido usar fuerza letal contra intrusos y, está segura, mucho menos en estas circunstancias. Cualquiera vería que los tres no venían a robar las joyas de Gunhild, sino a refugiarse del ejército de infectados que les pisaba los talones. Lo cual hace que resulte aún más ridículo que Gunhild haya llamado a la policía. La madre de Ella le mencionó esto una vez, cuando vieron juntas una película ambientada en Estados Unidos, en la que un granjero defendía su propiedad contra alguien que intentaba robarle el ganado. Se conoce como la "doctrina del castillo", si mal no recuerda Ella.

Gunhild sigue desvariando sobre sus derechos. Ella mira el balcón. Dos infectados más caen del cielo. Uno de ellos, de alguna manera, consigue pasar ambos brazos por encima del muro y se aferra como un náufrago. Utilizando las pocas habilidades motoras primitivas que le quedan, logra asirse y cae sobre el suelo del balcón.

El niño comienza a gritar y se levanta del sillón.

—Está bien —dice Ella, dirigiéndose hacia la ventana rota por la que trepó hace apenas unos minutos. Antes de que el tipo pueda levantarse, Ella ya ha tomado posición justo dentro de la ventana y apunta con la pistola hacia él. Notó que Gunhild disparó dos veces sin recargar ni nada, por lo que asume que el arma disparará cuando apriete el gatillo. Nunca ha sostenido un arma, mucho menos disparado una; solo ha visto una en su funda esas pocas veces que vio a su madre en servicio activo.

Pero si Gunhild puede disparar un arma, Ella también puede, y solo duda un momento en apuntar cuidadosamente a la cabeza del tipo. Luego aprieta los dientes, cierra los ojos con fuerza y jala el gatillo.

Tal como vio hacer a Gunhild, por ridículo que pareciera, Ella se asegura de mantener ambos brazos rectos y los codos bloqueados. Aun así, el retroceso es mucho más fuerte de lo que esperaba. El arma se echa hacia atrás y le golpea la frente justo en la línea del cabello, haciendo que retroceda tambaleándose. Su audición, que acababa de volver a la normalidad, vuelve a desaparecer de nuevo.

El tipo estaba a solo unos pasos, dirigiéndose directamente a la ventana, atraído por el niño. Ella no podía haber fallado a esa distancia. Y no falló.

Abre los ojos para verlo colapsar, su ojo izquierdo ha quedado reducido a un agujero sangriento.

Se da la vuelta para buscar al niño. Por un segundo aterrador, no lo ve. El sillón está vacío.

¿Cómo se llamaba...? ¡Oliver!

—¡Oliver! ¿Dónde estás?

Su cabeza asoma desde detrás del sillón. Sus ojos se dirigen a la ventana. Pregunta algo que Ella no puede oír.

—Está bien, le disparé —dice Ella, con la voz resonando en sus propios oídos—. Vigila el balcón, ¿de acuerdo? Avísame si alguien más viene por ahí.

El niño asiente con valentía a pesar de que su barbilla tiembla.

Ella vuelve a la puerta del pasillo.

—¿Por qué estabas disparando? ¿Es la policía? ¿Están aquí? ¡Hola! ¡Policía! ¡Estoy en el baño!

—¡Cállate de una vez, Gunhild! —grita Ella, haciendo que la anciana se quede callada—. Escucha, necesito dos cosas de ti, y luego nos iremos.

—¡Toma lo que quieras! Tengo un collar con una piedra que vale…

—¡Te he dicho que te calles! No quiero tus malditas joyas. Dime dónde guardas las balas para esta pistola.

Hay un momento de silencio.

—¿Solo quieres las balas?

—Sí.

—Y... ¿prometes irte si te lo digo?

—Sí.

—Está bien... Están en el dormitorio. Debajo de la cama.

Ella mira al niño justo cuando otro zombi cae fuera.

—Ven conmigo, Oliver —dice con la voz más calmada que puede.

Él se acerca de inmediato.

—Necesito que vayas al dormitorio y busques las balas bajo la cama. Probablemente estén en una caja o algo así... ¿están en una caja, Gunhild?

—En una caja de cartón. Dentro de una bolsa de plástico.

—Tráeme la bolsa —le dice Ella a Oliver, empujándolo suavemente hacia el pasillo.

El niño, con cierta duda, se dirige a la puerta, la abre y entra.

—Dime cómo recargo el arma —le grita Ella a Gunhild.

Pasan unos segundos.

—Hay una pequeña palanca cerca del pulgar...

Ella busca pero no encuentra nada.

—No, no hay...

—Sí que la hay. ¿Eres zurda?

—Oh... —Ella cambia la pistola a su mano derecha y ve la palanca. Tira de ella y el cargador hace un clic, saliendo medio centímetro del fondo de la empuñadura. Lo saca con cuidado con la mano derecha. Cuenta seis balas aún dentro—. Vale, ya lo tengo. ¿Solo tengo que meter las balas una a una?

—Sí, básicamente.

Ella imagina que no puede ser tan difícil. Lo ha visto mil veces en las películas. Vuelve a deslizar el cargador dentro de la empuñadura y siente cómo se bloquea en su lugar.

—¿Entonces ya está lista para disparar?

—Después de recargar, tienes que tirar hacia atrás la corredera...

—Ah, claro... —Ella coloca su mano derecha sobre la parte superior de la pistola y tira hacia atrás. La corredera le hace caso sin problemas. Ve una bala ya dentro del arma, probablemente porque el cargador no estaba vacío cuando lo sacó, así que suelta la corredera, la cual vuelve a su sitio.

En ese momento, Oliver sale al pasillo, trayendo una bolsa de plástico roja brillante, medio translúcida, que contiene lo que parecen dos cajas grandes de cartón.

—Buen trabajo —dice Ella, tomando la bolsa de sus manos. Luego, al darse cuenta de que necesitará ambas manos para disparar el arma, le devuelve la munición al niño—. ¿Puedes llevar esto por mí?

—Claro —asiente él.

—Gracias. Quédate aquí un momento, mientras busco el teléfono de tu papá —bajando la voz, añade—. Si la puerta del baño se abre, me avisas y corres hacia mí, ¿de acuerdo?

El niño mira hacia el baño con nerviosismo, pero no dice nada.

Ella cruza la sala de estar rápidamente, sale por la ventana rota y se dirige hacia Boquist. Tratando de ignorar su rostro, busca primero en los bolsillos de sus pantalones. El teléfono está en el lado derecho. No puede evitar sentir lo frío que está su muslo cuando lo saca.

Metiéndolo en su propio bolsillo, se levanta para volver al interior del apartamento, cuando una mujer cae desde arriba. Golpea con fuerza contra el borde del muro del balcón, casi logrando agarrarse a él, antes de desplomarse al suelo.

Ella vuelve apresuradamente al interior.

—Vale, lo tengo —le dice a Oliver—. Esto es lo que vamos a hacer. No podemos salir por la puerta de siempre... —señala la puerta principal—. Así que tendremos que usar la escalera. Pero el balcón tampoco es una opción. Tú te quedas aquí mientras yo bajo al suelo. Llevaré la escalera al otro lado y tú…

—No, no puedes hacer eso —dice el niño, alarmado de inmediato—. Te atraparán.

—No, a mí no me hacen caso. ¿Recuerdas? Soy inmune.

Al decirlo, se da cuenta de que la fiebre ha desaparecido. No está segura de cuándo sucedió exactamente. Pero no llegó tan fuerte como la primera vez, ni duró tanto.

Realmente soy inmune. No fue solo casualidad.

—¿Qué significa "inmune"?

—Significa que no puedo infectarme... Aunque me arañen... Mira —le muestra la herida en su muñeca. Los ojos del niño se agrandan aún más—. No me pongo enferma —le asegura—. No te preocupes. Sé que es difícil de creer, pero tienes que confiar en mí. He pasado junto a ellos muchas veces. Ni siquiera me miran.

El niño la mira a los ojos.

—¿Cómo te volviste... inmune?

«Dios te eligió, Ella».

—No lo sé —responde Ella—. Pero es algo bueno que lo sea, porque significa que puedo hacer que salgamos de aquí. ¿De acuerdo?

El niño asiente.

—Vale.

11

Al volver a salir por la ventana y subir al balcón, otros dos zombis caen desde arriba para "saludar" a Ella. Ninguno de ellos consigue aterrizar bien.

Ella se dirige a donde puso la escalera y mira por encima del muro. Para su alivio, sigue allí. Abajo, en el suelo, unos cuantos zombis deambulan. No hay muchos, tal vez una docena en total, y están esparcidos por el césped, vagando de un lado a otro, la mayoría aparentemente sin un objetivo claro. Ninguno de ellos está inmediatamente cerca de la escalera, y es increíblemente tentador bajar al niño por ahí. Parece lo suficientemente fácil llegar al suelo y echar a correr.

Pero Ella sabe que en cuanto el niño llegue al balcón, los zombis se agruparán alrededor de la base de la escalera, ansiosos por alcanzarlo. Es solo porque no hay nadie más que ella y Boquist en el balcón que los no muertos no se sienten atraídos inmediatamente.

Ya ha revisado las ventanas de la cocina. El aparcamiento frente al edificio estaba casi vacío; había dos zombis más abajo, pero eso era todo. No cabe duda de que en cuanto abra la ventana y baje al niño, atraerán a muchos más. Pero era la mejor opción que Ella podía pensar en ese momento. Solo necesita ser rápida.

Al trepar por el muro, accidentalmente mira hacia a Boquist. Su rostro está pálido, su expresión extrañamente rígida.

—Lo siento —murmura Ella, tragando en seco—. Pondré a salvo a tu hijo.

Luego baja la escalera. Al llegar al césped helado, la levanta sobre su hombro y la lleva hasta el frente del edificio.

No se sentía completamente cómoda dejando al niño en la cocina. La puerta no podía cerrarse con llave, así que le indicó al niño que metiera un cuchillo de mantequilla en la rendija. Él lo hizo, y cuando Ella lo probó desde el otro lado, no pudo abrir la puerta empujando. Tal vez, si la pateaba, cedería. Pero era la mejor opción que tenían.

La cocina estaba justo al lado del baño, y Gunhild estaba completamente en silencio mientras Ella le daba instrucciones al niño. Aunque hablaba en voz baja, le preocupaba que la anciana pudiera oírlos. No creía que intentara nada, ¿por qué lo haría? Claramente, todo lo que quería era que se fueran, y eso era lo que estaban intentando hacer, pero aun así, Gunhild le parecía extremadamente alterada e impredecible, por lo que no quería dejar al niño solo más tiempo del absolutamente necesario.

Al llegar al aparcamiento, Ella cuenta las ventanas. En la tercera, en el segundo piso, ve al niño agitándole la mano con entusiasmo. Ella sonríe y apoya la escalera. Asegurándose una vez más, no ve a nadie a su alrededor, ni vivo ni muerto.

Rápidamente coloca la escalera, esperando que la ventana esté abierta, le dijo a Lukas que la desbloqueara tan pronto como colocara la escalera. No lo ha hecho, lo cual es raro, porque le mostró cómo hacerlo.

La razón por la que el niño no ha seguido sus instrucciones se vuelve inmediatamente clara cuando Ella mira con detenimiento. Está de pie justo al otro lado del cristal, pero detrás de él está Gunhild. Su mano descansa en el hombro del niño, y la otra, la que tiene el corte (que Gunhild ha envuelto en una toalla de cocina y cinta adhesiva) sostiene un cuchillo de pan. El cuchillo está extremadamente cerca de la oreja del niño. Un gran moretón oscuro ha aparecido en la parte inferior de la mejilla izquierda de Gunhild. Sus ojos brillan con el mismo fuego salvaje que Ella vio cuando les disparaba.

—Intenté sujetar la puerta —le dice el niño a Ella a través del cristal, casi rompiendo a llorar—. Pero no pude. Era demasiado fuerte.

—Está bien —dice Ella, sintiendo una calma en su propia voz que no refleja en absoluto cómo se siente por dentro. El miedo y la rabia luchan por dominarla—. No debes tener miedo. Gunhild no te hará daño. ¿Verdad, Gunhild?

Gunhild se relame los labios con la punta gris de su lengua.

—No, no lo haré. Siempre y cuando hagas lo que te pido.

Ella respira por la nariz, intentando calmar su corazón desbocado.

—¿Y qué quieres?

—Que entres aquí, me entregues el arma y me dejes ir en paz.

Ella no responde de inmediato.

—Pensé que querías que nos fuéramos. ¿Por qué querrías irte de tu casa?

Gunhild quita la mano del hombro del niño para hacer un gesto brusco.

—¿Estás de broma? No puedo quedarme aquí. La ventana está rota. Voy a morir de frío. Eso, si uno de los infectados no llega primero a mi balcón...

—Tú misma te lo buscaste —dice Ella con calma—. Disparaste dos balas a través de la puerta del balcón y la ventana, ¿recuerdas?

Gunhild niega con la cabeza.

—Pensé que solo haría un pequeño agujero. ¡No pensé que se rompería así! —Señala a Ella con el cuchillo—. ¡Fuiste tú quien vino aquí y entró a la fuerza en mi casa! ¡Y ahora estás robando mi arma y dejándome completamente indefensa! ¡Y estoy herida! Necesito algo para limpiar el corte. Y tendré que darme puntos o nunca se curará. No hay ninguna posibilidad de que envíen una ambulancia, así que tendré que ir conduciendo yo misma al...

Se interrumpe al recordar, aparentemente, que Ella tiene el arma. Rápidamente vuelve a colocar el cuchillo en su posición original, a solo unos centímetros del lado de la cabeza del niño.

—Vale —dice Ella entre dientes—. Vale, te entiendo. Haremos lo que dices. Te doy la pistola, bajas tú primero, y luego nos iremos cuando te hayas ido.

—No, tú —Gunhild se interrumpe de nuevo, pero esta vez es diferente. Parpadea, luego asiente y dice—: Sí, exacto. Vosotros os vais después de mí.

Ella nota la mentira. Aunque no conoce a Gunhild en absoluto, es evidente.

«No nos dejará ir. Seguramente quitará la escalera una vez que baje. ¿Pero por qué?».

La respuesta es tan evidente como la mentira, por supuesto. La escalera está justo al lado de la puerta principal, y el rellano está lleno de infectados. En cuanto Gunhild llegue al suelo, los zombis empezarán a salir al aparcamiento... a menos que Ella y el niño se queden atrás, actuando como señuelos, manteniendo a los zombis concentrados en la puerta del apartamento.

—¿Sabes qué? —dice Ella—. Déjame bajar y cerrar la puerta principal primero. Así…

—¡No, no hagas eso! —dice Gunhild inmediatamente—. Te vas a infectar.

—No, no me infectaré. Tendré cuidado.

—¡No bajes ahí! —grita Gunhild—. Haz lo que te digo, o pasará algo malo —Gunhild inclina la cabeza hacia Oliver—. Este pobre niño ya ha perdido a su padre. No le compliques más las cosas ahora.

Ella está tan furiosa que ni siquiera puede responder.

—¿Sabes? —continúa Gunhild—. Nunca tuve nietos. Al menos, no que yo sepa. Mi hija ni siquiera me habla, esa maldita desagradecida. Les das todo, y luego te dan la espalda. —Los labios de Gunhild tiemblan mientras habla. Estudia el rostro de Ella—. Eres joven para ser madre.

—No lo soy —dice Ella.

—¿Es tu hermano?

—No somos familia —responde Ella con franqueza—. Lo acabo de conocer.

Gunhild frunce el ceño.

—Entonces, ¿por qué demonios...? —Sacude la cabeza—. Da igual. Vamos a…

Un golpe que se escucha detrás la hace girar la cabeza.

Oliver también se sobresalta e intenta apartarse, pero Gunhild lo agarra del cuello de la chaqueta.

—Uno de ellos ha entrado —dice Gunhild con tono sombrío, mirando de nuevo a Ella—. Vamos a acelerar esto. Abre la ventana —le dice a Oliver mientras lo empuja hacia adelante, todavía sujetándole firmemente la chaqueta. El niño se sube en la silla que Ella había colocado para él y abre los pestillos. Trata de contener las lágrimas mientras lo hace, mirando varias veces a Ella.

—Todo estará bien, Oliver —le dice ella, intentando sonreír, pero sus mejillas están rígidas y su pulso retumba en su rostro, así que no está segura de que la sonrisa parezca genuina.

—Sí, todo estará bien —concuerda Gunhild, mirando brevemente hacia atrás. Ha colocado la otra silla bajo el pomo, bloqueando la puerta. Aunque el zombi lograra girar el pomo por accidente, probablemente no podría abrir la puerta.

Ella abre la ventana, sintiendo cómo el aire cálido y cargado de la cocina sale a su encuentro. Huele a plátanos demasiado maduros, jabón de platos, café y cigarrillos.

—Coloca la pistola en el alféizar y luego baja cinco peldaños —le ordena Gunhild, manteniendo el cuchillo muy cerca del cuello de Oliver.

Ella saca la pistola, la coloca en el alféizar y luego baja por la escalera.

—Vale, ya puedes volver a subir —grita Gunhild.

Ella sube para ver a Gunhild de pie junto a la nevera. Ha vuelto a adoptar esa postura ridícula para disparar, aunque parece descompensada debido a su brazo herido. Está apuntando con la pistola a Ella. Oliver está junto a la ventana.

—Entra —dice Gunhild, sin apartar la vista de Ella—. Y ve hacia la puerta.

Ella hace lo que le ordena. No puede ver dónde ha puesto Gunhild el cuchillo, y no hay otras armas a mano. Incluso si intentara coger una, Gunhild sin duda le dispararía. De hecho, Ella se sorprende un poco de que no lo haya hecho ya.

Ella guía a Oliver hacia la puerta. Mientras se mueven, Gunhild se desplaza en la dirección opuesta, manteniéndolos firmemente bajo la mira. Cuando llegan a la puerta, el zombi al otro

lado se vuelve más insistente. El pomo se sacude, pero no gira.

Gunhild echa un vistazo rápido por la ventana, probablemente para asegurarse de que el camino esté despejado.

—De acuerdo —dice, satisfecha—. Voy a bajar ahora. Cuando esté en el suelo, podéis seguirme.

—Claro —dice Ella, sin parpadear. «A menos que quites la escalera, claro».

Es muy consciente de que se está quedando sin opciones. Hay tres formas de salir del apartamento. El balcón, la puerta principal o la ventana de la cocina. El balcón está descartado porque si la escalera desaparece, y aun si Ella matara al zombi que está esperando al otro lado, no hay manera de que puedan saltar desde el balcón sin romperse algo. La puerta principal también está descartada por la horda de zombis que los esperan. Ella podría salir, claro, pero no sin que los zombis entren en el apartamento y maten al niño.

Y ahora su última vía de escape también está a punto de desaparecer. Ella ya no tiene ninguna duda de que Gunhild volcará la escalera antes de irse a su coche. Quiere una escapada limpia, y eso solo puede suceder si Ella y Oliver se quedan atrás.

Sorprendentemente, Ella se siente bastante tranquila. Es porque un plan empieza a tomar forma en su mente. Una última oportunidad para sacar al niño de aquí con vida. Sin apartar la vista de Gunhild, examina la cocina, buscando lo que necesita. Un solo objeto bastará. Siempre que sea pesado. Hay un cuenco con peras y plátanos, una silla debajo de la ventana y una pila de platos sucios.

Pero el objeto más adecuado es la cafetera. No es una de esas cafeteras de goteo normales; es una bestia de máquina de espresso, ocupando demasiado espacio en la pequeña mesa de la cocina. Tiene dos grifos diferentes y parece que pertenece a una cafetería, no a una casa particular.

«Eso servirá», piensa Ella, sus pensamientos de repente son muy claros.

Gunhild ha logrado pasar el alféizar y está intentando mantener el equilibrio en la escalera. Una vez que lo consigue, le lanza a Ella una última mueca significativa.

—Espera a mi señal —dice—. No bajes hasta que te lo diga.

—Claro —responde Ella con tono uniforme.

Gunhild mira hacia abajo para comprobar una última vez, y luego desaparece de su vista.

Ella suelta la mano de Oliver y se dirige al mostrador.

—¿Qué estás…?

Ella lo interrumpe con una mirada seria y un dedo sobre los labios. Luego llega detrás de la máquina de espresso, desconecta el enchufe y envuelve sus brazos alrededor de toda la máquina. Se sorprende gratamente al descubrir que es incluso más pesada de lo que parece. Unos dieciocho kilos, si tuviera que adivinar. Más que suficiente para hacer el trabajo.

Ella lleva la máquina de espresso hasta la ventana, la coloca en el alféizar y mira hacia afuera para asegurarse de que esté justo encima de la escalera.

«Un poco más a la izquierda», piensa, moviéndola ligeramente.

Gunhild ni siquiera está a mitad de camino de la escalera. No parece fácil bajar con un brazo herido y sosteniendo una pistola en la otra mano. Al parecer, oye el ruido de la máquina de espresso deslizándose por el alféizar, o tal vez tiente algún sexto sentido que la alerta. Mira hacia arriba justo en ese momento, y ve a Ella.

—¡Eh! —grita, levantando la pistola—. ¿Qué estás haciendo? ¡Te dije que…!

Ella retira la cabeza mientras le da un pequeño empujón a la máquina de espresso, que sale volando.

Gunhild grita de rabia y sorpresa. El sonido se corta abruptamente por un CLONK sordo, seguido un instante después por un golpe seco, y luego un estruendo metálico cuando la costosa máquina de espresso golpea el pavimento y se hace añicos.

12

Kjell se encuentra con algunos infectados de camino de vuelta a la cima de la montaña. Sin embargo, no tantos como esperaba. Los restantes parecen haberse dispersado en diferentes direcciones, atraídos por cualquier presa de la que hayan captado el rastro. Si es que funciona así, claro. Kjell no lo sabe, y tampoco le importa mucho. Todo lo que necesita saber es cómo sobrevivir, y eso lo tiene controlado.

Los rezagados caen rápidamente con una bala en la cabeza, y él continúa, asegurándose de evitar las trampas que aún no se han activado.

Al llegar al área donde está la cueva, se detiene brevemente para asegurarse de que no haya nadie, ni vivo ni muerto, alrededor. Los restos humeantes de la puerta aún envían finas columnas de humo por el aire helado. Una vez satisfecho de que nada se mueve ni emite ningún sonido, Kjell cruza el hielo y entra en la cueva. El olor sigue siendo desagradable, pero ligeramente menos intenso. Saca su linterna y dirige el haz de luz hacia la penumbra. Luego va al lugar donde estaba Ragnar.

Ragnar ya no está ahí. Obvio. Tal y como Kjell sospechaba, el viejo sucumbió a la infección, murió, volvió a despertar y luego se fue en otra dirección.

—Maldita sea —murmura Kjell, chasqueando la lengua mientras mira alrededor—. Espero que no te hayas llevado el cuchillo, viejo bastardo…

Empieza a buscar en el arsenal, al menos en las partes que puede, porque algunos cofres aún están cerrados con llave. Otros están abiertos, y algunas de las armas parecen haber sido retiradas rápidamente. Los pobres desgraciados probablemente se apresuraron a encontrar algo con que defenderse una vez que se dieron cuenta de que iban a tener que enfrentarse a un ejército de muertos vivientes en cuestión de segundos.

También revisa las estanterías, los montones de ropa y todos los demás suministros que Ragnar había acumulado. Incluso patea los cadáveres esparcidos por el suelo, comprobando debajo de ellos. Pero no hay ni rastro del cuchillo.

Suspirando, Kjell endereza la espalda, haciendo que algunas de sus articulaciones crujan. Le vendría bien un descanso. Siente como si hubiera estado de pie todo el día, lo que no está lejos de la realidad. Y ahora, para empeorar las cosas, parece que ha subido hasta aquí en vano.

O el viejo imbécil está deambulando por ahí con el cuchillo de Lukas en su bolsillo, o simplemente nunca se lo robó a Lukas cuando se deshizo del cuerpo. Kjell supone que Ragnar arrojó a Lukas al arroyo que desemboca en el lago que cruzó antes. Eso es lo que él haría si tuviera un cadáver a mano. Enterrarlo aquí, en el suelo rocoso, sería imposible, y dejarlo por ahí atraería carroñeros.

Así que, Lukas podría estar flotando bajo el hielo del lago en este momento, con el cuchillo oxidándose en su bolsillo.

De cualquier manera, Kjell no lo encontrará, así que bien podría…

Algo llama su atención al darse la vuelta. Dirige la luz hacia ello. Un charco bastante grande de sangre refleja la luz. El suelo de la cueva está lleno de cadáveres, algunos intactos, otros severamente amputados gracias al machete de Ragnar. También hay mucha sangre, aunque los infectados no sangran mucho. Era más bien un líquido negro y viscoso lo que salía cuando sufrían una herida.

Por eso este charco en particular atrae la atención de Kjell. Se acerca y se arrodilla.

La sangre parece más fresca. Y es de un rojo oscuro, como se supone que debe ser la sangre humana. Recoge un cartucho usado de un disparo realizado durante la lucha y lo sumerge en la sangre. No está congelada. Tampoco hay huellas en el charco, lo que también lo hace destacar. Todos los demás han sido pisoteados varias veces. Pero este no. Este charco claramente apareció después de que terminara la lucha.

—Hmm —murmura Kjell, echando un vistazo más a la cueva—. Usaste el machete, ¿verdad? Decidiste acelerar las cosas. Ahorrarte algo de dolor. Bien por ti. Yo habría hecho lo mismo.

Habla casualmente consigo mismo, pero al mismo tiempo, su mente va a mil por hora.

Si Ragnar se cortó el cuello, como parece haber hecho, entonces, ¿dónde está? ¿El viejo salió a echar un último vistazo al cielo? Eso parece muy poco probable. Por un lado, Kjell solo puede imaginar que es extremadamente difícil caminar con la yugular abierta, y por otro, Ragnar no era precisamente un tipo romántico. Probablemente no le importaría un carajo el cielo.

Entonces, ¿a dónde fue el viejo guerrero después de cortarse?

Kjell revisa los cuerpos de nuevo. Sabe que ninguno de ellos es Ragnar, pero no tiene una idea mejor.

Y entonces lo ve.

La pierna.

Está ahí en el suelo. Ya la había pateado una vez, sin prestarle mucha atención. Pero ahora, mientras la mira, la reconoce. Como para hacerlo aún más claro, el machete está justo al lado, su hoja manchada de sangre está como sonriéndole desde el suelo.

—No puede ser —susurra Kjell, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda—. No, no, no. No fuiste capaz. Viejo guerrero…

De repente, Kjell ya no se siente solo.

Se da la vuelta lentamente, escaneando la cueva con la linterna, conteniendo la respiración, aguzando el oído al máximo.

No hay rastros de Ragnar. Tampoco hay sonidos.

Debe seguir aquí. No hay manera de que haya salido con una sola pierna.

Pero Ragnar no está en la cueva. Realmente se ha desvanecido.

—Aaah —exhala Kjell, mientras la conexión finalmente se forma en su mente. Se ríe entre dientes y se relaja—. No lo lograste. No funcionó. La infección ya estaba en tu torrente sanguíneo, así que cortarte la pierna no te salvó.

Tiene sentido. A pesar del valiente intento de Ragnar, obviamente sucumbió a la infección justo después de la amputación. O la pérdida de sangre lo mató. De cualquier manera, evidentemente se convirtió y salió de la cueva antes de que Kjell regresara.

Sí, eso es.

Caso cerrado.

«Madre mía. Por un momento pensé que seguía vivo. Habría sido todo un truco. Sin duda se merece puntos por el intento, eso sí», piensa Kjell.

Mientras se dirige a la salida de la cueva, pasa junto a una caja roja en el suelo. Es uno de esos maletines de emergencia, muy parecido a los que usan en el ejército. Está completamente abierto y el contenido ha sido revuelto.

Kjell ya lo había visto antes, pero ahora le presta más atención, deteniéndose brevemente para mirarlo. Y mientras lo hace, una película se forma en su mente.

Ragnar. Con una sola pierna. Completamente pálido. Sangrando. Apretando los dientes. Revisando el maletín. Aplicándose un torniquete. Envolviendo el muñón sangrante en vendas. Inyectándose adrenalina para evitar entrar en shock.

Podría haber ocurrido. Todo lo necesario está aquí.

«Será mejor que me dispares también. Si no lo haces, volveré a por ti».

Las últimas palabras de Ragnar resuenan en su cabeza, haciendo que un escalofrío recorra su espalda.

Kjell aprieta los dientes y sacude la cabeza.

No.

Es demasiado inverosímil.

Incluso alguien tan duro como Ragnar no podría haber hecho algo así. Es algo que solo sucede en películas de acción estúpidas.

Kjell sale de la cueva por segunda vez. Intenta silbar una melodía, pero sus labios están extrañamente rígidos e incontrolables. Se dice a sí mismo que es por el frío. Pero mientras desciende la montaña, no puede evitar mirar a su alrededor constantemente.

Y no puede convencerse del todo de que vigila solo por los infectados.

13

Ella espera conteniendo la respiración, escuchando con atención. Puede oír al niño respirar rápidamente y quejarse detrás de ella. Pasan diez segundos y, como no escucha ningún sonido de Gunhild, se atreve a mirar.

Gunhild está tirada en el suelo al pie de la escalera. Junto a ella está la máquina de espresso rota. La mujer parece un muñeco de pruebas de choque que alguien dejó caer al suelo. Sus brazos y piernas forman una Z extraña. Sus párpados tiemblan y su mandíbula se mueve, pero está inconsciente.

Ella se da la vuelta y mira al niño. Sus manos cubren sus orejas, y sus ojos están grandes y blancos.

—Entiendes por qué hice eso, ¿verdad? —pregunta Ella en voz baja.

Él lentamente baja las manos, traga saliva, pero no habla.

—Tenía que hacerlo —continúa Ella—. ¿Sabes por qué?

El niño mueve los pies, como si le hubieran pedido que pasara al pizarrón a resolver un problema difícil.

—No... no lo sé.

—Creo que sí lo sabes.

—¿Porque ella... era mala persona? —Su voz se vuelve muy débil. Un golpe en la puerta lo hace estremecerse.

—Lo era —coincide Ella, mirando al niño con firmeza—. Pero no fue por eso por lo que tuve que hacerlo.

El niño piensa por un momento. Luego parece que algo se le ocurre y dice:

—Ella iba a quitar la escalera.

Ella siente una sorprendente oleada de alivio al escuchar esas palabras. De alguna manera, eso la hace sentir menos culpable, que el niño también lo haya notado.

—Sí —dice—. Iba a hacerlo. Nos habría dejado aquí.

Y realmente lo cree; lo escuchó en la voz de Gunhild, lo vio en sus ojos.

Pero hay una pequeña voz en el fondo de su mente que le dice que no puede saberlo con certeza. Que hay una pequeña posibilidad de que haya malinterpretado las intenciones de la anciana. Que tal vez no tenía planeado atraparlos en el apartamento. Y si eso es cierto, entonces Ella no es mejor que todos los demás. Marit. Boquist. Incluso la propia Gunhild. Ahora, efectivamente, Ella también es una asesina. Es posible que haya matado a una mujer inocente—bueno, no exactamente inocente; Gunhild ciertamente tenía sus propios pecados por los que pagar—pero quizás Ella no tuvo que hacer lo que hizo. Romperle el cráneo a Gunhild y hacer que cayera varios metros sobre el pavimento, probablemente rompiéndose una docena de huesos en su frágil cuerpo.

Ahora lo entiende. Por qué los demás hicieron lo que hicieron. Cuando se redujo a ello, era entre Lukas y Gunhild. Y Ella no podía darle el beneficio de la duda a la anciana. Simplemente no podía. No con la vida del niño en juego.

Salvé a él, pero tal vez me condené a mí misma al hacerlo.

El niño mira brevemente hacia la ventana abierta y luego de nuevo a Ella.

—¿Está... muerta?

Ella mira hacia el pavimento una vez más. Gunhild no está muerta; se está moviendo. Aunque, juzgando por el charco de sangre que se extiende desde su cabeza, Ella duda que le queden muchos minutos. Ella vuelve a mirar al niño y dice:

—No. Pero ya no nos molestará.

El niño asiente de nuevo. Un montón de emociones diferentes pasan por su rostro antes de que, de repente, diga:

—Sabía que iba a hacer algo malo. Sus ojos eran muy malos. Solo que no sabía qué era lo que quería hacer. Ya le disparó a mi papá... —Su voz se vuelve muy débil mientras mira hacia la puerta. Luego mira a Ella a los ojos y dice con sinceridad:

—Me alegra que lo hayas hecho. Ahora podemos irnos.

—Sí —dice Ella—. Sí, podemos. Aquí está el plan. Yo bajo por la escalera y cojo la pistola. Luego te llamo, y tú bajas también. ¿Puedes hacerlo, verdad?

El niño se acerca a la ventana y mira hacia abajo. Tiene que ponerse de puntillas para hacerlo. Al ver el pavimento debajo, deja escapar un jadeo.

—No lo sé. Parece muy aterrador.

—Lo sé. Pero tienes que intentarlo. Necesito estar en el suelo para poder ocuparme de cualquiera de los infectados si vienen por ti.

El niño de inmediato parece alarmado.

—No te preocupes —dice Ella—. Tendré la pistola. Puedo dispararles.

Esto no parece calmar mucho la aprensión del niño.

—Pero están enfermos. Mi amigo Timmy, él dijo que su papá le contó que tienen algún tipo de enfermedad, como el coronavirus, solo que mucho peor.

Ella niega con la cabeza lentamente.

—Eso no es cierto. Veo por qué el papá de Timmy pensaría eso. La mayoría de la gente lo cree. Incluso lo dicen en la televisión. Pero eso no es lo que les pasa a los infectados. En realidad están muertos. Sé que es difícil de creer. Pero ellos—

—¿Zombis? Eso fue lo que dijo mi papá.

—Eso es. ¿Sabes sobre zombis?

Él asiente.

—Me disfracé de uno para Halloween.

—Oh.

—Y jugué a Plants vs. Zombies. Es un juego en mi iPad. A mamá no le gusta que lo juegue, pero papá me deja cuando ella no está en casa.

Ella sonríe.

—Eso está bien. Entonces sabes con qué estamos tratando. No puedes dejar que te toquen. No puedes hablarles o hacer que dejen de intentar hacerte daño. Solo puedes correr.

—O dispararles —dice inmediatamente el niño—. Eso es lo que hacen las plantas en el juego.

—Sí —dice Ella—. Exactamente. Y eso es lo que haré si alguien se acerca a la escalera.

—¿Y mi papá?

—Oh, cariño —dice Ella, arrodillándose para ponerse a la altura de los ojos del niño—. Lo siento mucho, pero tenemos que dejarlo atrás.

El niño estudia sus ojos de cerca.

—Está muerto, ¿verdad?

Ella no quiere decir nada, así que asiente casi imperceptiblemente.

Los ojos del niño se llenan de lágrimas. Ella lo abraza. Él llora durante un par de minutos.

—Entonces —dice Ella, rompiendo suavemente el abrazo para mirarlo—. ¿Estás listo para salir de aquí?

El niño, aunque su rostro aún está húmedo por las lágrimas, parece un poco más tranquilo, un poco menos asustado. Se escucha otro golpe en la puerta. Esta vez, no se estremece, solo mira brevemente hacia allí antes de volver sus ojos a Ella.

—Sí —dice—. Estoy listo.

14

Ella revisa una vez más que todo esté despejado. Pero no lo está.

Cuatro zombis están cruzando el estacionamiento, aparentemente dirigiéndose hacia Gunhild, que todavía yace al pie de la escalera. Otros salen por la puerta principal abierta del edificio.

Maldita sea. La anciana ha comenzado a atraerlos.

Ella mira rápidamente hacia el niño.

—No vengas a la ventana hasta que yo diga tu nombre, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde él.

Ella sale por la ventana y comienza a descender, moviéndose tan rápido como puede. Justo cuando llega al suelo, el primero de los zombis alcanza a Gunhild. El hombre cae de rodillas y comienza a hurgar en su muslo, rasgando sus pantalones como una hiena hambrienta que encuentra una presa dejada por depredadores más grandes.

Ella siente náuseas. Inmediatamente busca la pistola, que ha resbalado por el pavimento. No puede verla de inmediato debido a todas las piezas de la máquina de espresso. Cuando la localiza y la recoge, el segundo zombi cae sobre Gunhild y comienza a atacar su pecho. Es entonces cuando la anciana se despierta y empieza a gritar.

Ella se acerca al zombi, apunta la pistola directamente a la parte posterior de su cabeza y aprieta el gatillo. Esta vez está mejor preparada para la violenta sacudida de la pistola y logra evitar que la golpee en la cara. El zombi cae sobre Gunhild, que sigue chillando e intentando levantarse, pero parece que su cadera está rota y solo uno de sus brazos le responde. Ella apunta al otro zombi, una mujer, y le dispara en la coronilla. Muere en el acto.

El siguiente zombi ya ha llegado, y Ella le dispara dos veces. La primera bala le atraviesa el mentón, lo que claramente causa un daño desagradable, rompiendo su mandíbula y haciendo que

sus dientes inferiores caigan al suelo, pero no lo detiene. El segundo disparo le perfora la frente, y el zombi cae como un robot al que se le ha agotado la batería.

Ella se vuelve hacia el cuarto zombi, a punto de disparar, cuando Gunhild agarra su tobillo.

—¡Ayúdame! ¡Por favor! ¡Te lo ruego!

La voz de la anciana es gruesa y gutural, sus dientes están manchados de sangre que brota de su labio superior partido. El moretón donde Ella la golpeó es casi imperceptible ahora; está ensombrecido por un gran bulto negro en forma de L que cubre la mayor parte de su frente, desde la línea del cabello hasta la ceja. La máquina de espresso claramente dio en el blanco. Probablemente también fue lo que le cortó el labio.

—¡Ayúdame! —grita Gunhild—. ¡Sácame de aquí! ¡No dejes que me atrapen! ¡Por favor! ¡Por favor!

Gunhild se aferra a la pierna de Ella como un ratón que se ahoga. Parece solo medio consciente del zombi que viene por detrás. El hombre cae de rodillas y está a punto de hurgar en las piernas de Gunhild cuando Ella dispara por quinta vez.

Pero no le dispara al zombi.

Gunhild se estremece y se desploma con un jadeo mientras el último aliento se le escapa de sus pulmones de fumadora.

El hombre, que hace un segundo estaba ansioso por empezar a devorar a Gunhild, ahora se detiene. Podría parecer que el disparo lo hizo dudar. Pero Ella sabe que no es así. No se inmutó, ni siquiera la miró. No nota a Ella ni a la pistola. Todo lo que le interesa es Gunhild, y como ella, inesperadamente, se convirtió en carne muerta, ya no le resulta atractiva. De hecho, a juzgar por los movimientos confusos de su cabeza, parece que la anciana se volvió invisible para él en el momento en que murió. Gruñe decepcionado, se levanta y, en su lugar, mira hacia la ventana por donde acaba de salir Ella. Comienza a moverse hacia el edificio.

—Oh, no, eso sí que no. Él está fuera de tus límites.

Ella sigue al hombre, lo alcanza rápidamente y le dispara en la parte posterior de la cabeza. Se siente más confiada disparando ahora, y aprieta el gatillo con una sola mano. Es considerablemente más difícil controlar el retroceso, pero lo consigue. El disparo aterriza justo en la nuca, y el hombre muere al instante.

Se da la vuelta para ver a media docena de zombis más saliendo del edificio.

—Mierda —masculla, corriendo hacia ellos. Se abre paso a empujones entre el grupo para llegar a la puerta.

La escalera está completamente llena, y más zombis bajan por los escalones, aparentemente ya no se ven atraídos tanto por el apartamento con el niño, sino buscando nuevas presas. El problema es que, tan pronto como salen del edificio, se dirigen directamente hacia la ventana, ya que Oliver sigue siendo la persona viva más cercana, además de Ella. Así que patea la cuña que sostiene la puerta, empuja a una mujer que intenta salir y luego cierra la puerta de golpe. Es pesada y se abre hacia adentro, así que no hay forma de que ellos puedan abrirla.

Al volverse, Ella ve exactamente lo que temía: el grupo de zombis se dirige directamente hacia la escalera. No intentan treparla, pero se agrupan alrededor de su base, mirando hacia arriba con sus ojos negros, obviamente sintiendo a Oliver allí arriba.

Y lo que es peor, desde el otro lado del estacionamiento vienen más. Al menos cinco.

«Me quedaré sin balas», piensa Ella con amargura, mirando la pistola. Puedo seguir disparándoles, pero vendrán otros. Necesito pensar en otra cosa…

Ella podría intentar embestirlos con el coche. Simplemente conducir hacia el grupo, aplastarlos uno por uno.

Pero sospecha que eso solo funciona en los videojuegos. En la realidad, probablemente acabaría atascada en la pila de cuerpos. Porque ya hay casi veinte, y no basta con romperles los huesos; mientras sus cerebros permanezcan intactos, seguirán moviéndose. Lo que significa que, aunque el Nissan no se quede atascado, simplemente convertiría a la horda de zombis relativamente funcionales en un montón de zombis cojeando y arrastrándose, pero aún muy peligrosos. Lo cual no sería suficiente para que Oliver pudiera bajar por la escalera y entrar al coche de manera segura.

«Hemos tardado demasiado», piensa Ella, mirando a los zombis que arañan la pared, como si quisieran treparla.

«Si hubiéramos sido más rápidos, no habrían tenido tiempo para...»

Entonces, se le ocurre.

La solución es obvia ahora que la ve.

Va hacia la bolsa de munición y la lleva al coche. Abriendo el maletero, coloca la bolsa dentro, luego se toma su tiempo para recargar el cargador. Contiene doce balas cuando está completamente lleno. Comprueba que ha puesto el seguro y de que no se pueda disparar. Luego, lo guarda en su bolsillo y se dirige hacia la escalera. Aparta a una mujer corpulenta que bloqueaba su camino y sube.

Al llegar a la ventana, ve a Oliver de pie, justo donde lo dejó. Ella sonríe.

—Bien, parece que estás bien.

—Sí —dice él—. ¿Estamos listos para irnos? Puedo oír a muchos de ellos por abajo.

—Necesitaremos volver al balcón —dice Ella, trepando hacia el interior—. Este lado del edificio está infestado por ahora. Si somos inteligentes y nos movemos rápido, podemos hacerlo. Escucha con atención, Oliver. Primero, me encargo del tipo detrás de la puerta. Luego bajo de nuevo, muevo el coche y la escalera al otro lado. Una vez que esté lista, tocaré el claxon tres veces. Entonces, vienes al balcón y bajas tan rápido como puedas. Es importante que te des prisa, porque tan pronto como vayas al balcón, los atraerás a todos hacia ese lado del edificio. Por eso, hasta que no escuches tres veces el claxon, debes quedarte aquí en la cocina. ¿Entendido? ¿Has entendido todo?

El chico parece alguien a quien le han pedido memorizar una canción entera que nunca antes había oído. Pero asiente.

—Creo que sí.

—Bien. Ahora, ve a esa esquina, siéntate y cúbrete los oídos—. Ella saca la pistola mientras habla—. No necesitas ver esto, así que si solo...

—Espera —dice el chico.

—Está bien, tendré cuidado cuando abra la puerta. Esto se acabará en un segundo.

—Pero...

—Ya he disparado a varios de ellos. Sé cómo hacerlo.

—Sí, pero ¡hay dos de ellos! —Señala hacia la puerta.

Ella duda, y escucha. Los gruñidos, quejidos y rasguños que provienen de la puerta suenan ligeramente más fuertes y frecuentes que antes.

—O tal vez incluso tres —continúa Oliver—. No estoy seguro. Pero ya no es solo uno.

—Tienes razón —dice Ella—. Bien visto. De acuerdo, ve a la esquina, por favor.

Oliver hace lo que ella le pide. Ella se acerca a la puerta, escucha una vez más, confirmando que realmente parece haber al menos dos zombis empujando desde el otro lado. Si hubiera abierto la puerta como pretendía, el segundo muy probablemente la habría tomado por sorpresa, e incluso podría haber pasado antes de que ella pudiera disparar otra vez. La cocina es muy pequeña, y aunque Oliver esté agachado en la esquina más alejada, está a menos de ocho pasos de la puerta.

«Si le pasa algo, no me lo perdonaré».

Ella respira hondo, revisa una vez más que el seguro esté desactivado, luego aparta la silla de una patada y se mueve rápidamente hacia atrás, mientras levanta la pistola.

La puerta no se abre de inmediato. El pomo se sacude una vez, pero eso es todo.

—No creo que sepan cómo hacerlo —susurra Oliver desde la esquina.

Tiene razón, por supuesto. Ella necesita abrir la puerta, o corren el riesgo de esperar horas hasta que alguno de ellos accidentalmente gire el pomo.

Así que, se adelanta, manteniendo la pistola lista. Luego, justo cuando está a punto de girarlo, se le ocurre otra idea. La puerta está hecha de un material muy ligero. Una bala podría atravesarla fácilmente. Apunta al nivel de los ojos de un hombre adulto, luego dispara a quemarropa contra la puerta.

Ya está acostumbrada a perder la audición. Ve un agujero aparecer en la puerta, pero es mucho más pequeño de lo que esperaba. Un rostro aparece brevemente, luego se retira. Vuelve a aparecer, y Ella dispara una segunda vez.

Espera, mira el agujero y escucha, aunque solo puede oír un zumbido bajo proveniente de del interior de sus oídos.

No aparecen más rostros.

«Debí haber dado al otro con la primera bala».

Ella agarra el pomo y lo gira. Y justo cuando lo hace, siente un empujón inesperado desde el otro lado. Instintivamente levanta la pistola y dispara mientras la puerta se abre de golpe. Pero la bala pasa por encima de la cabeza de la persona. Al principio, Ella piensa que se trata de una mujer adulta arrodillada, pero cuando el zombi choca contra ella, haciéndola retroceder tambaleándose, vislumbra un clip de Peppa Pig todavía sujeto al cabello rubio, y se da cuenta de que es una niña no mucho mayor que Oliver.

Oliver grita mientras la niña logra pasar a empujones junto a Ella, quien por un momento no puede disparar, primero porque se sorprende que sea una niña pequeña la que entrase, y segundo, porque está demasiado cerca, y Ella corre el riesgo de dispararse a sí misma. La niña se dirige directamente hacia Oliver, y ahora él está en el medio de la línea de fuego. Ella maldice, salta hacia adelante, extiende la mano hacia la niña y logra agarrarla del cabello rubio menos de un segundo antes de que pueda lanzarse sobre el niño, que sigue gritando.

Ella tira del cabello de la niña con fuerza, y su cabeza se echa hacia atrás. Arrastrándola lejos de Oliver, logra hacerla girar como si estuvieran bailando, de modo que Ella se posiciona entre la niña y el niño. Echa un vistazo a la cara de la niña por primera vez, y es casi suficiente para hacerla dudar de nuevo. Está casi intacta. Piel suave. Pecas. Dientes de leche perfectos y blancos. Lo único que la delata es el ligero color verdoso en su piel y sus ojos completamente negros.

Ella le dispara en la sien, enviando una salpicadura negra directamente a la nevera de Gunhild. La niña se desploma, y mientras cae, Ella se da cuenta de que todavía tiene un mechón de su

cabello dorado en la mano.

15

Volver a cruzar el valle a pie es una experiencia surrealista para Kris.

Al igual que los primeros pasos que dio cuando finalmente salió de la despensa en casa de Helda y Halgrim, su mente se había acostumbrado a los confines de la cueva de Ragnar. Estaba mentalmente preparado para quedarse allí todo el invierno. Ese era, sin duda, el plan de Ragnar. Pero ahora, probablemente ya esté muerto, y Kris se siente feliz de no volver a ver el interior de esa cueva.

El pensamiento de que Ragnar esté muerto hace que todo sea aún más extraño, caminando casi por el mismo sendero que recorrió con ellos. Parece que fue hace siglos. Hans e Ingrid también están muertos. El solo pensar en la mujer le provoca nuevamente una sensación de angustia y náuseas, y Kristoffer tiene que esforzarse en borrar las imágenes de la carne grasienta de su mente.

Ahora tiene tres nuevos compañeros de caminata, uno de los cuales es un canino.

Aksel gime y se detiene por un momento para descansar, apoyando las manos en las rodillas.

—¿Cuánto falta? —pregunta, mirando a la mujer.

—Cinco minutos más, creo.

—Maldita sea. No creo haber estado tan agotado en toda mi vida.

—Realmente deberíamos volver al coche —dice la mujer, mirando alrededor, con la pistola lista—. Están por todas partes.

No necesita aclarar a quiénes se refiere. Ya se han encontrado con dos zombis, a los cuales la mujer abatió. El perro les avisó en ambas ocasiones, detectando el olor de los muertos antes de que Kris o los demás pudieran oírlos avanzar por la maleza. Kris está muy agradecido de que el perro esté con ellos.

—Sí, lo sé —murmura Aksel, obligándose visiblemente a seguir caminando—. Una vez que mi trasero toque ese asiento, no me levantaré nunca más.

Caminan durante unos minutos más.

—Entonces, ehm —dice Kristoffer, rompiendo el tenso silencio—. ¿Hay más gente esperando en vuestro coche?

—Sí —responde Aksel—. Hemos recogido a bastante gente ya. Casi suficientes para montar una fiesta. Contándote a ti y a Guardián, somos siete.

Kristoffer no estaba seguro de si lo habían invitado a ir con ellos. Lo esperaba, porque no tiene ningún otro lugar a donde ir, y las casas más cercanas están de regreso en Bodum, a kilómetros de distancia. Lo que significa que, muy probablemente, moriría congelado antes del anochecer.

Como si le leyera la mente, Aksel le lanza una mirada.

—Porque, ¿vienes con nosotros, verdad? ¿O tienes otros planes?

—No, yo... no tengo nada.

No quiso expresarlo de esa manera.

—Entonces, ¿no tienes familia esperándote? —pregunta Aksel, por una vez sonando empático.

—No —responde Kristoffer.

—Tú y yo somos iguales, amigo. Perdí a mi hermano y a mi novia el día del brote.

—Oh. Lo siento.

Aksel simplemente asiente. Luego, volviendo a la conversación, dice:

—Eres bienvenido a venir con nosotros. En lo que a mí respecta, ya eres parte del grupo.

La mujer echa una mirada rápida hacia Aksel.

—¿Le conoces?

—No, pero sé que es un superviviente —responde Aksel de inmediato—. Y si no hubiera aparecido, yo estaría muerto. Ese tipo, Ragnar, había puesto todo tipo de trampas alrededor de esa cueva. Kris me guio a través de ellas.

Kristoffer no dice nada. Es probable que sea cierto que Aksel habría activado accidentalmente una de las trampas, pero también es cierto que llegó demasiado tarde para advertirle a la mujer sobre el tronco, y murió por su culpa. De hecho, fue Aksel quien tuvo que apartar a Kris del camino, o él también habría sido arrollado por el árbol rodante.

—No creo que nos debamos algo el uno al otro —murmura—. Pero agradecería si me podéis dejar en mi casa.

—¿Dónde está eso? —pregunta Aksel.

—Bodum. Es un pueblo pequeño no muy lejos...

—¿Vivías en Bodum?

—Vivía.

Aksel frunce el ceño.

—¿Por qué querrías volver allí? Ese lugar a estas alturas probablemente esté infestado de zombis.

—No estoy tan seguro —dice Kristoffer—. Quiero decir, fue donde todo comenzó, pero imagino que para ahora la mayoría de ellos ya se habrán ido. No puedo creer que quede alguien vivo allí.

—Tal vez tengas razón —dice Aksel.

—¿A qué te refieres con que fue donde todo comenzó? —pregunta la mujer, mirando a Kristoffer.

Al parecer, Aksel no captó lo que Kristoffer dijo, pero ahora también lo mira con curiosidad.

—La infección comenzó en Torik —continúa la mujer—. El cadáver congelado que llevaron al hospital.

—Sí, pero... ese cadáver venía de Bodum —dice Kristoffer.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Aksel—. ¿Lo dijeron en los medios?

—No. Conocía al tipo.

—¿Lo conocías? Es mucha casualidad.

—No realmente —gruñe Kristoffer—. Todos en Bodum se conocen. Solo hay, como, cincuenta personas viviendo allí.

—Entonces, ¿sabes qué le pasó?

—Creo que sí —murmura Kristoffer. Tanto Anne como Aksel, e incluso el perro, se detienen para mirarlo fijamente.

—Bueno... es una historia larga.

—Y tenemos un largo camino por delante —dice Aksel—. Bodum sigue estando, ¿qué, a media hora?

Kristoffer lo considera brevemente.

—Si te cuento lo que sé, vas a pensar que estoy loco.

—Oye, amigo. Como dijo Cooper, ¡todos estamos locos!

Kristoffer asiente y toma una profunda respiración.

—De acuerdo.

Entonces empieza a hablar.

16

—¿Estás bien, Oliver? ... ¿Oliver? ... ¡Mírame!

El niño aparta la mirada de la niña muerta y levanta los ojos hacia Ella.

—¿Estás bien, peque?

Traga con fuerza tres veces, como si estuviera luchando contra algo que intenta subir por su garganta. Luego asiente.

—Bien —dice Ella. Pero no está bien. Para nada. El niño está claramente en estado de shock. En cualquier momento, podría volverse incapaz de reaccionar. Incluso si Ella lo saca de esta con vida, quedará traumatizado de por vida. Y si es que tiene una vida por delante, será una de dolor y constante...

«No pienses en eso ahora. Sigue adelante. Ve a un lugar seguro».

—Tenemos que seguir —se dice a sí misma tanto como al niño—. Voy a revisar el balcón. Tú quédate aquí.

Al salir de la cocina, arrastra a la niña con ella. Deja un rastro de líquido marrón proveniente de la herida en la cabeza a lo largo del suelo. Ella la arrastra hasta el baño; la habitación huele a sudor, humo y sangre. Parece que Gunhild estaba sentada en el inodoro mientras se vendaba el brazo herido, porque la tapa está manchada de sangre.

Ella también arrastra al otro intruso, un joven. Una vez que ambos están en el baño, pasa por la sala de estar y sale al balcón. Justo en ese momento, un hombre corpulento cae desde arriba. Su pierna izquierda golpea la pared del balcón, y Ella escucha un crujido agudo antes de que caiga abajo en el césped. Al mirar hacia abajo, Ella solo puede ver a él y a algunos zombis dispersados a lo lejos. Cerca del siguiente bloque, hay un grupo de diez o doce zombis aglomerados contra una ventana en particular.

No somos los únicos supervivientes.

Ella gira la cabeza y mira hacia arriba. Parece que el hombre gordo fue el último en caer del balcón de arriba, al menos por ahora. No ve más manos extendiéndose. Al escuchar, todavía puede oírlos allí arriba, pero parece que han vuelto al interior del apartamento. Sin duda, tan pronto como Oliver salga al balcón, lo seguirán y comenzarán a caer desde arriba nuevamente. Otra razón más por la que deben moverse rápidamente.

Ella se gira hacia Boquist, la verdadera razón por la que salió aquí. Sabe que no hay posibilidad de que Oliver no se detenga a mirar a su padre muerto si lo ve. Incluso podría ser incapaz de pasar de largo. Ella lo arrastra hasta el extremo del balcón y luego trae una manta del salón. Cubre a Boquist lo mejor que puede: es un hombre grande, y sus botas aún son visibles, pero definitivamente es mejor que como estaba antes.

También toma el taburete del salón y lo coloca en la esquina del balcón para que sea fácil para el niño subirse a él y escalar la pared.

Al regresar a la cocina, encuentra a Oliver aún acurrucado en la esquina.

—Está despejado —le dice—. ¿Recuerdas el plan?

Él solo parpadea.

Ella repasa todo el plan de nuevo, reiterando cada paso.

—Entonces —concluye—, no tienes que hacer nada hasta que escuches el claxon. Cuando lo escuches, ¿qué haces?

El niño la mira con la mirada perdida.

—Voy al balcón.

—Sí, ¿y luego qué?

—Bajo por la escalera.

—Exacto. Yo estaré allí, asegurándome de que esté despejado. Dispararé a los zombis si intentan acercarse a ti. Como las plantas en el juego, ¿verdad?

Oliver intenta sonreír ante esto, pero parece que está a punto de llorar.

Ella se agacha y lo toma por los hombros.

—¿Tienes miedo?

—Sí, mucho —gimotea—. Y echo de menos a mi mamá. Quiero estar con mi mamá.

—Por supuesto que sí —dice Ella, abrazándolo—. Y vamos a ir a buscarla. En cuanto salgamos de aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurra él, con su cara en el cabello de Ella.

17

El coche de Gunhild huele tan mal como su apartamento. La anciana claramente fumaba mientras conducía. Si Ella necesitaba más pruebas de esto, el cenicero desbordado era una pista clara. Lo saca y vacía todo por la ventana.

«No sabía que aún hacían coches con ceniceros», piensa.

Enciende el motor, y arranca de inmediato. Básicamente es un coche urbano, y no podrá conducir fuera de la carretera ni en más de unos pocos centímetros de nieve. Aun así, debería cumplir con la tarea de cruzar el césped helado detrás del edificio.

Ella ajusta los espejos antes de poner la primera marcha. El grupo de zombis sigue alrededor de la escalera. Ninguno ha intentado siquiera trepar, y aunque lo intentaran, Ella duda que lleguen a subir más de unos pocos peldaños antes de volver a caer.

Conduce hasta el final del aparcamiento, luego gira por el estrecho pasaje entre el final del edificio y la valla que corre a lo largo de la carretera exterior. Al llegar al césped abierto al otro lado del edificio, conduce sobre la hierba. Inmediatamente ve algunos zombis sueltos deambulando, y otros pocos que ya se han reunido bajo el balcón del apartamento de Gunhild.

«Los malditos ya pueden sentir que está allí arriba», piensa Ella, conduciendo cerca del grupo de zombis. Detiene el coche de modo que quede orientado hacia la abertura entre el próximo bloque y un grupo de árboles. Al pasar por allí, deberían salir a la carretera y poder escapar limpiamente.

Deja el motor encendido cuando sale, y deja la puerta abierta también. No hay razón para sospechar que alguno de los zombis intente meterse en el coche antes de que Oliver lo haga, y duda mucho que alguien vivo pase por allí e intente robar el coche; e incluso si lo hacen, tiene la pistola.

Sacando el arma de su bolsillo, se dirige hacia los zombis. Ninguno se da la vuelta para mirarla, y los ejecuta a todos con disparos en la parte trasera de sus cabezas.

Una vez que todos están muertos, vuelve al coche y recarga el cargador. Quiere tenerlo lleno por si bajar al niño por la escalera resulta más difícil de lo que espera.

Corre de regreso al frente del edificio, baja la escalera, asegurándose de no mirar a Gunhild, y, justo cuando está a punto de regresar al balcón, escucha el sonido de maquinaria pesada. Se detiene en seco y mira hacia la calle. A la vista aparece algún tipo de vehículo militar… casi parece un tanque. Un poco más atrás llega un jeep con soldados vestidos con equipo completo y armados con grandes armas. Uno de ellos mira hacia el aparcamiento y fija los ojos en Ella.

Se siente completamente expuesta, de pie con la escalera sobre su hombro junto al cadáver de Gunhild y la máquina de espresso rota.

El soldado grita algo, y el jeep se detiene bruscamente.

Ella quiere huir, pero no puede mover ni un músculo. Ser arrestada… o peor, recibir un disparo, sería desastroso. No está segura de poder convencer a los soldados de que arriesguen sus propias vidas para despejar el edificio y sacar a Oliver de allí.

El soldado la señala, alertando a los demás. Luego saca un megáfono, lo enciende y grita:

—¡Tú, ahí! ¡Aléjate de ellos! ¡No es seguro!

Ella mira de reojo al grupo de zombis. Algunos de ellos se están girando y dirigiéndose hacia ella, o más bien, hacia el jeep. Pero para los soldados, debe parecer que los no muertos se dirigen hacia ella.

—Está bien —dice Ella, sacudiendo la cabeza—. No van a...

—¡Cuidado! —grita el soldado.

Ella se hace a un lado cuando el primer zombi pasa a su lado sin ni siquiera mirarla.

—Oh —dice el soldado, bajando el megáfono. Todos los soldados la miran con caras graves, y uno de ellos dice algo.

El soldado con el megáfono grita algo al conductor, y el jeep se pone en marcha nuevamente. Mientras el vehículo avanza por la carretera y gira una esquina, los zombis que se dirigían hacia él disminuyen la velocidad, se detienen, dudan brevemente, y luego se giran y regresan para unirse al resto del grupo nuevamente.

Ella deja escapar un largo suspiro tembloroso. Luego lleva la escalera al otro lado del edificio. La coloca contra el lateral del balcón, por la misma esquina donde había puesto el taburete. Revisa la pistola una última vez, luego se asoma al coche y toca el claxon tres veces.

Mirando hacia el balcón, grita:

—¡Vamos, Oliver! ¡Corre, corre, corre!

Se dirige hacia la escalera. Le preocupa que el niño tarde mucho en llegar al balcón, que incluso tenga demasiado miedo como para moverse. Ya ha decidido que si tarda más de veinte segundos, subirá a buscarlo. Prefiere no hacerlo, claro. Es mejor que esté en el suelo, ya que eso les permitirá subir al coche más rápidamente, y además, será mucho más difícil disparar el arma si está en la escalera.

Por suerte, la cabeza de Oliver aparece sobre la pared del balcón solo unos segundos después.

—¡Genial! Ahora solo tienes que trepar el muro y bajar los escalones.

Oliver duda un poco. Parece que la caída empinada le da miedo. Sus ojos también se desvían hacia un lado, donde Ella colocó el cuerpo de Boquist.

—No lo mires, cariño —le dice al niño—. Mira la escalera. Concéntrate en lo que estás haciendo. Date prisa, por favor.

Ella intenta sonar firme sin estresarlo demasiado. Pero está estresada. Porque arriba, en el balcón de Juma, las primeras cabezas de zombis han aparecido. Estiran los brazos por encima del muro, intentando alcanzar a Oliver, que está unos metros más abajo. Sus gruñidos llegan a los oídos del niño, y él mira hacia arriba.

—Tampoco los mires a ellos —dice Ella inmediatamente—. Finge que no están ahí. Solo baja por la escalera, Oliver. Baja hasta mí, para que podamos salir de aquí.

El niño asiente, luego pasa una pierna por encima del muro. La escalera no llega hasta la parte superior de la pared, por lo que Ella esperaba que el niño bajara ambas piernas a la vez. Pero al verlo ahora, se da cuenta de que eso requerirá que cuelgue de sus brazos, y no está segura de que tenga la fuerza, o el valor, para hacerlo. Sentado a horcajadas sobre el muro, Oliver parece tener el mismo pensamiento, porque mira hacia abajo, hacia la escalera. El peldaño superior aún está casi a unos 30 centímetros de su bota colgante.

—¡No llego!

—Sí puedes. Pero tienes que pasar la otra pierna también. Solo abraza el... ¡Cuidado!

Su grito hace que Oliver de un respingo y se resbale un poco del muro. Un tipo alto y delgado cae desde arriba. Agita los brazos mientras pasa junto a Oliver, y aunque está lo suficientemente cerca como para haber agarrado al niño, claramente no tiene los reflejos para actuar rápido, así que en su lugar golpea el lado de la escalera y cae al suelo, aterrizando justo al lado de Ella.

Apoyada en la escalera con una mano, ya tiene la pistola lista, y dispara al zombi en la sien cuando intenta levantarse. Luego mira de nuevo hacia Oliver y lo insta a seguir. Pero el niño está

claramente conmocionado. Todavía está en el muro, pero ahora se aferra a él con ambos brazos como un gatito a punto de ahogarse en un tronco.

—Maldita sea —murmura Ella, guardando la pistola en el bolsillo. Sube rápidamente por la escalera.

Pero solo llega al cuarto peldaño antes de que Oliver grite:

—¡Cuidado, Ella!

Ella mira hacia arriba justo a tiempo para ver a una chica adolescente caer en su dirección. Ella salta de lado desde la escalera, esquivando por poco un cabezazo, haciendo que el cráneo de la chica solo golpee su brazo, pero lo hace con tanta fuerza que grita de dolor agarrándose el codo.

La chica cae de cabeza al suelo, rompiéndose el cuello y aplastándose el cráneo. Sus extremidades tiemblan, pero no intenta levantarse. Ella la aparta y mira hacia arriba de nuevo.

Oliver sigue aferrado. Desde arriba, los zombis se empujan y forcejean para llegar al frente de la fiesta. La razón de su entusiasmo podría ser que Oliver está más cerca de ellos ahora que está sentado en el muro. Pero, a juzgar por lo altos que parecen los zombis, Ella supone que han volcado algo allá arriba, una mesa, una silla, o alguna otra cosa. O tal vez simplemente aplastaron a uno de sus compañeros hasta la muerte. Sea como sea, parece que están encima de algo, lo que les permite pasar por encima del muro con mucha más facilidad que antes.

En ese preciso momento, el siguiente zombi, un tipo calvo con la barbilla desgarrada que deja al descubierto sus molares, cae en una torpe voltereta y aterriza de culo. Ella le dispara antes de que pueda levantarse.

—¡Oliver! ¡Escúchame! ¡Tienes que bajar por la escalera!

Pero el niño apenas la escucha. Está llorando, sacudiendo la cabeza y apretando los ojos con fuerza.

No puede culparlo. Bajar en medio de una tormenta de zombis kamikaze es demasiado para pedirle a cualquiera, mucho menos a un niño pequeño.

«Maldita sea. No me queda más remedio que subir».

Esta vez, sube la escalera mirando hacia arriba. Si solo pudiera hacer que Oliver se moviera hacia el otro extremo del balcón, podría evitar ligeramente la lluvia de zombis, porque sin duda lo seguirían. Pero el niño está totalmente en shock y ya no escucha.

Así que, Ella sube la escalera lo más rápido que puede. Dos zombis más caen antes de que pueda alcanzarlo. Uno de ellos golpea el lado de la escalera, pero no a Ella. El otro parece que es empujado justo antes de caer, porque sale disparado lo suficientemente lejos como para que Ella

pueda aplastarse contra la escalera y evitar ser golpeada por poco. En su lugar, el zombi choca contra la esquina del capó del coche de Gunhild, rompiendo el faro.

Ella escala los últimos peldaños y agarra la pierna de Oliver.

Él grita y comienza a patear para soltarse.

—¡Soy yo! ¡Soy yo, Oliver!

El niño la mira con los ojos casi completamente en blanco. Está hiperventilando, y aunque claramente quiere estirar los brazos para agarrarse a Ella, no puede hacer que sus brazos cooperen. Ella tiene que soltarlo del muro. Una vez que finalmente se suelta, se aferra a ella, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello. El peso del niño es casi suficiente para que Ella pierda el equilibrio, y durante un horrible segundo, está segura de que caerán juntos al suelo, ambos rompiéndose las piernas.

Entonces logra recuperar el equilibrio.

—Oliver, me estás asfixiando —se queja, tratando de que afloje un poco.

Luego cae otro zombi desde arriba, golpeando su hombro, y casi se cae por segunda vez. Oliver grita en su oído.

«No lo lograremos. Tardaremos demasiado en bajar».

Ella solo ve una manera de hacerlo. Da dos pasos cuidadosos hacia abajo y, con el niño aun obstruyéndole las vías respiratorias, murmura:

—Agárrate con todas tus fuerzas, Oliver.

Obviamente ya lo está haciendo. Y es lo que lo salva de caer cuando Ella rodea la escalera con sus brazos, la agarra por detrás y, en un giro aterrador, suelta los pies y utiliza la gravedad para impulsarlos a ambos al otro lado de la escalera. Oliver vuelve a gritar al sentir la caída libre. Ella se aferra a la escalera con toda su fuerza y logra mantenerse lo suficiente como para colocar sus pies de nuevo sobre ella.

Medio segundo después, dos zombis caen desde arriba. Ambos golpean la escalera, haciéndola temblar violentamente. Sin duda habrían golpeado a Ella y Oliver si ella no se hubiera deslizado al otro lado de la escalera. En ese momento se desploman al suelo, uniéndose al creciente grupo de zombis que esperan allí.

—Oliver, tienes que soltarme...

Ella se está quedando sin oxígeno, y es aún más agotador aferrarse a la escalera desde este lado. Logra despegar su brazo y hacer que se agarre a la escalera. Todavía se aferra en gran parte a ella, pero ahora Ella puede respirar.

—¡No podemos bajar! ¡No podemos bajar! —grita Oliver, señalando.

—Lo sé, déjame encargarme de ellos...

Con un brazo envuelto alrededor de la escalera, Ella saca la pistola con la otra mano y comienza a disparar a los zombis abajo. Se alegra de haber practicado disparar con una sola mano, porque está mejor preparada para el violento retroceso y no deja caer la pistola.

Hay siete zombis en el suelo, y necesita el resto de las balas para abatirlos a todos. Guarda la pistola de nuevo en su bolsillo.

—No me quedan balas —le dice a Oliver con los dientes apretados—. Tenemos que bajar. Baja conmigo, Oliver.

Esta vez, el niño coopera. Bajan por el otro lado de la escalera de manera torpe, mientras más zombis caen del cielo.

Cuando alcanzan el suelo, tres zombis los esperan. Uno no puede levantarse. Los otros dos están tambaleándose entre la pila de cuerpos, intentando rodear la escalera.

Ella salta sobre el césped mientras Oliver sigue aferrado a la escalera. El zombi más cercano se dirige hacia él, y Ella lo empuja con fuerza, haciendo que caiga sobre sus amigos muertos. Ella, velozmente, agarra a Oliver y lo arranca de la escalera justo cuando dos zombis más caen frente a ellos.

Corriendo a lo largo del edificio, Ella lleva a Oliver alrededor del grupo de zombis hasta el otro lado del coche. Abre de un tirón la puerta trasera y prácticamente lo lanza dentro, cerrando la puerta de golpe.

Luego corre hacia el otro lado, justo a tiempo para embestir a una zombi que estaba a punto de trepar por la puerta del conductor abierta. Ella salta dentro y cierra la puerta de un golpe.

—¡Ya vienen! —grita Oliver desde el asiento trasero—. ¡Hay muchos!

—Lo sé —refunfuña Ella, poniendo el coche en marcha.

Oliver tiene razón; realmente necesitan moverse, porque los zombis están rodeando el coche, y a la velocidad con la que caen desde el balcón, pronto el coche no podrá moverse.

Ella pisa el acelerador, y el Nissan se sacude hacia adelante, apartando a dos zombis y derribando a otros dos. Uno de ellos queda bajo la rueda delantera, y el coche se inclina bruscamente. Tras un momento de tensión atraviesan cruzando el césped helado. Ella mira por el espejo retrovisor y ve al menos una docena de zombis persiguiéndolos.

—Lo logramos —suspira Ella, mirando a Oliver y esbozando una gran sonrisa de alivio—. Dios mío, ¿te lo puedes creer? Lo hemos conseguido. ¿Estás bien?

Oliver traga saliva y asiente.

—Estoy bien... creo.

—¿No te tocaron, verdad?

—No.

—Bien —Ella deja escapar un largo y pesado suspiro—. Gracias a Dios.

18

—Mierda —dice Aksel cuando Kristoffer deja de hablar—. Todo encaja.

—Sí, creo que sí —responde Kristoffer, sonando gratamente sorprendido; probablemente no esperaba que le creyeran ni una palabra.

Aunque Aksel no está completamente seguro de qué pensar con la parte del monstruo, está bastante convencido de que Kristoffer no se lo está inventando. El tipo definitivamente cree en lo que vio. Si la criatura es real o no, eso es otro asunto.

Pero una intuición profunda le dice que puede que sea real. Tiene algo que ver con lo que Jakob le dijo en el sueño que tuvo. Algo sobre cómo comenzó todo esto.

—Es algo antiguo que ha sido despertado.

Aksel no puede evitar estremecerse. Nunca ha sido supersticioso, y no va a empezar a serlo ahora. Pero esto no se siente para nada como una superstición. Se siente como piezas de un rompecabezas encajando en su lugar.

—Sé que suena a algo sacado de una película de terror —continúa Kristoffer—. Pero por lo que leí en el cuaderno, realmente creo que Halgrim lo descubrió todo. El mito del draug tiene sentido, y también explicaría cómo comenzó todo. ¿Habéis seguido las noticias? ¿Tienen una mejor sugerencia sobre cómo comenzó todo esto?

—No realmente —concede Anne—. Todavía lo llaman una enfermedad.

—Es más como una maldición —dice inmediatamente Kristoffer—. Aunque puede manifestarse en el cuerpo como un virus; pero no sabría qué decir. Supongo que las maldiciones pueden causar síntomas físicos e incluso hacer que el portador sea contagioso.

—No solo estaba hablando de tu parte de la historia —dice Aksel—. Espera a escuchar lo que le pasó a ese tipo... ¿era Halgrim?

Kristoffer deja de hablar y lo mira con atención.

—¿Sabes lo que le pasó? ¿Lo dijeron en las noticias?

—Lo sé de una fuente mucho más cercana y confiable —responde Aksel con una sonrisa cansada—. De mis propios malditos ojos, tío. Estaba allí. Fue mi hermano quien recogió a ese tipo y, como un idiota, decidió llevarlo al pueblo.

Aksel ha logrado mantener a Jakob fuera de sus pensamientos durante algunos días. Simplemente ha estado demasiado ocupado tratando de sobrevivir. Pero ahora, el dolor vuelve a inundarlo, como alquitrán llenando su mente desde abajo, ahogando lentamente todo. Su respiración se vuelve pesada, y su audición se reduce a un zumbido bajo, mientras la realidad lo golpea de nuevo.

«No puedo creer que realmente se haya ido. Maldita sea, lo extraño tanto».

La idea de que Jakob ya no esté en el mundo parece una broma pesada. Algo que no puede ser verdad. ¿Cómo podría serlo? Aksel no recuerda cómo era el mundo antes de que Jakob naciera, así que ¿cómo podría imaginarse un mundo sin él ahora?

Kristoffer le pregunta algo. Aksel no lo capta. Anne le responde en su lugar. El tono de Kristoffer cambia. Le pone una mano en el hombro. Es suficiente para sacar a Aksel de su aturdimiento.

—Lo siento por tu hermano.

—Sí, yo también —murmura Aksel. Se aclara la garganta y parpadea varias veces, tratando de recuperar sus sentidos. No es fácil. Su cuerpo parece querer quedarse dormido ahí mismo, simplemente tumbarse en el suelo helado y quedarse dormido.

«Tengo que seguir adelante. ¿Qué fue lo que dijo Jakob? Que no estaba destinado a morir todavía».

Como si el universo quisiera probar su punto, pasan junto a un arbusto y se encuentran enfrente de la carretera. Guardian corre hacia adelante. Aksel lo sigue, pisa el asfalto cubierto de nieve y mira en ambas direcciones. A unos cien metros de distancia, ve el vehículo. Su corazón se expande de alivio. Detrás del volante está una mujer; solo puede ser Belinda. Y cuando Anne y Kristoffer se unen a él en la carretera, la puerta trasera se abre y Rosa sale corriendo hacia ellos.

Guardian da un ladrido de felicidad y sale disparado. Casi la derriba cuando se encuentran. Una vez más, Aksel se sorprende por el tamaño de la bestia: él y Rosa están casi cara a cara. Ella se ríe mientras él la cubre con lametones. Luego, ella corre hacia Aksel. Él sonríe y extiende los brazos.

Para su sorpresa, Rosa se detiene unos pasos antes de llegar y lo mira con una mezcla de felicidad y confusión.

—¿Qué estás haciendo?

—Bueno, pensé que... ehm, nada —murmura Aksel, bajando los brazos—. Me alegra verte, Rosa.

—A mí también me alegra verte —responde ella, sonriendo más ampliamente—. A ti también, Anne. Gracias por traer a Aksel de vuelta.

Anne le da una sonrisa y un gruñido mientras pasa junto a la chica hacia el coche.

—¡Rosa! ¡Cariño! ¡Vuelve al coche, por favor! —grita Belinda.

—¡Claro, mamá! —responde Rosa, y luego mira a Kristoffer—. ¿Quién eres tú?

—Soy Kris —dice él.

—Encantada de conocerte, Kris.

—Entremos en el coche —dice Aksel, soplando sobre sus manos—. Me estoy congelando.

Mientras comienzan a caminar, Aksel siente de repente que Rosa le toma la mano.

—Estás realmente frío —dice ella, como si solo quisiera comprobar su temperatura. Aksel no sabe si ella solo quiere calentarle los dedos o si está mostrando afecto. Tal vez ambos. De cualquier manera, no la suelta, y caminan hacia el coche tomados de la mano.

«Realmente es muy rara», piensa para sí mismo, pero no puede evitar sonreír.

19

—¿A dónde vamos?

La pregunta saca a Ella del aturdimiento en el que ha caído. Parpadea y se encuentra al volante de un coche. Está conduciendo por una autopista en algún lugar. En el espejo retrovisor, todavía puede ver Mo en el horizonte.

Le toma unos segundos recordar cómo llegó allí.

Gunhild. La huida por los pelos del edificio.

Salir de la ciudad fue sorprendentemente fácil. Ella temía que el ejército hubiera bloqueado todas las carreteras. Y lo habían hecho. Pero, al parecer, las barricadas ya habían sido derribadas. Si había ocurrido antes o después de que los soldados las abandonaran, Ella no podía saberlo. ¿Acaso importaba? De cualquier modo, se sintió aliviada al poder zigzaguear entre los conos y las barras, la mayoría de las cuales ya habían sido derribadas o apartadas, probablemente por otros conductores desesperados por salir de la ciudad.

También vio una alambrada de espino que un coche había intentado atravesar, lo que resultó en la explosión de ambos neumáticos delanteros antes de que el coche se estrellara contra un poste de luz. El conductor, un joven con cresta y un aro en la nariz, colgaba de la puerta, atrapado en el alambre de espino. Su ropa y piel estaban destrozadas, nada de lo cual parecía importarle; seguía tirando para liberarse. Probablemente ya estaba infectado dentro del coche, había muerto en el accidente y luego había despertado, intentando salir para unirse a la fiesta. Desafortunadamente para él, el alambre de espino lo atrapó como una mosca en la telaraña de una araña.

Ella sacude el recuerdo de su cabeza y mira al niño en el asiento del pasajero.

—¿Eh?

—Te he hecho una pregunta, ¿a dónde vamos? Dijiste que me llevarías con mi mamá.

—Oh, cierto. Estaba tan concentrada en sacarnos de la ciudad. ¿Sabes dónde está tu mamá?

—La última vez que la vi, estaba en el juzgado.

«Mierda, lo olvidé.»

—Escucha —dice Ella, aclarando su garganta mientras detiene el coche a un lado de la carretera—. No quiero decirte que tu mamá está muerta. Por un lado, acabas de perder a tu papá. Y por otro, no sé con certeza si está muerta. —Ella tira del freno de mano y se gira en su asiento —. Necesito que me cuentes qué pasó. ¿Tú, tu mamá y tu papá estabais en un juzgado esta mañana?

Oliver asiente.

—¿Por qué estabais allí?

—Mamá y papá tenían que hablar con un juez.

—¿Sobre qué?

—Sobre foreldrene til Ansgar.

—¿Quién es Ansgar? ¿Y por qué hablaban de sus padres?

—No lo sé —se encoge de hombros, y luego dice, casi como una sugerencia—: Hay un niño en mi jardín de infancia que se llama Ansgar.

Ella frunce el ceño.

—¿Ansgar te hizo algo?

—No. Es mi amigo.

—¿Estás seguro de que hablaban de los padres de Ansgar?

Oliver se muerde el labio.

—No estoy seguro. Pero lo decían todo el tiempo.

—¿Qué decían exactamente?

El niño pronuncia las palabras con cuidado:

—Foreldrene til Ansgar. —Luego sacude la cabeza—. No, eso no es. No lo estoy diciendo bien.

Ella piensa por un momento.

—¿Quieres decir foreldreansvar?

El rostro de Oliver se ilumina.

—¡Sí!

Todo encaja en ese momento. Boquist y su esposa estaban peleando por la custodia del niño.

—Ya lo entiendo—dice—. ¿Y qué pasó cuando llegaron al juzgado?

El niño intenta recordar. Una expresión de preocupación aparece en su rostro.

—Escuché a alguien gritar. Luego sonó una alarma. Mi papá dijo que solo era un incendio, pero luego alguien gritó algo sobre los infectados, y… —El niño comienza a respirar más rápido.

—Sabes qué, no pienses en eso —dice Ella rápidamente—. No hay razón para que lo recuerdes. Necesitamos llamar a tu mamá y preguntarle dónde está.

Oliver parece aliviado cuando Ella saca el teléfono de Boquist. Activa la pantalla. Aparece el símbolo de silencio junto con nada menos que 88 llamadas perdidas.

«Tal vez esté viva después de todo. Alguien ciertamente está tratando de localizar a Boquist», se dice para sí misma.

Ella no puede ver de quién son las llamadas, ya que la pantalla está bloqueada. Requiere una huella digital o un código de cuatro dígitos.

Mira a Oliver.

—¿Sabes cuándo es el cumpleaños de tu papá?

—¡Sí! Es en verano.

—Sí, pero ¿qué día?

—Eh... sábado, creo.

—No, me refiero a la fecha —dice Ella, intentando ser más clara.

—No lo sé —responde Oliver, con pesar.

—Maldita sea —murmura Ella—. Y supongo que tampoco recuerdas el número de teléfono de tu mamá, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo se llama entonces?

—Fatima.

—¿Fatima Boquist?

—No, Fatima Hashmi.

—Oh —dice Ella, sorprendida al escuchar lo que claramente es un nombre musulmán. Eso explicaría los ojos oscuros de Oliver. Quizás Boquist no era tan racista después de todo.

Ella saca su propio teléfono y trata de encontrar a Fatima Hashmi en Facebook. No tiene suerte. Tampoco puede encontrar su dirección en Google, algo que no le sorprende mucho. Si estaba casada con un famoso jugador de balonmano, sería muy improbable que Fatima tuviera su dirección o información de contacto disponibles públicamente.

Ella suspira.

—No puedo encontrarla. Y no puedo desbloquear el teléfono sin el...

En ese momento, el teléfono se ilumina. En la pantalla aparece una foto de una mujer musulmana hermosa y sonriente con un hiyab rosa. Debajo de su rostro, dice: ESCANEE HUELLA O INTRODUZCA CÓDIGO PARA CONTESTAR.

—¡Oh, venga ya! —exclama Ella.

—¿Es mi mamá? —grita Oliver, inclinándose hacia adelante—. ¡Contéstale! ¡Déjame hablar con ella, por favor!

—No puedo contestar su llamada —dice Ella—. No sin el código PIN.

—Oh —Oliver se echa hacia atrás, decepcionado, justo cuando la llamada termina. Sus ojos se llenan de lágrimas—. Es mi culpa. Soy tonto, no me acuerdo del cumpleaños de papá.

—No es tu culpa —dice Ella—. Encontraremos otra manera de contactar con tu mamá.

Pero Ella se está quedando sin ideas. El teléfono de Boquist también se está quedando sin batería: solo queda un catorce por ciento. No es que importe mucho. Sin el código PIN, el teléfono es tan útil como un posavasos.

El coche se sume en un momento de silencio.

—¿Ella? —Oliver ha dejado de quejarse y la está mirando—. Sé mi propio cumpleaños, ¿eso ayuda?

Ella levanta una ceja.

—¿En serio?

—Ajá. Es el 30 de mayo.

Ella activa la pantalla otra vez. Marca 3-0-0-5. Sin muchas expectativas, parpadea sorprendida cuando la pantalla de inicio aparece de repente.

—¡Ha funcionado!

—¡Sí! —grita Oliver, levantando ambos puños—. ¿Podemos llamar a mi mamá ahora?

—Sí, podemos —dice Ella. Busca a Fatima y realiza la llamada.

Alguien contesta inmediatamente. Una mujer con un fuerte acento grita:

—¿Rasmus? ¡Gracias a Dios! ¿Está Oliver bien?

—Ehm, soy Ella Nilsen —dice ella—. Estoy con Oliver. Está bien.

La mujer al otro lado pronuncia una serie de palabras en árabe, seguida de una inhalación, como si intentara contener las lágrimas.

—Alabado sea Dios. Y gracias, señorita amable.

—Esa no es mamá —dice Oliver, acercándose para escuchar mejor—. ¡Es Jaddah!

—¿Qué? —pregunta Ella, apartando el teléfono para comprobar que llamó a la persona correcta. Lo hizo.

—¡Jaddah! —grita Oliver—. ¡Soy yo! ¡Oliver!

La mujer al otro lado empieza a hablar en árabe otra vez. Ahora parece que está llorando. Confundida, Ella pone el teléfono en altavoz.

—Disculpe, ¿pero quién es usted?

—Uzma Hashmi —responde la mujer, luchando por hablar mientras llora—. Oliver es mi nieto. ¿Puedo hablar con él, por favor?

—¡Puedo oírte, Jaddah! —dice Oliver con una sonrisa.

La abuela lo llena de lo que solo puede ser amor verbal. Ella escucha la palabra habibi varias veces. Oliver parece no entender mucho árabe, pero claramente está acostumbrado a que su abuela hable en ese idioma extranjero.

—¿Dónde está mamá? —pregunta—. ¿Está contigo? ¿Puedo hablar con ella?

La mujer empieza a llorar de nuevo. Esta vez, no suena como lágrimas de alivio. Dice algo en noruego, pero es difícil de entender. Ella alcanza a oír: "llamada por Alá". Rápidamente apaga el altavoz y mira a Oliver.

—Déjame hablar con tu abuela, ¿de acuerdo? Lo averiguaremos.

—Pero ¿qué dijo de mamá? —pregunta Oliver, con expresión de desconcierto.

—Déjame hablar con ella —dice Ella otra vez, evitando la pregunta—. Quédate en el coche, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Ella abre la puerta y sale al aire frío. Se lleva el teléfono al oído. Uzma sigue sollozando.

—¿Te he entendido bien? —pregunta Ella en voz baja—. ¿Tu hija murió?

La mujer lo confirma.

—Mierda —murmura Ella, volviéndose para mirar a Oliver. Está inclinado hacia adelante, mirándola desde el coche. A pesar de su esfuerzo por sonreír, sabe que él no se lo cree. Ya lo sabe.

—Lo siento mucho, Uzma —dice Ella—. Pero Oliver todavía te necesita. Él...

—¡Sí! ¡Sí, por favor, trae a mi nieto con nosotros! Mi esposo y yo estamos en un lugar seguro. ¡Por favor, tráelo!

—¿Dónde estais?

—En cuarentena. Nuestra casa, es muy segura.

—¿Cuál es la dirección?

Uzma le da una dirección al sur de Lillehammer.

—Por favor, tráelo con nosotros. ¡No nos dejan salir! Quería ir a ver a mi hija por última vez, pero... no me dejaron... hay guardias. —Parece que va a romper a llorar otra vez, pero logra contenerse—. Por favor. Oliver estará seguro con nosotros. Te lo ruego, señorita amable, ¡por favor trae a mi nieto a casa! ¡Te daremos todo! ¡Tenemos mucho dinero!

Ella casi se ríe ante esto. El dinero es lo último que quiere ahora mismo.

—Lo llevaré. Puede que tarde un poco, porque estamos a unos kilómetros de distancia. Pero vamos en camino.

—¡Gracias, gracias, señorita! ¡Muchísimas gracias! ¡Que Dios te bendiga!

—Necesito ahorrar batería, así que apagaré el teléfono. Pero te llamaré cuando estemos cerca, ¿de acuerdo?

No está del todo segura de si la mujer la escucha; está demasiado ocupada agradeciéndole y bendiciéndola. Ella termina la llamada y apaga el teléfono de Boquist.

Luego, justo cuando está a punto de regresar al coche, algo la impulsa a sacar su propio teléfono. Llama a su madre. Sin muchas esperanzas, escucha los tonos mientras la señal intenta conectar.

Su corazón da un vuelco cuando su llamada es respondida y su madre dice:

—¿Ella?

20

—Bueno —dice Aksel, rompiendo el silencio—. Ahora que todos estamos al día y debidamente presentados, ¿cuál es el plan? ¿A dónde vamos?

Se gira en el asiento del conductor para mirarlos.

Al frente están Belinda con Rosa en su regazo. Kristoffer está sentado entre Anne y Folmer. En el área de carga está el perro gigante, jadeando justo detrás de la oreja de Kristoffer.

La calefacción está a máxima potencia, y Kristoffer está muy agradecido por ello. Sus dedos aún le hormiguean, sus mejillas arden y su nariz gotea. Es la primera vez desde que salió de casa que puede quitarse la chaqueta, y está seguro de que no huele muy bien. Ninguno de los demás dijo nada cuando se la desabrochó, pero Folmer le lanzó una mirada de reojo y se apretó un poco más contra la puerta.

«He estado viviendo en la naturaleza durante días», piensa Kristoffer. «Y antes de eso, estuve en una despensa más de una semana. Dame un respiro, ¿quieres?»

Le ofrecieron lo que quedaba de una bolsa de Lay ’s. Era de sal y vinagre, su sabor favorito. Pero la rechazó, aún podía saborear la carne que Ragnar le sirvió, al menos todavía puede en su imaginación. Después de todo, Ingrid ya debe estar bien metida en sus intestinos. Aun así, sospecha que pasará un tiempo antes de que pueda convencerse de comer algo sin sentir náuseas.

Aksel, por otro lado, devoró las patatas fritas con gusto, terminando con la mitad de una botella de agua que le dio Rosa. Ella había estado afuera llenando todas las botellas vacías de refresco con nieve, que se derritió y se convirtió en agua perfectamente potable.

Nadie habla durante varios segundos. Todos se miran entre sí.

—No tengáis miedo de decir lo que pensáis —les insta Aksel—. Estoy seguro de que todos tenemos preferencias personales, así que intentemos expresarlas, y tal vez podamos encontrar cómo proceder. —En voz baja, le murmura a Rosa—: Parezco un profesor diciendo, ¿verdad?

Rosa asiente y dice con toda naturalidad:

—Lo pareces.

Anne se aclara la garganta.

—Todavía estoy tratando de contactar con mi hija. Si realmente está viva... —Su voz vacila un poco, y visiblemente se recompone—. Entonces, obviamente, voy a buscarla. Donde sea que esté.

—Por supuesto —dice Belinda, con empatía, mirando a Anne. Traga saliva, hace una mueca y continúa—, estoy segura de que está bien. Solo puede haber sido ella quien te envió ese mensaje, ¿verdad? Probablemente solo se quedó sin batería y está tratando de encontrar un cargador.

—Eso espero —dice Anne en voz baja.

—No nos queda nadie de la familia —continúa Belinda suavemente, acariciando el cabello de Rosa—. Así que realmente no tenemos a dónde ir. Creo que lo más inteligente para nosotras es quedarnos con vosotros. —Mira a Aksel mientras dice esto, y él asiente.

Otro largo momento de silencio sigue.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que ir a cualquier ciudad grande es una estupidez —dice Aksel—. La última vez apenas salimos con vida. Entonces, ¿mantenemos el plan original? ¿Ir lo más al norte posible, con la esperanza de que esos malditos muertos no puedan alcanzarnos por el frío? ¿Qué dices, Folmer?

Folmer se mueve un poco en su asiento cuando la atención se dirige a él.

—Digo que no es una mala idea. Cualquier cosa que nos dé una oportunidad de estar a salvo tiene mi voto.

—No estoy seguro de que funcione —dice Rosa. Está mirando pensativa a Aksel—. Quiero decir, sé que el hombre que encontró tu hermano estaba congelado, pero todos esos zombis que los siguieron por el valle se movían perfectamente, ¿verdad? Y estábamos a menos de treinta grados ahí afuera, así que deberían haberse congelado. ¿Por qué no lo hicieron?

—Esa es una gran pregunta —murmura Aksel—. Supongo que porque se estaban moviendo, tal vez. El tipo en la cabaña... Halgrim, ¿verdad? —Mira brevemente a Kristoffer—. Estaba suspendido en el aire. No creo que los zombis tengan mucha circulación, pero parece que mientras puedan caminar, su carne no se congela. Al menos no lo suficiente para detenerlos. Y además...

—Pero no sabemos si eso podría funcionar más al norte —argumenta Folmer—. Quiero decir, allí las temperaturas bajan mucho más durante la noche, y...

—Y además —continúa Aksel—, hay otro factor que debemos considerar.

—¿Cuál? —pregunta Folmer.

—Halgrim murió de causas naturales. Colgado, para ser exactos. Claro, el virus o lo que fuera ya estaba en su sistema, pero pudo haber estado muerto un tiempo antes de que se convirtiera. Probablemente ya estaba congelado para entonces.

Folmer parece querer encontrar un contraargumento, pero no tiene éxito. En lugar de eso, desvía la mirada hacia la ventana. Ha comenzado a nevar de nuevo.

—Entonces estamos congelándonos el trasero sin una buena razón. Y no podemos escapar de la infección sin importar a dónde vayamos.

Esta vez, el silencio en el coche se siente más profundo. Nadie parece saber cómo retomar la conversación.

Kristoffer se sorprende a sí mismo al hablar.

—Digo que enfrentemos al payaso.

Todos giran la cabeza para mirarlo.

—¿Eso es alguna clase de jerga? —pregunta Belinda—. Porque si lo es, no había escuchado esa expresión antes.

—Es del libro de Stephen King —dice Kristoffer—. Ya sabes, Pennywise.

—Ah, sí —responde Aksel—. Lo vi cuando era niño. Era genial. El remake tampoco está mal.

—El libro es aún mejor —añade Kristoffer—. Lo leí como cinco veces.

—Entonces, ¿a qué te refieres con que enfrentemos al payaso? —pregunta Belinda, frunciendo el ceño—. Espero que no estés sugiriendo que vayamos a buscar a esa criatura de la que nos hablaste e intentemos matarla...

—No —dice Kristoffer—. Bueno, sí. Pero no estoy seguro de que podamos matarla.

Aksel gruñe.

—Entonces, ¿para qué demonios iríamos a buscarla? ¿Para invitarla a una cita?

—Creo que tiene el poder de hacer que todo esto termine —responde Kristoffer con sinceridad, muy consciente de que está a punto de decir algo que sonará aún más loco—. No sé exactamente cómo funciona, pero si los escritos de Halgrim son de fiar, entonces el draug definitivamente causó todo esto. Maldijo a Helda, y ella se lo pasó a Halgrim, quien luego lo extendió a... bueno, a todos. ¿Y si todo esto se puede revertir? ¿Y si se puede romper la maldición?

—¿Entonces quieres pedirle amablemente que retire la maldición? —pregunta Aksel.

—No lo sé —Kristoffer se encoge de hombros—. Ni siquiera sé si es posible comunicarse con él. Pero... el cuaderno decía que eran muy difíciles de matar, y que la mayoría de los intentos fallaron.

—¿La mayoría de los intentos? —repite Anne—. Lo dices como si esto ya hubiera pasado antes.

—Y así fue, si crees en los mitos —responde Kristoffer—. En la época medieval. Fue entonces cuando se creó este draug. Ha estado enterrado en la tumba en el jardín de los Petersen todo este tiempo.

—Pero dijiste que es un ser físico, ¿no? —pregunta Aksel—. No es como un fantasma ni nada de eso. Tiene un cuerpo real.

—Lo tiene. Al menos en parte. Es difícil de explicar.

—¿Lo viste? —pregunta Rosa.

—No. Pero había una descripción en el cuaderno —Kristoffer se aclara la garganta—. Decía: "El doble de tamaño que un ser humano, tres veces más fuerte y capaz de controlar los pensamientos y movimientos de su oponente..."

—Joder —susurra Aksel—. Bien, ya veo por qué no quieres enfrentarte a él a puñetazos. ¿Tenemos algo que podamos usar como ventaja? ¿Tiene alguna especie de... kryptonita?

Otra frase del libro viene a la mente de Kristoffer.

—Lo único que realmente le importa es su tesoro, con el que fue enterrado.

—Pero robarle no sería una jugada inteligente, ¿verdad? —pregunta Aksel de inmediato—. Eso es lo que la mujer que vivía allí descubrió. Tal vez si...

—Eh, eh, espera —interrumpe de repente Folmer—. ¿Por qué seguimos hablando de esto? Aunque esta historia sea cierta... —le lanza una mirada significativa a Kristoffer—. ¿Por qué diablos querríamos ir allí? Claramente sería un suicidio. Ya nos contaste cómo mató a un oficial de policía, a dos niños y Dios sabe a cuántos más. Lo que sea, obviamente es muy peligroso. Yo digo que demos la vuelta y nos alejemos todo lo posible de él.

Folmer y el resto miran a Kristoffer esperando un contraargumento. Todos parecen no querer que Kristoffer tenga una buena razón para no hacer lo que Folmer sugiere.

—Mirad, chicos —suspira Kristoffer—. No lo sé, ¿de acuerdo? No lo sé. Solo creo que es lo que debo hacer. —Se encoge de hombros—. Tuve mucho tiempo para pensar en ello. Cuando miro hacia atrás, a todo lo que me ha pasado... no puede ser una coincidencia. Primero, estuve atrapado en la casa de los Petersen durante días con esa cosa acechando justo afuera, en el jardín. Luego conseguí el cuaderno del policía, el cual probablemente no habría encontrado si él no me lo hubiera traído. Y ahora os he conocido... —Mira a Aksel—. Y básicamente completaste este rompecabezas. Sé que suena loco, pero probablemente seamos los únicos en el mundo que saben lo que sabemos. Y si no lo intentamos, nunca sabremos si podríamos haber resuelto todo esto.

Kristoffer no está seguro de dónde viene esta repentina convicción, pero puede sentirla profundamente en sus entrañas. Mira a Anne.

—Dijiste que lo último que oíste fue que la infección se había extendido a todos los países nórdicos, ¿verdad?

Anne asiente sombríamente.

—También a Alemania. Y a Inglaterra, esta misma mañana. Hay rumores de personas infectadas en Rusia, pero su gobierno lo está manteniendo en secreto.

—Así que, básicamente, todo el norte de Europa —continúa Kristoffer—. ¿Cuánto ha pasado desde que llegó a Torik? ¿Una semana? ¿Cuánto tardará en cruzar los océanos?

—Ya lo están llamando pandemia en Facebook —interviene Belinda—. Han cerrado todas las aerolíneas y barcos internacionales. Australia, América, incluso África están en completo confinamiento.

—Es como el COVID pero con esteroides —murmura Aksel, mirando a Kristoffer—. Es lo que pienso. Esto no se va a resolver con distanciamiento social, y dudo que puedan desarrollar una vacuna.

—Si tengo razón y esto es más una maldición que un virus, la medicina moderna no puede hacer nada al respecto —dice Kristoffer.

—Estoy seguro de que el ejército está haciendo todo lo que puede —interviene Folmer, aunque su tono sugiere que ni siquiera él tiene mucha fe en las fuerzas del orden.

—Sí, lo han hecho de maravilla hasta ahora —se burla Aksel—. Sin ofender. —Ese último comentario está dirigido a Anne.

A ella no parece importarle; simplemente sacude la cabeza.

—No tienen idea de a qué se enfrentan.

—Entiendo por qué pensáis que estoy loco —continúa Kristoffer—. Me sorprende que no me echarais del coche cuando os conté sobre esta criatura. Y ahora... ahora os sugiero que vayamos a enfrentarnos a ella. —Casi se echa a reír—. Y ni siquiera puedo daros una razón realmente buena, aparte de lo que me dice mi instinto. Así que no espero que ninguno me siga. Pero... —Kristoffer aprieta los labios brevemente, agrietados por el frío, y luego dice lo que ya sabía, pero no quería admitir—. Voy a ir allí. O mejor dicho, voy a casa. Mi casa está en Bodum, y es lo suficientemente grande para que quepamos todos, si queréis venir. Si no, tal vez podéis dejarme allí. Y si tampoco queréis hacer eso, está bien. Puedo caminar.

Lo dice en un tono tan tranquilo que sugiere que no se enfadará si le piden que camine los treinta minutos que hay hasta su casa bajo la nevada, que ahora ha crecido en intensidad. Y

realmente no lo hará. Entiende que lo que está pidiendo es mucho. Incluso acercarse a Bodum, donde habita la criatura, podría ser un riesgo.

—Joder, tío —dice Aksel—. ¿De verdad lo dices en serio, no? ¿Lo harás aunque no vayamos contigo?

Kristoffer se encoge de hombros.

—No estoy tratando de sonar como un héroe ni nada de eso. Solo... me siento responsable. Vi ese agujero. Leí las notas de Halgrim. Sé demasiado como para hacer la vista gorda.

—Supongamos que vamos a tu casa —dice Belinda lentamente—. ¿Y luego qué?

Kristoffer extiende las manos.

—Bueno, tengo suficiente comida por un tiempo en mi congelador. Y mis gallinas ponen huevos todos los días. Si se va la luz, tengo una chimenea y bastante leña, así que no nos congelaremos. Tengo una cama doble, y la cama de mi abuela sigue allí. Además, tengo dos colchones extra. Estaríamos un poco apretados, pero podríamos dormir todos allí.

—No suena tan mal para mí —gruñe Aksel—. Ahora mismo me conformaría con el peor bed and breakfast si eso significa que puedo acostarme.

—Vale, pero... ¿y luego qué? —pregunta Belinda de nuevo, mirando intensamente a Kristoffer—. ¿No vendrá esa cosa por nosotros si estamos justo al lado?

—No, no lo creo —responde Kristoffer—. Para empezar, mi casa está en el otro extremo del pueblo. Pero había una línea en el libro... “Lo único que hará que un draug abandone su lugar de descanso voluntariamente es buscar venganza contra aquellos que han profanado la tumba o robado de ella”... —Mira de Belinda a Aksel y luego a Anne, antes de volver a Belinda—. Quiere quedarse en su tumba. A menos que alguien lo provoque, no va a salir. Todas esas personas que mató... todas entraron en la tumba. Yo estuve allí. Crucé el jardín varias veces. Podría haber saltado y matarme fácilmente, pero no lo hizo.

Todos se quedan en silencio.

—Esperen, ¿de verdad estamos considerando esto? —suelta Folmer de repente.

—Sea lo que sea que decidamos, necesitaremos encontrar una gasolinera pronto —dice Anne, señalando el tablero—. Comenzó a parpadear hace diez minutos. Diría que nos quedan cincuenta kilómetros, como mucho.

—Eso será suficiente para llegar a Torik —dice Aksel—. O, si seguimos con el plan y vamos al norte, supongo que encontraremos una estación en... ¿cómo se llama ese lugar? ¿Elgasund?

—Sí, tienen una Ingo —dice Kristoffer—. Pero, ¿y si no hay electricidad? ¿O si el tanque no ha sido llenado desde que comenzó todo esto? Te arriesgas a quedarte a la deriva allá arriba.

—Tiene razón —dice Aksel, mirando a Anne—. Y volver a Torik, la verdad que no me apetece.

—Tengo gasolina —dice Kristoffer—. Siempre guardo unos veinte litros en mi garaje para cuando las carreteras se congelan y es peligroso conducir hasta Torik. Podéis usarlo todo. Yo no lo necesitaré.

Se miran entre ellos.

—¿Alguna objeción? —pregunta Aksel.

—Sí —dice Folmer enfáticamente—. Yo digo que nos la juguemos con Elgasund.

Aksel mira alrededor.

—¿Alguien más?

—Yo voto por ir a casa de Kristoffer —dice Rosa con su habitual tono directo—. Y no lo digo solo por la gasolina. Creo que tiene razón.

Kristoffer no puede evitar sonreírle a la niña. Aunque es muy joven y un poco extraña, claramente es inteligente a su manera, y él se siente aliviado de que alguien le crea.

—Yo también —dice Aksel—. Son dos votos para Bodum. ¿Belinda?

La mujer mira a su hija con preocupación en el rostro. Le acaricia el cabello suavemente.

—Lo siento —dice en voz baja, sacudiendo la cabeza—. No puedo poner a mi niña en más peligro. Voto en contra de ir a la casa de Kristoffer. Lo siento.

Su perdón va dirigido a Kristoffer.

—No lo sientas —murmura él—. Lo entiendo.

—Bueno —dice Aksel, mirando a la policía—. Como Guardian no puede hablar, tienes el voto decisivo, Anne.

—Acaba de decir que va a buscar a su hija —exclama Folmer—. ¿Y ella no está en Bodum, verdad?

Anne sacude la cabeza lentamente.

—No sé dónde está. Pero no... ir a Bodum para mí no tiene sentido. Si fuera por mí, diría que...

Como si fuera magia, el teléfono de Anne empieza a sonar. Lo saca, lo mira y luego se cubre la boca con la mano. Sin apartar la vista de la pantalla, susurra:

—Es ella.

Entonces contesta la llamada.

21

—¿Ella? —Anne contiene el aliento mientras espera la respuesta al otro lado de la línea.

Es muy consciente de que podría ser cualquier persona. Podría ser un oficial de policía a punto de darle malas noticias. O podría ser un extraño cualquiera que encontró el teléfono en la calle.

Así que intenta no hacerse ilusiones, pero no puede evitarlo. Su corazón ya late con fuerza en su garganta, y crece aún más cuando escucha a su hija decir:

—Dios, me alegra escuchar tu voz, mamá.

Anne cierra los ojos mientras siente que el mundo gira a su alrededor.

—Igualmente, cariño. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —responde Ella, y Anne sabe que es cierto, que no es solo una mentira para tranquilizarla. Suena emocionada, pero no asustada, ni enferma o con dolor—. ¿Y tú, mamá? ¿Estás bien?

—También estoy bien. ¿Dónde estás?

—Justo afuera de Mo. Intenté salir antes, pero me retrasé. ¿Sigues en Trondheim?

—No, estoy mucho más al norte. Pero iré a buscarte enseguida. Puedo llegar antes del anochecer —dice Anne mientras se pone el cinturón de seguridad y le hace un gesto a Aksel para que comience a conducir.

—Pero escucha, mamá. Hay algo que necesito hacer primero. Tengo a un niño conmigo. Tengo que dejarlo en casa de sus abuelos. Pero no hay problema, porque ellos viven en Lillehammer. ¿Qué te parece si nos encontramos allí? Vamos hacia allá ahora, y creo que está a solo un par de horas si las carreteras están despejadas. ¿Queda muy lejos de donde estás?

—No, en realidad es mucho más cerca que Mo —dice Anne—. Estoy justo fuera de Torik, así que Lillehammer está a solo...

—¿Torik? —Ella casi puede ver el ceño fruncido de su hija—. ¿Por qué fuiste allí?

—Es... es una historia larga. No importa mucho, pero estoy con un grupo de personas. Nuestro plan era ir a algún lugar lo suficientemente frío como para que los infectados no pudieran alcanzarnos. Pensé... pensé que estabas muerta, cariño —dice Anne, esforzándose por mantener la voz firme—. Así que no veía sentido en quedarme.

—No, lo entiendo. Es solo que... creo que algo malo sigue allí. En Torik. No deberías estar cerca de ese lugar.

—Está bien, cariño. Estoy segura de que no hay más infectados en Torik que en cualquier otro pueblo a estas alturas. Y además...

—No estoy hablando de los infectados, mamá. Creo que tal vez... creo que algo malvado está allí.

Esto hace que Anne se detenga. Se da cuenta de que los demás la están mirando. En el silencio del coche, parece que pueden escuchar lo que Ella está diciendo por el teléfono.

—¿Ella lo sabe? —pregunta Kristoffer—. ¿Sabe sobre el draug?

Anne le hace un gesto para que se calle, como si espantara una mosca.

—Escucha, cariño, voy por ti. ¿Dónde estás exactamente? ¿Estás afuera? ¿Puedes mantenerte abrigada?

Ella duda antes de responder, y Anne teme por un momento que la conexión se haya perdido.

—¿Qué han dicho? —pregunta Ella, su tono ha cambiado—. ¿Dijo draug?

—No fue nada —responde Anne, lanzando una mirada molesta a Kristoffer—. No te preocupes por eso, Ella. Ahora mismo solo necesito que me digas...

—¿Cómo demonios sabe ella del draug? —interrumpe Aksel de repente.

Anne abre la puerta.

—Espera un segundo, Ella.

Está a punto de salir cuando una mano la detiene. Gira la cabeza para mirar a Aksel con una mirada furiosa.

—Suéltame.

Él la mira con seriedad.

—Por favor. Necesitamos saber qué sabe.

Anne siente que sus mejillas se calientan. De repente está furiosa y no quiere otra cosa más que abofetear a Aksel. La parte lógica de su cerebro se da cuenta de que en realidad es porque tiene miedo. No tanto del monstruo, aunque aún no está segura de que sea real, sino de poner a Ella en cualquier tipo de peligro.

Está a punto de maldecirlo y decirle que quite su mano de encima cuando Ella dice en su oído:

—Mamá, por favor. Dime qué está pasando.

La suavidad en la voz de su hija, el tono calmado y firme con que lo dice, es como escuchar una versión más joven de sí misma. Y eso hace que la ira se desvanezca casi al instante.

Suspira y cierra la puerta nuevamente. Aksel retira la mano, pero sigue mirándola. Todos lo hacen.

—Es una locura, en realidad —empieza Anne, frotándose las sienes—. Encontramos a este chico... Kristoffer... que dice saber cómo comenzó todo esto. Él dice que es un... eh... —Anne no puede pronunciar la palabra.

—¡Un draug! —grita Kristoffer, mirando el teléfono en la mano de Anne—. Una criatura mitológica de la Edad Media. ¿Sabes algo sobre eso, Ella?

Anne siente una punzada de irritación por la manera en que Kristoffer se mete en una conversación que debía ser solo entre ella y su hija. La conversación también debía ser únicamente sobre cómo encontrarse, no sobre todas estas tonterías. Al mismo tiempo, Anne siente también curiosidad por saber exactamente cómo es que su hija sabe del draug.

—¿Puede Kristoffer oírme, mamá? ¿Puedes ponerme en altavoz?

Anne, a regañadientes, la pone en altavoz.

—Ya te escuchamos, Ella —dice Aksel—. Yo soy Aksel, por cierto. Kristoffer está aquí también, junto con Rosa, Belinda, Folmer y Guardian, un perro. De parte de todos nosotros, un placer conocerte y nos alegra que estés viva.

Aksel habla rápido, con un tono despreocupado, y Anne no puede evitar notar cómo su voz cambia ligeramente en el momento en que se dirige a Ella. Probablemente no es algo de lo que Aksel sea consciente, pero está activando el encanto, aunque sea de forma sutil. Belinda parece notarlo también, porque le lanza una breve mirada de reojo. Y, para consternación de Anne, Ella también parece responder a eso.

—Eh, hola —responde, y Anne puede oír que está sonriendo—. Gracias por cuidar de mi madre.

—En realidad es al revés —dice Aksel de inmediato, lo que alivia un poco la molestia de Anne—. Tu madre ya me ha salvado el trasero dos veces. En fin, ¿qué sabes sobre el draug?

Hay una breve pausa. Anne escucha una puerta de coche abrirse y cerrarse. A juzgar por la falta de viento, Ella está ahora dentro de un vehículo. Se suena la nariz, claramente fría por haber estado afuera. ¿Por qué hizo eso? Anne no lo sabe.

—No mucho, en realidad —comienza Ella—. Leí algo esta mañana en internet y me topé con el nombre. Eso es todo. Pero sentí... no sé, algo. Lo sentí de nuevo ahora que... ¿fue Kristoffer?

Cuando lo mencionó.

Todos se miran entre sí.

—Kristoffer te dará un resumen en un minuto —dice Aksel—. Es nuestro experto en draug. Pero primero, ¿puedes decirnos cómo demonios sobreviviste a la infección? Porque estuviste infectada, ¿no?

—Lo estuve —responde Ella. La voz de su hija se vuelve un poco más grave, más seria—. Y no tengo idea de cómo, pero mi sistema expulsó el virus. Excepto que... no creo que sea un virus.

Eso último deja a todos mirándose entre sí nuevamente.

—¿Entonces qué crees que es? —Esta vez, es Kristoffer quien hace la pregunta.

Ella hace una pausa de diez segundos completos antes de responder. Lo que dice hace que un escalofrío recorra la espalda de Anne.

—Sé que esto puede sonar como una locura, pero... creo que es más una maldición.

22

—¿Qué es un draug? —pregunta Oliver.

Ella lo mira. El niño está comiendo una vieja barra de cacahuete medio congelada que encontró en la guantera. Han estado conduciendo en silencio durante más de una hora. De vez en cuando, Ella enciende la radio, con la esperanza de encontrar algo de música, pero en su mayoría son transmisiones de emergencia repitiendo información que ya conoce.

«Aléjese de los infectados. Aíslese. Evite el contacto con personas que no conozca. Espere ayuda. Las autoridades están trabajando arduamente para restablecer el orden. Las cosas están bajo control». Y otras mentiras.

Ella pensó que el niño no había prestado atención a lo que habló con su madre y los demás, pero, por supuesto, lo hizo. Ella se estaba congelando y no tuvo más remedio que volver al coche antes de terminar la conversación, y podía decir que Oliver había escuchado todo lo que dijo.

—¿Es una especie de jefe zombi? —pregunta el niño, masticando pensativamente.

—Bueno, es... no es real. Es solo como un cuento de hadas, ¿sabes? De tiempos muy antiguos. Alguien lo inventó, al igual que inventaron historias sobre brujas, trolls y Papá Noel. Todo eso. —Ella se da cuenta de que tal vez ha cometido un error y lo mira de reojo—. Sabes que Papá Noel no es real, ¿verdad?

Él sonríe, mostrando trozos de cacahuete entre los dientes.

—Claro. Tengo cinco años, ¿sabes? No soy un bebé.

—No, claro que no.

Oliver muerde otro pedazo de la barra.

—Pero si es solo algo que alguien inventó, ¿por qué hablaste de eso como si fuera real?

—Porque...

«Podría serlo».

Ella suspira.

—No lo sé. Hablemos de otra cosa, ¿eh? Por ejemplo, ¿a qué escuela vas?

El niño empieza a hablar, y Ella asiente y finge escuchar. En realidad, está absorta en sus pensamientos.

El plan es dejar a Oliver con sus abuelos y luego encontrarse con su madre. Juntas, volverán a Bodum para unirse al resto del grupo en la casa de Kristoffer. A partir de ahí... Ella no sabe lo que pasará. Pero está bastante segura de que implicará ir al agujero donde vive el draug. Kristoffer mencionó algo al respecto, pero no entró en detalles sobre lo que se suponía que debían hacer. Porque él tampoco lo sabía.

Es una locura. No podemos simplemente buscar a esa cosa... No tenemos idea de lo que es capaz, ni de lo que quiere, ni siquiera si podemos comunicarnos con ella.

Pero si Kristoffer tiene razón, si el draug realmente causó esta catástrofe, entonces puede que sea el único capaz de detenerla.

Desde que regresó, Ella se ha sentido diferente. Más clara, de alguna manera. Más ligera. Como si realmente hubiera muerto en ese baño, y al despertar, se hubiera desprendido de parte de su peso terrenal.

Sus pensamientos también son diferentes, y la forma en que percibe las cosas. Como los zombis. Ya no los ve como monstruos devoradores de carne. Eso es solo un fino velo que cubre una realidad mucho más profunda. Una realidad en la que cada persona infectada no está realmente enferma, sino poseída. El virus, por falta de una mejor palabra, los mató y ahora usa sus cuerpos muertos como marionetas de carne, como Juma había concluido en las pruebas que hizo con su tía.

Más bien, los ha transformado. Al igual que transformó a Ella. Solo que el resultado en su caso fue muy distinto. Todos los demás, aquellos que no pudieron combatir el virus, sucumbieron a él y ahora están atrapados en un horrible estado de limbo, en el que ni la muerte ni la vida les son concedidas. Condenados a vagar por la tierra hasta que se pudran y se desmoronen.

Ella está completamente segura de que lo que sea que son los zombis, la explicación está más allá de la ciencia y la medicina. Porque estas solo tratan con la mente y el cuerpo. Pero esto es algo más profundo. Es el alma misma lo que el virus ataca, y dado que un virus no puede atacar almas, debe ser algo diferente.

Debe ser algo sobrenatural. Algo mítico.

Por eso la palabra draug despertó algo en ella. Y por eso entendió de inmediato lo que Kristoffer dijo. Incluso por teléfono, podía notar que él sentía lo mismo. Por lo que ha visto y

leído. Por lo cerca que ha estado del draug.

Ella no ha estado cerca de Bodum ni del agujero en la tierra, pero lo ha experimentado de primera mano. La maldición. Y de alguna manera, eso significa que ahora está ineludiblemente conectada al draug. Está atada a él, y al igual que Kristoffer, siente una especie de responsabilidad.

Lo que sea que esté por venir, sea lo que sea, necesita acercarse a ello, no huir. Por eso votó a favor de ir a la casa de Kristoffer cuando le preguntaron. Y después de un poco de persuasión, su madre también cambió su voto. Por eso decidieron...

—¡Esa es la carretera hacia la casa de mis abuelos! —exclama Oliver, señalando emocionado con la mano.

—Oh, claro —murmura Ella, apenas notando las luces de Lillehammer a lo lejos. Todavía están a medio kilómetro de distancia, pero el niño señala un camino que se desvía hacia la derecha. El cartel, medio cubierto de nieve, dice "Damveien", el nombre que la abuela del niño le había dado.

Gira el coche. Está nevando un poco más fuerte, y es evidente que despejar las carreteras no ha sido una prioridad últimamente, ya que se están empezando a formar montones de nieve. Si el clima empeora, pronto las carreteras serán imposibles de transitar, a menos que tengas una moto de nieve.

Damveien no los acerca mucho más a Lillehammer. En su lugar, parece estar alrededor del pueblo. Pasan junto a un estanque grande que seguramente da nombre al camino. Está completamente congelado, y los bancos están cubiertos de nieve. En verano, probablemente sea un buen lugar para pasar el rato.

Solo hay un par de casas en Damveien. Son grandes, y parece que las habitan gente adinerada.

Otra residencia aparece a lo lejos, y Oliver señala con entusiasmo.

—¡Allí! ¡Esa es su casa!

Ella ve dos furgonetas aparcadas junto a la puerta cerrada. En los laterales está escrito el nombre de una empresa de seguridad privada. Ella se detiene frente a la puerta y mira hacia la casa. Es más bien una mansión. O los padres de Fatima ya tenían hecha su fortuna cuando llegaron al país, o su yerno ha sido generoso con algunos de los millones que ganó jugando al balonmano.

Las luces están encendidas, y Ella puede ver gente moviéndose en la planta baja. Parpadea las luces y capta la atención de un hombre. Un momento después, la puerta principal se abre y una mujer con un pañuelo en la cabeza sale corriendo. Solo logra bajar tres o cuatro escalones antes

de que un anciano árabe la alcance y la arrastre de nuevo adentro. Luego salen dos hombres más jóvenes que Ella supone que son guardias. Llevan chalecos antibalas sobre sus uniformes y están armados con pistolas. Parecen guardaespaldas sacados de una película americana, solo les faltan las gafas de sol y los auriculares.

Cierran la puerta tras ellos y cruzan el patio mientras escanean en todas las direcciones. Dos grandes faroles a cada lado de la puerta iluminan el área alrededor del portón, pero el resto del patio y los alrededores están oscuros. Es difícil ver muy lejos, y alguien podría estar acercándose.

Los guardias llegan a la puerta, presionan un código en un panel, y un lado se abre. Uno de ellos sale, con la cabeza girando de un lado a otro, asegurándose de que nadie se esté acercando. Al mismo tiempo, sus ojos no dejan de dirigirse hacia Ella, y aunque su arma apunta al suelo, queda claro que está listo para disparar en cualquier momento. Ella se asegura de mantener las manos en el volante y no moverlas.

El guardia llega a su ventana, la golpea una vez, y Ella la baja.

—¡Ari! —grita Oliver de inmediato—. ¡Soy yo, Oliver!

Ella se sorprende un poco de que Oliver conozca a los guardias. Pensaba que los habían contratado después del brote del virus, pero al parecer, ya estaban allí antes; podrían ser empleados permanentes.

El tipo echa un vistazo por encima de Ella, hacia el niño, y una pequeña sonrisa cruza su rostro.

—Me alegra verte, amigo. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Y tú? —pregunta el guardia, mirando a Ella con dureza—. ¿Sin rasguños, sin heridas?

—No estoy infectada, no —responde Ella. Las marcas de arañazos en su muñeca todavía están allí, y espera que el guardia no le pida que se suba las mangas.

Sus ojos la escanean de arriba abajo, terminando en su rostro, y aunque no dice nada, su actitud claramente indica: "Si descubro que estás mintiendo, no dudaré en disparar".

—Mira, solo estoy aquí para dejar a Oliver —le asegura Ella—. Me iré en cuanto él esté a salvo adentro.

El guardia asiente una vez, luego le hace una señal a su compañero, quien ha tomado posición en el medio de la puerta abierta. Se hace a un lado, indicando a Ella que avance. Ella mete torpemente el coche en marcha y atraviesa la puerta.

Justo cuando entran al patio, Oliver gira bruscamente la cabeza para mirar por la ventana lateral.

—¿Qué pasa? —pregunta Ella.

—Creí ver algo moverse —murmura—. En la oscuridad.

—¿Fuera del muro?

—Sí.

Hay un gran macizo de flores en el centro del patio, con un enorme rododendro. Ella lo rodea con el coche y se detiene lo más cerca posible de las escaleras que llevan a la puerta principal. Tira del freno de mano.

—Podría haber sido solo un pájaro o un gato o algo así —murmura mientras se desabrocha el cinturón—. Vamos, vamos a meterte adentro.

Cuando se inclina para desabrochar el cinturón de Oliver, una mujer grita.

Ella mira hacia la casa. La puerta principal está abierta de nuevo, y Uzma está allí de pie, señalando y gritando hacia el mismo lugar donde Oliver pensó haber visto algo.

Ella no puede ver claramente en esa dirección debido a cómo está estacionado el coche, y tampoco tiene tiempo para hacerlo, porque su puerta se abre de golpe y la arrastran fuera del coche. El guardia la empuja con fuerza hacia las escaleras.

—¡Entra! —grita, luego corre alrededor del coche.

Ella duda al pie de las escaleras. Todo está sucediendo muy rápido. Uzma sigue gritando desde la puerta abierta. Su esposo intenta arrastrarla de nuevo hacia adentro. El guardia se dirige hacia la puerta de Oliver, pero cambia de idea en el último momento al percibir que alguien se acerca por detrás. Gira bruscamente y Ella ve a tres figuras atravesar el rododendro. Durante un segundo, piensa en algo absurdo, se imagina que los zombis estaban escondidos dentro del arbusto todo el tiempo. Pero, por supuesto, no lo estaban; simplemente atravesaron el obstáculo en lugar de rodearlo, lo que los mantuvo convenientemente fuera de vista hasta el último momento.

El guardia grita una advertencia mientras levanta su arma. Algo sobre estar en propiedad privada y que se vayan de inmediato o no tendrá más remedio que abrir fuego. Suena más como algo que está legalmente obligado a decir. Ella puede notar claramente que no espera que los infectados hagan caso a su advertencia.

Y no lo hacen.

Así que el guardia comienza a disparar. Seis o siete tiros bien colocados, y los tres caen al suelo. El único problema es que el guardia les dispara en las piernas. Y aunque las balas claramente hacen mucho daño en sus rodillas, muslos y espinillas, lo suficiente como para derribarlos, no es suficiente para matarlos. El más cercano intenta levantarse de nuevo, mientras que los otros dos simplemente se arrastran hacia adelante.

—¡En la cabeza! —grita Ella—. ¡Dispara en la...!

Se corta cuando otra serie de disparos se escucha. Mira hacia la puerta y ve al otro guardia. Está retrocediendo mientras dispara a otro grupo de zombis. También vienen de esa misma dirección, y hay al menos seis que Ella puede distinguir en la oscuridad.

El guardia junto al coche maldice, se gira y le grita a Oliver:

—¡Cierra las puertas, amigo! ¡No salgas!

Posteriormente vuelve a disparar a los zombis que se aproximan. Pero ya están cerca, y él sigue sin apuntar a sus cabezas, por lo que siguen avanzando a través de las balas. El guardia no tiene más remedio que alejarse del coche, o quedará atrapado.

El otro guardia acude corriendo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Saca al niño!

—¡Es demasiado tarde! ¡Está a salvo en el coche!

—¡No, maldita sea! ¡Tenemos que llevarlo dentro de la casa!

El segundo guardia corre hacia el lado del conductor, abre la puerta de golpe, se inclina para sacar a Oliver, y logra sacar al niño al mismo tiempo que dos zombis más lo alcanzan desde la dirección opuesta.

Ella, como los demás, estaba completamente enfocada en el grupo más grande y no prestó atención al otro lado. Se oye a sí misma gritar una advertencia.

El guardia se da cuenta de la amenaza justo a tiempo para dejar al niño en el suelo, sacar torpemente su arma de la funda y disparar a quemarropa en el pecho del hombre que venía hacia él. No es suficiente para detenerlo, y el zombi cae sobre el guardia. El guardia suelta un rugido, deja caer el arma y realiza algún tipo de movimiento de judo, lanzando al zombi por encima de su cadera y haciéndolo caer de cabeza sobre la grava. Mientras lo hace, sin embargo, grita de dolor y lleva su mano al costado de su cuello. Ella ve una fila de rayas sangrientas aparecer a lo largo de la mandíbula del guardia. Mira sus dedos mientras el miedo se refleja en su rostro. Entonces el segundo zombi lo alcanza, una mujer grande. El guardia la empuja hacia atrás, al mismo tiempo que el tipo en el suelo le agarra el tobillo y muerde su pantalón. El guardia grita y trata de aplastarle la cabeza con el pie. Se agacha para recoger su arma, pero solo logra patearla debajo del coche.

—¡Vuelve al coche! —le grita a Oliver, aunque es innecesario, porque el niño ya ha trepado de nuevo al asiento del pasajero. El guardia cierra de golpe la puerta justo cuando un tercer zombi lo agarra por detrás.

—¡Bloquea las puertas, Oliver! ¡Bloquea la puerta! ¡Blo... aaaargh! ¡Quítamelo de encima!

Ella se da cuenta de que está parada allí, atónita, mirando la escena. No está segura de que hubiera podido hacer mucho, de todas formas, con lo rápido que todo ha sucedido. Pero justo cuando da un paso adelante para ayudar al guardia, el otro la agarra del codo y la arrastra escaleras arriba.

—¡No, espera!

Él no la escucha. Ella mira hacia atrás una vez más, viendo al guardia luchar valientemente contra lo que ahora es una horda de zombis que rodean el coche. Y ve el rostro pálido de Oliver mirándola desde dentro del coche.

Entonces la arrastran dentro de la casa, y la puerta principal se cierra de golpe.

23

—¡Maldita sea! … Oh, maldita sea, maldito seas, Amund, idiota…

El guardia se apoya en la puerta, sujetándose la cabeza con una mano, mientras la otra sigue aferrada a la pistola.

La mujer árabe intenta pasar junto a él, queriendo volver a salir.

—¡Oliver! —grita, seguida de una retahíla de palabras en árabe.

—Está a salvo —dice su esposo, sujetándola—. Está a salvo en el coche, Uzma.

—¡No, lo atraparán! ¡Tenemos que ayudarlo! —Va a agarrar el pomo y casi consigue girarlo cuando su esposo la agarra y le da una bofetada en la cara.

Ella se queda helada y lo mira con incredulidad, para luego comenzar a llorar. Su esposo la abraza con fuerza.

—Está bien, querida. Está bien. Oliver está a salvo. Lo sacaremos de allí tan pronto como se vayan... —sigue susurrándole al oído, pero cambia al árabe.

—No se van a ir —murmura el guardia. Niega con la cabeza y se limpia la nariz. Solo entonces Ella se da cuenta de que el hombre está llorando—. Una vez que terminen con Amund, se quedarán junto al coche hasta que se pudran…

Uzma suelta un grito de angustia e intenta de nuevo llegar a la puerta.

—Cállate, Ari —gruñe el esposo—. Sé que acabas de perder a tu hermano, pero no estás ayudando a nadie hablando así. Deberías...

—Tiene razón —interviene Ella, haciendo que los tres la miren—. No se van a ir mientras Oliver esté allí. Tengo que ir a buscarlo.

—¡Nadie va a abrir esa puerta! —dice el hombre árabe con firmeza—. ¡Están justo afuera, por el amor de Dios! ¿Quieres hacer el favor de escuchar?

Tiene razón. Al menos algunos de los zombis ya han perdido interés en el guardia y han subido las escaleras. Ya están arañando la puerta. Hay una ventana alta y estrecha al lado. Manos y rostros aparecen y desaparecen de la vista mientras los muertos vivientes se empujan entre ellos afuera.

—Saldré por otra puerta —los tranquiliza Ella, mirando alrededor del enorme vestíbulo—. ¿Por dónde puedo salir?

—Es un suicidio salir ahí —dice el guardia, limpiándose las lágrimas—. Terminarás como Amund en cuestión de segundos. —Se aleja de la puerta y mira por la ventana estrecha, luego sacude la cabeza—. No podemos dispararles desde aquí. Están amontonados alrededor del coche. Corremos el riesgo de darle a Oliver.

—Oh, Dios… —gime la mujer, cubriéndose la cara con las manos.

Ella va hacia la ventana. Desafortunadamente, Ari tiene razón. Hay muchos fuera. Al menos dos docenas.

—¿De dónde diablos salieron? —murmura—. ¿No está todo el jardín rodeado por ese muro?

—Lo está —responde el hombre árabe—. Excepto por una apertura en el lado este. Un árbol se cayó durante la tormenta y derribó una parte del muro el otro día. Los trabajadores iban a venir a arreglarlo ayer, cuando pasó todo esto.

—Perfecto —se burla Ari—. Sabíamos que estaban ahí fuera. Los vimos antes. Pero no teníamos ni idea de que eran tantos. Pensamos que podríamos correr y meter a Oliver en la casa antes de que... —Se detiene y sacude la cabeza nuevamente.

—Escucha —dice Ella, dirigiéndose a Ari—. Puedo sacar a Oliver de ahí. Los infectados no me tocarán. Soy inmune. Pero tienes razón, hay demasiados. Así que necesito tu ayuda. Tienes que atraerlos lejos del coche. Una vez que se alejen, puedo...

—¿Eres inmune? —gruñe el guardia—. Lo siento, pero eso no puede ser.

—Sí que puede ser —responde Ella—. Y no tengo tiempo para demostrártelo. —Señala la pistola—. Asegúrate de que esa cosa tenga tantas balas como sea posible, y luego vamos a salir.

El abuelo de Oliver la mira con una expresión grave.

—Agradecemos que hayas traído a nuestro nieto a casa, jovencita. Pero no puedo permitir que Ari salga de la casa. Es nuestra única protección ahora. Si él muere...

—Si no sacamos a Oliver de ese coche, morirá congelado antes del amanecer —dice Ella—. No he llegado tan lejos para dejar que muera en tu puerta. Voy a salir, con o sin ayuda. —Mira a Ari—. ¿Vienes?

Ari parece haberse quedado en blanco. Sus labios se mueven, pero no salen palabras.

Ella se acerca y lo agarra del brazo con fuerza, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Siento mucho lo de tu hermano. Pero Oliver todavía necesita nuestra ayuda.

—No puedo... salir ahí... Amund... él todavía... —Sus ojos se nublan.

—¡Escúchame! —le exige Ella—. ¿Amas a Oliver, verdad? ¿Verdad, Ari?

Él parpadea, traga saliva y luego asiente.

—Entonces ayúdame a salvar su vida. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes hacerlo, Ari?

El guardia respira con fuerza por la nariz un par de veces. Sus ojos parpadean, como si estuviera luchando internamente consigo mismo. Luego mira a Ella y asiente de nuevo.

—Sí puedo.

24

—La puerta de la cocina lleva a una terraza impresionante. Los cristales están sucios y es difícil ver a través de ellos.

—Estaban en este lado de la casa cuando llegaste —murmura Ari, frotándose la muñeca—. Solo había cuatro de ellos. Los demás debieron estar justo fuera del muro. Tan pronto como sintieron el coche llegar, se movieron hacia ese lado y encontraron el agujero en la pared. Es la única explicación que tiene sentido.

—Estoy segura de que sí —responde Ella, sacando la pistola del bolsillo de su chaqueta—. Ahora ya no importa.

—¿Estás completamente segura de esto? —pregunta el abuelo mientras se dirige a la puerta de la cocina.

—Lo estoy —dice Ella.

Él asiente, luego desbloquea y abre la puerta. Se aparta, y Ella asoma la cabeza para echar un vistazo. Algunas macetas han sido volcadas y las plantas y el suelo oscuro están pisoteados. Pero no hay zombis a la vista.

—Vamos —dice ella, mirando de reojo a Ari. Al abuelo, le dice—: Cierra la puerta detrás de nosotros. Asegúrate de quedarte aquí. No vuelvas al vestíbulo. No queremos atraerlos de nuevo cerca del coche.

—Entendido —responde el abuelo. Tan pronto como Ari sale a la terraza, él cierra la puerta con llave.

Ella le hace un gesto a Ari para que la siga, y corren por el bien cuidado jardín hasta el otro lado de la casa.

Ella echa un vistazo alrededor de la esquina. Los zombis siguen allí. Los que estaban en la puerta principal se han unido a los demás, así que todos están ahora aglomerados alrededor del

coche.

—¿Hacia dónde los llevo? —pregunta Ari, mirando por encima de la cabeza de Ella—. ¿Hacia la puerta?

—Eso probablemente sea lo mejor, sí. Pero asegúrate de que todos te sigan. Si alguno se queda junto al coche, será difícil sacar a Oliver.

—Entendido —murmura Ari. Desde que accedió a la misión de rescate con ella, ha estado extrañamente decidido. Su rostro está tranquilo, casi inexpresivo, pero sus ojos están presentes. Le entrega el arma a Ella, informándole—: Está cargada. Luego camina hacia los zombis y levanta ambos brazos.

—¡Hey! ¡Hey, mirad aquí!

Reaccionan de inmediato a su llamada. Girándose uno a uno, los zombis hacen exactamente lo que Ella esperaba: se dirigen hacia la comida más accesible. Claramente, la infección en el sistema de Ari no ha avanzado lo suficiente como para hacerlo poco atractivo para ellos. Se dirige hacia la puerta, aumentando su velocidad a medida que la multitud lo sigue.

—¡No, ve más lento! —grita Ella—. Asegúrate de que los últimos… ¡maldita sea!

Es demasiado tarde. Ari no puede regresar; los zombis más cercanos están a solo diez pasos de él, pero la parte trasera de la multitud, los que están al otro lado del coche, no lo siguen. Al menos media docena de ellos se quedan junto al coche.

De acuerdo, piensa Ella, tomando una respiración profunda y apretando el agarre del arma. Tendré que encargarme de esos seis.

Comienza a correr hacia el coche mientras Ari sale por la puerta. A los zombis no les importa en absoluto que Ella se acerque; simplemente siguen atacando las ventanas del coche. Ella reconoce a los dos que recibieron disparos en las piernas: uno está en el suelo, el otro cojea visiblemente. Los dispara primero. Corriendo hasta el tipo que está en sus manos y rodillas, sostiene el arma con ambas manos y le dispara en la sien. Luego, al tipo que cojea; mismo procedimiento, y también cae.

El sonido del arma, como esperaba, le anula la audición y hace que sus antebrazos vibren. Pero sigue adelante, rodeando el coche para llegar al siguiente zombi. Es sorprendentemente fácil ejecutar a los zombis. No hacen nada por apartarse del camino y prácticamente se quedan quietos, permitiéndole apuntar con cuidado.

En cuestión de segundos, los seis están en el suelo, sin moverse.

Oliver gesticula salvajemente desde el interior del coche, evidentemente emocionado de verla. Ella agarra la manija y tira con fuerza. La puerta está bloqueada.

—¡Desbloquéala, Oliver! —grita, señalando.

Oliver desbloquea la puerta, y ella la abre.

—¡Espera! —grita él cuando ella lo agarra. Su voz suena distante en sus oídos, como si estuviera bajo el agua—. ¡Cuidado!

Ella instintivamente gira la cabeza, esperando ver a algunos de los zombis regresar.

Pero el patio está vacío; los últimos están saliendo por la puerta.

—Está bien, Oliver —le dice, metiendo la pistola en el bolsillo trasero—. Ya se fueron. Vamos.

—No, espera —dice él de nuevo, intentando retroceder. Ella piensa que está asustado, pero no tienen tiempo que perder, así que simplemente lo saca del coche.

—¡Queda uno más! —grita él—. ¡Sé que hay uno más! ¡Conté siete! —Mira a su alrededor frenéticamente.

—¡No hay más! —grita Ella, perdiendo la paciencia—. ¡Vamos, Oliver! ¡Vamos adentro!

Ella rodea el coche, arrastrando a Oliver. El niño la sigue a regañadientes, aun hablando, cuando de repente se detiene y grita.

Ella lo mira, y está a punto de gritarle para que deje de pelear cuando se da cuenta de que no es eso lo que está haciendo.

Mira hacia abajo y ve al séptimo zombi, el tercero al que el guardia le disparó en las piernas. Su torso está sobresaliendo de debajo del coche, donde de alguna manera logró colarse. Ha agarrado el tobillo de Oliver y está llevando su pie hacia la boca.

—¡Nooo! —grita Ella, intentando sacar el arma de su bolsillo. Pero se le resbala de la mano y cae al suelo—. ¡No lo hagas! —grita al zombi, tirando con fuerza de Oliver—. ¡Suéltalo!

Pero es demasiado tarde. El zombi está sujetando firmemente la pierna del niño con ambas manos y hunde los dientes en su zapato, agitándose como un cocodrilo, ansioso por morder el cuero.

Ella grita de nuevo, cuando de repente se oye un disparo, y la cabeza del zombi golpea el suelo. Simultáneamente, Oliver levanta el brazo. El zombi deja de moverse inmediatamente y suelta la pierna de Oliver. Ella se tambalea mientras lo aparta, tropezando con Oliver. Mira a su alrededor, confundida. Pensaba que vería a Ari, que había regresado. Pero están solos en el patio. Mira hacia la casa. La puerta principal sigue cerrada. Dentro de la ventana estrecha puede ver al abuelo mirando hacia afuera, con los ojos muy abiertos por el shock.

Él tampoco disparó. Entonces, ¿quién demonios lo hizo?

Solo cuando Oliver se gira y la mira, nota la pistola en el suelo. La pistola de Gunhild.

—¿Trajiste eso del coche?

—Sí —responde él.

—¿Acabas de disparar? —Ya sabe la respuesta. Recuerda el brazo del niño levantándose justo cuando sonó el disparo.

—Lo hice —dice, mirando su mano—. Pero se me ha caído. Me dolió mucho la mano…

—Madre mía —susurra Ella, casi estallando en una risa de alivio. Le aprieta las mejillas brevemente—. Bien hecho.

Luego recoge ambas armas, agarra a Oliver de la mano y corre escaleras arriba.

25

Uzma no deja de abrazar y besar a Oliver.

Revisan el pie y el tobillo del niño para asegurarse de que el último zombi no lo haya lastimado, pero no encuentran ninguna herida.

En algún lugar fuera de la casa, suenan varias ráfagas de disparos. Después hay una pausa, y luego más disparos, esta vez más lejanos. Se miran entre sí.

—Ari —murmura Uzma—. Espero que regrese.

El abuelo estrecha la mano de Ella con fuerza. Se presenta como Malik y le pregunta si hay algo que pueda hacer para devolverle el favor.

—Necesito algo de comer —murmura Ella, dándose cuenta de que está hambrienta.

Él le señala la cocina y le dice que se sirva lo que quiera. Ella encuentra el refrigerador lleno de comida árabe tradicional, se llena un plato y se sienta a comer. Saca su teléfono y ve un mensaje de su madre: «En 20 min. llegamos a Lillehammer. Estás bien?». El mensaje fue enviado hace doce minutos. Ella le responde: «Estoy bien. Llámame cuando estéis allí. Quedaos dentro del coche».

Uzma entra en la cocina, con el brazo envuelto alrededor de los hombros de Oliver. Todavía lo está llenando de palabras amorosas mientras lo sienta junto a Ella y va a prepararle un plato también.

—De verdad no tengo hambre, Jaddah —dice él, mirando de reojo hacia la puerta de la terraza.

Los zombis ya estaban merodeando por allí en la oscuridad, pero solo cuando Oliver y Uzma entraron en la cocina fueron atraídos hacia la puerta. Cuatro o cinco de ellos se han acercado y han comenzado a raspar el vidrio.

—Simplemente no los mires —dice Uzma, colocando un plato lleno de comida frente a Oliver —. Le pediré a Jaddi que cubra las ventanas. ¡Malik!

El abuelo no responde.

—Voy a buscarlo —sonríe Uzma. Acaricia el cabello del niño y luego va en busca de su esposo.

—¿Crees que Ari sigue vivo? —pregunta Oliver, mordisqueando una uva.

Ella lo mira de reojo por un momento. Se encoge de hombros.

—Estoy segura de que volverá pronto.

—Me salvó la vida —dice Oliver pensativo—. Y tú también. Otra vez.

Ella le sonríe con cansancio.

—Tú también te salvaste. No lo olvides.

Él asiente lentamente. Su respiración se vuelve un poco más rápida.

—Echo mucho de menos a mamá y a papá.

Ella siente cómo se le encoge el corazón. Le acaricia la mejilla. No sabe qué decirle. Le gustaría prometerle que todo estará bien, pero la verdad es que no tiene idea si lo estará. También quiere decirle que dejará de doler, pero tampoco puede garantizarle eso. En cambio, de repente se da cuenta de lo que sí puede prometerle.

—Me preguntaste sobre el draug —dice, bajando la voz. Uzma sigue llamando a su esposo en algún lugar de la casa—. Creo que es real. Y creo que de alguna manera estoy conectada con él. Hay una razón por la que sobreviví al virus, o lo que sea. Y voy a ir con mi madre y algunas otras personas a ver si podemos detener al draug.

Oliver frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir con detenerlo?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé.

—¿Hará que mejoren? ¿Mi mamá y mi papá, y Amund y todos los demás?

Ella niega con la cabeza.

—Probablemente no. Creo que realmente se han ido. Pero tal vez, solo tal vez, haya una oportunidad de asegurarnos de que nadie más tenga que morir.

Oliver respira temblorosamente.

—Eso espero. Espero que nadie más pierda a su mamá y a su papá.

—Yo también —dice Ella—. Prometo hacer todo lo que pueda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Ella.

En ese momento, Uzma y Malik entran en la cocina. Están cargando sábanas, una caja de clavos y un martillo.

—No has comido nada, Habibi —regaña Uzma a Oliver, señalando su plato.

El niño obedece y toma un trozo de pan, dándole un mordisco.

Malik comienza a colgar las sábanas frente a la puerta de la terraza.

Ella termina su comida, la acompaña con un gran vaso de agua y luego se levanta.

—Gracias por la comida. Me voy a preparar para salir ahora. Mi madre llegará en cualquier momento. Pueden quedarse con el coche si quieren. Las llaves están todavía en el contacto.

—Espera, por favor —dice Uzma, inclinando la cabeza—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte? Tu madre también es bienvenida. Tenemos comida para mucho tiempo.

—Es muy amable de su parte —dice Ella, mirando a Oliver—. Pero tengo algo que necesito hacer. Además...

Deja de hablar cuando Malik emite un sonido de sorpresa y retrocede de la puerta de la terraza. La sábana solo cubre la mitad del cristal, así que Ella aún puede ver a los zombis afuera.

También puede ver a alguien que viene desde detrás de ellos. Es Ari. Su rostro está pálido, casi azulado. Los zombis no se molestan en darse la vuelta. Ari levanta una pala y los golpea en la cabeza uno por uno. Está respirando con dificultad mientras lo hace, y claramente le cuesta levantar la pala de nuevo por encima de su cabeza cada vez. Pero lentamente, meticulosamente, los mata a todos.

Uzma se acerca a Oliver, lo abraza e intenta protegerlo de la horrible escena, pero el niño sigue mirando por encima de su hombro.

Finalmente, cuando todos los zombis están muertos, Ari se queda allí de pie, mirándolos, tambaleándose.

—Necesito... necesito ayuda —dice a través del cristal. Está temblando mientras baja el cuello de su chaqueta y revela una fea marca de mordida en el costado de su cuello—. Estoy infectado.

Uzma da un respingo. Oliver se cubre la boca.

—Déjalo entrar —susurra Uzma.

—No —dice Malik con firmeza—. No podemos.

Ari extiende la mano y agarra la puerta. Intenta abrirla, pero está cerrada con llave.

—Por favor —dice, mirando a Malik con ojos vidriosos—. Por favor, abra la puerta, señor.

—Lo siento mucho, Ari —le dice Malik—. Pero no puedo hacer eso.

Ari retrocede y saca su arma.

Por un horrible momento, Ella está segura de que va a disparar para abrirse paso. Malik parece pensar lo mismo, porque retrocede y levanta las manos.

—Ari, por favor. ¡Nos condenarás a todos a la muerte!

Ari parece no escucharlo. Solo mira el arma durante un momento y luego vuelve a mirar a Malik.

—Me queda una bala. Lo intenté, pero... no pude... —Extiende el arma frente a él, con el mango hacia la puerta—. Por favor, señor. ¿Podría hacerme un último favor?

—Dios mío —susurra Uzma, comprendiendo lo que Ari está pidiendo.

—No puedo terminar como ellos —dice Ari, mirando a los zombis a sus pies—. No puedo terminar como Amund... —El guardia aprieta sus labios temblorosos—. Lo vi... él estaba... Oh, Dios... Le di paz... —Esa última parte apenas es un susurro. Un violento escalofrío recorre su cuerpo, y casi cae de rodillas—. Por favor... no sé cuánto tiempo me queda...

Malik niega con la cabeza lentamente.

—Lo siento mucho, Ari. Pero no puedo. Sería un gran insulto para Alá quitar una vida. Lo siento mucho.

Ari parpadea, asiente, y luego dirige su mirada hacia Ella.

Malik, Uzma y Oliver también la miran.

Ari no hace la pregunta. No es necesario.

Ella lo considera brevemente. Verificando internamente si puede hacerlo o no. La respuesta llega sorprendentemente fácil.

—Lo haré —dice en voz baja. Da la vuelta a la mesa y se dirige hacia la puerta.

Justo cuando está a punto de abrirla, otro par de zombis llega a la terraza.

—Espera un momento —dice Ari, recogiendo la pala. Los golpea en la cabeza uno por uno. Le cuesta mucho esfuerzo esta vez. Está casi demasiado débil para poner la suficiente fuerza detrás de los golpes para abrirles el cráneo. Pero lo logra.

Ella gira la cerradura.

—Entiendo por qué haces esto —dice Malik desde detrás de ella—. Pero por favor, reconsidéralo. Dios no mira con buenos ojos a quienes quitan una vida.

Ella gira la cabeza para mirarlo, luego dice simplemente:

—Me temo que ya es demasiado tarde para mí. —Abre la puerta de la terraza y sale al aire frío de la noche. Malik cierra la puerta inmediatamente con llave.

Ari parece que apenas puede mantenerse en pie. Se está abrazando a sí mismo, temblando, gimiendo, su mandíbula está temblando incontrolablemente y está llorando.

—Gracias —balbucea, ofreciéndole el arma—. Muchas gracias.

Ella toma el arma. Señala hacia el césped.

—Deberíamos... hacerlo allá. Donde Oliver no pueda vernos.

Ari asiente y baja de la terraza. Ella lo sigue en la oscuridad. En la tranquila noche, puede escuchar a los zombis merodeando por todos lados. Algunos de ellos se sientes atraídos por la casa, otros parecen estar atrapados fuera de la muralla. A ninguno de ellos parecen importarles ni a Ari ni a Ella.

Ari se detiene y cae de rodillas. Al principio, Ella piensa que simplemente se derrumba, incapaz de continuar. Pero luego inclina la cabeza hacia atrás y mira el cielo nublado. Su respiración sale en jadeos blancos y entrecortados. Está murmurando algo que Ella no puede escuchar. Parece que está hablando con su hermano.

Ella carga el arma. Sus movimientos son rígidos, y no solo por el frío. Ha disparado un arma muchas veces recientemente, por lo que pensó que podría hacerlo una vez más. Resulta que, sin embargo, disparar a zombis es muy diferente. Disparar el arma para evitar que los muertos la ataquen, eso es defensa propia. Incluso dispararle a Gunhild; eso fue un acto de misericordia.

Pero esto... poner una bala en la cabeza de una persona aún viva a quemarropa.

Esto es una ejecución, simple y llanamente. No importa cómo lo mire. Malik tenía razón. Estoy quitando una vida. Me estoy convirtiendo en asesina. No hay vuelta atrás.

—Por favor —susurra Ari—. Por favor...

No sabe si le está hablando a ella, sintiendo su vacilación, suplicando que lo haga de una vez, o se está dirigiendo a alguien más.

Fuerza una profunda y gélida bocanada de aire en sus pulmones. Luego apunta el arma a la cabeza de Ari y susurra:

—Que Dios me perdone.

El estallido resuena en el silencio exterior.

26

—Ahí viene otro...

Kristoffer no responde, así que Anne gira la cabeza para mirarlo, esperando que esté dormido. No lo está. Está encorvado sobre el libro abierto en su regazo, pasando un dedo por las líneas mientras lee. En la otra mano sostiene la pequeña luz LED. El resplandor azulado ilumina su rostro.

—¿Kris? Está a tu lado.

El tipo finalmente levanta la vista del libro.

—¿Hmm?

Anne señala hacia su ventana. Él sigue su dedo. La silueta de una figura se acerca al coche, caminando con ese andar característico y arrastrado.

Ella le pasa la pistola.

—Es tu lado, te toca.

Él deja a regañadientes el libro en el salpicadero y toma el arma. Luego baja la ventana.

—Oye, eso es trampa —comenta Anne—. Tienes que salir.

—¿Por qué? —pregunta él, girándose en su asiento para apuntar—. ¿Para congelarme el trasero? Cúbrete los oídos.

Anne se cubre las orejas con las manos. Kristoffer espera astutamente hasta que el zombi está a tres o cuatro pasos del coche antes de dispararle en la frente. El tipo se desploma con un ruido sordo.

Kristoffer sube la ventana y le devuelve la pistola. Sin decir una palabra, toma el libro y vuelve a leer.

Anne revisa su teléfono. Aún nada nuevo de Ella. Mira hacia el espejo retrovisor, viendo las luces de la mansión. Están estacionados a unos cien metros, siguiendo las instrucciones de su

hija. Ella la llamó hace diez minutos, explicando que la casa está rodeada de personas infectadas, y que sería una mala idea acercar el coche demasiado. En su lugar, Ella acudiría a donde se encontraban ellos.

El resto del grupo está en la casa de Kristoffer. Los dejaron allí, llenaron el depósito con la gasolina del sótano de Kristoffer y luego se dirigieron a Lillehammer. Solo hicieron dos paradas rápidas en el camino. Una fue para llenar de nuevo el tanque, afortunadamente la estación de Lillehammer seguía funcionando, y la otra fue para irrumpir en la biblioteca pública.

—¿Dónde estás, cariño? —murmura Anne, dándose cuenta de que está hablando en voz alta. Avergonzada, mira a Kristoffer, pero ni siquiera la ha escuchado; está completamente absorto en el libro otra vez.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunta ella.

—Oh, ya lo creo —responde él, apartando brevemente los ojos del libro para darle una mirada significativa—. Espera a que escuches esto. Creo que he descubierto por qué...

Se interrumpe al notar algo fuera de la ventana de Anne. Asiente y murmura:

—Te toca a ti.

Luego vuelve inmediatamente a leer.

Anne mira por su ventana y ve a una persona acercándose al coche. Decide imitar el truco de Kristoffer y baja la ventana. Luego apunta y está a punto de disparar, cuando...

—¿Mamá? ¡Soy yo!

Anne da un grito ahogado y retira la pistola. Se apresura a abrir la puerta, casi se cae del coche y abraza a su hija con fuerza.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, cariño, qué alegría verte! —Inhala el aroma del cabello de Ella—. No se ha lavado en días, pero es el mejor olor que Anne ha sentido jamás.

Ella la abraza brevemente antes de soltarse.

—Yo también me alegro de verte, mamá —sonríe—. Pero tienes que volver al coche. Están por todas partes; pasé al menos a veinte de ellos en el camino.

Como para probar su punto, Anne escucha un gruñido y pasos arrastrados a través de la nieve. Rápidamente regresa al asiento del conductor.

Ella se sube en la parte trasera y cierra de un portazo.

—Madre mía, hace un frío helado allá afuera —dice, soplando en sus manos—. Oh, hola. No te vi.

Kristoffer se gira en su asiento, sonríe y le tiende la mano.

—Soy Kris.

—Ella. Qué amable de tu parte venir para que mi madre no tuviera que conducir sola.

—No está aquí para hacerme compañía —gruñe Anne, poniendo el coche en marcha. Comienza a conducir por la carretera, vigilando cuidadosamente los lados. No le importa atropellar a las personas infectadas, pero no quiere que la sorprendan y la hagan salirse del camino.

—Fuimos a la biblioteca —dice Kristoffer, levantando el libro—. Encontré un libro allí. El que leyó Halgrim. ¿Te acuerdas, el tipo que...

—Sí, el tipo que desenterró la tumba.

—Exacto. Este es el libro de donde sacó toda su información. Hay muchas cosas que no mencionó en su diario.

—¿Dice algo sobre cómo matarlo? —pregunta Anne, girando hacia la carretera principal.

—Solo he leído por encima esa parte —responde Kristoffer—. Pero no soy muy optimista. Si hubiera algo sobre eso aquí, Halgrim sin duda lo habría intentado.

Hay un momento de silencio en el coche.

—Bueno, ¿entonces qué dice? —pregunta Ella.

Kristoffer se gira de nuevo para mirarla. Anne nota la sonrisa emocionada en su rostro.

—Explica por qué eres inmune.

Rápidamente pasa las páginas.

—Aquí, déjame leértelo... “Una vez que la ira del draug ha sido invocada, nada en la Tierra puede detenerlo. Nada lo calmará, superará o apaciguará. Nadie puede derrotar a un draug despierto, y nadie puede esconderse de él sin importar a dónde vaya”.

Kristoffer se detiene y mira a Ella.

—“Nadie, excepto su maestro y sus descendientes directos”.

Deja de hablar, y Anne mira a Ella por el espejo. Su hija niega con la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Significa que eres pariente de quien sea que esté enterrado en esa tumba. Y la descendencia de ese tipo es la única a la que el draug no puede hacer daño.

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con que sea inmune?

—La infección... o mejor dicho, la maldición... como quieras llamarlo... es obra del draug. Es su ira, manifestada. Así es como lo describen aquí...

Pasa frenéticamente las páginas de nuevo.

—¿Dónde estaba...? Maldita sea, ¿dónde estaba...? Ah, aquí está. “... Al ser capaz de realizar trollskap, el draug puede controlar el clima, manipular los elementos y convertir el día en noche.

También puede maldecir a los vivos con infortunio, enfermedad e incluso... ¡atención a esto!... e incluso hacer que vaguen por la Tierra después de la muerte, reflejando por toda la eternidad su propio y terrible destino; la maldición que fue impuesta por la familia que lo creó: la condena definitiva. La maldición de nunca morir...”

Kristoffer suelta un largo suspiro tembloroso y mira a Anne y luego a Ella.

—Santo Dios... si eso no te pone la piel de gallina, no sé qué lo hará.

Anne siente un escalofrío recorrer su cuero cabelludo. Se aclara la garganta y trata de hablar con un tono de normal.

—Aun no entiendo cómo eso explica lo que le pasó a Ella.

—No, no lo entiendes —dice Kristoffer, sacudiendo la cabeza—. Si tengo razón, entonces no le pasó nada. Siempre fue inmune. Ella es... ¿cuál era la palabra que usaban...? ¡Sacrosanta! Ella es sacrosanta. Porque su antepasado es la persona a quien el draug está destinado a proteger.

—Espera, ¿no dijiste que estaba protegiendo un tesoro? —pregunta Ella.

—Sí, bueno, no exactamente. Está protegiendo la tumba y todo lo que hay dentro. La persona enterrada allí era obviamente rica, alguien importante, así que le dieron muchas cosas valiosas para llevar al más allá... o lo que sea que creyeran en aquel entonces. El draug es como un perro guardián con esteroides. Aquí dice en alguna parte...

Pasa otras cuantas páginas antes de perder la paciencia.

—Bah, lo resumiré. El draug fue una vez humano. Probablemente alguien que trabajaba para el tipo rico. Fue elegido para seguir a su amo más allá del mundo de los vivos, así que lo enterraron junto con el cadáver y el tesoro, y lo maldijeron para que nunca dejara de proteger la tumba. Está obligado por su deber. Lo que significa que ni siquiera la muerte pudo liberarlo de su responsabilidad. Así que cuando murió de hambre allá abajo en la oscuridad, regresó como un draug. Este renacido, este monstruo, este... súper zombi, si quieres. Puede hacer todas estas cosas malvadas, pero nunca puede dañar a la persona a la que está destinado a proteger, incluyendo a los descendientes de esa persona... —Termina mirando a Ella.

Anne también observa a su hija en el espejo retrovisor.

Ella parece pensativa durante un largo momento. Luego, dice:

—Pero eso significa que tú también deberías ser inmune, mamá.

Anne niega con la cabeza.

—Definitivamente no. Han intentado comerme varias veces.

—¿Estás segura? —pregunta Ella—. ¿Estabas sola o siempre con otras personas? Porque ese fue el error que cometí al principio; pensé que venían por mí, cuando en realidad era por Marit y

los demás.

Anne recuerda brevemente cómo apenas salió con vida de la estación donde liberó a Aksel, Belinda y Rosa. Todavía recuerda vívidamente a la mujer en el vestuario que se despertó y la atacó. No había nadie más alrededor, y la mujer definitivamente fue tras ella.

—Estoy segura —dice en voz baja.

—De acuerdo, entonces... debe ser por parte de mi padre —dice Ella—. Si es que esto es cierto.

—¿Dónde está tu padre? —pregunta Kristoffer.

Anne observa cuidadosamente la expresión de Ella en el asiento trasero.

—No lo sé —murmura Ella, frunciendo el ceño—. Nadie lo sabe. Era un donante de esperma.

—Oh —dice Kristoffer, echando una mirada a Anne—. Bueno, no podemos realmente comprobar la teoría entonces, pero... sigo pensando que es verdad. Y si tengo razón, entonces podrías ser la única persona viva que puede detener al draug.

—¿Pero cómo? —pregunta Ella—. Dijiste que el libro no decía nada sobre eso.

—No directamente, no. Y todavía tengo que leer la última parte. Pero por lo que he recopilado... solo se puede matar a un draug de una manera muy específica. Algo así como un vampiro, ya sabes, la estaca de madera en el corazón. Bueno, para matar a un draug, hay que decapitarlo con una espada de hierro, luego quemar el cuerpo y esparcir las cenizas al mar. Eso ya lo sabíamos de las notas de Halgrim. Lo que no sabíamos era que alguno de nosotros podría acercarse lo suficiente al monstruo para hacerlo. Pero creo que tú puedes, Ella.

Ella suelta una carcajada.

—Esto es una locura... Entonces, déjame ver si te entiendo. Se supone que debo encontrar una espada de hierro, entrar en una tumba antigua y cortar la cabeza de un monstruo sobrenatural. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Kristoffer se encoge de hombros.

—Más o menos, sí.

—¿Y se supone que debo hacerlo sola?

—Sí, bueno, te ayudaremos todo lo que podamos, pero tú eres la única...

—Sí, sí, ya lo sé, la única a la que el draug no puede hacerle daño.

—No estoy tan segura de eso —dice Anne, sorprendida de escucharse hablar. Está mirando fijamente la carretera. Afortunadamente, ha dejado de nevar.

—No, sé que es difícil de creer —comienza Kristoffer—. Pero...

—No eso —lo interrumpe Anne—. La parte de que Ella es la única descendiente viva. Su padre... su padre sigue vivo.

Sigue un completo silencio. Anne no necesita mirar el espejo para sentir la mirada penetrante de su hija.

—¿Qué quieres decir, mamá? —pregunta Ella con cautela—. Pensé que dijiste que era anónimo.

—Lo era. Lo es. Pero...

Anne no puede creer que las palabras salgan de su boca. Durante todos estos años, lo ha mantenido en secreto. Incluso juró llevárselo a la tumba. No solo por ella misma o por Ella, sino también por el donante.

—¿Pero qué, mamá?

Anne aprieta los labios y luego dice:

—Vi su nombre. En ese momento, en la clínica. La última vez que fui. La doctora, ella... usaba estas gafas enormes que estaban de moda en ese momento. Y vi el reflejo de la pantalla. Aunque estaba al revés, pude leer el nombre. Traté de olvidarlo, pero se quedó grabado en mi memoria.

Hace una pausa, dejando que la información se asimile.

—¿Así que has... has sabido su nombre todos estos años?

—Sí —admite Anne—. Tienes que entender, no pensé que importara, cariño. No se suponía que lo podía saber. No estaba permitido. Tenía miedo de que si se enteraban de que lo sabía, cancelaran todo... Era joven y tonta, y de verdad, realmente quería tenerte, así que me mantuve callada. Luego, cuando creciste lo suficiente para entenderlo, pensé en decírtelo, pero tenía miedo. No sabía cómo lo tomarías. Quizás irías a buscarlo. Y todo saldría a la luz... podría perder mi trabajo, podría...

—Lo entiendo, mamá.

Anne finalmente mira a su hija, y para su alivio, ve una empatía genuina.

—Entiendo por qué no pudiste decírmelo. No estoy enojada contigo. Nunca sentí que necesitara un padre. Hiciste un gran trabajo, mamá.

La garganta de Anne se cierra.

—Gracias, cariño.

—Pero... ¿sabes su nombre? —pregunta Kristoffer con cautela.

—Sí —dice Anne, tragando saliva.

—Entonces... ¿podemos ir a buscarlo?

Anne niega con la cabeza.

—No necesitamos hacerlo. Ya lo hicimos.

Ambos la miran en silencio.

—Es curioso —gruñe Anne—. En el momento en que descubrí quién era, me sentí muy aliviada de no haberte dicho su nombre, y de que no lo buscaras. Me pareció que... bueno, ya verás por ti misma.

Respira hondo, preparándose para lo que va a decir.

—Ya lo comprobé, solo hay una persona en Noruega con ese nombre. Y, por supuesto, lo reconocí de inmediato. —Mira a Ella de nuevo. Su hija la está mirando fijamente.

—Cariño, el nombre de tu padre es Folmer Fostervoll.

* * *

Si aún no has leído la precuela, *Draug*, todavía puedes conseguirla gratis en

nick-clausen.com/draug-es

O, si lo prefieres, puedes continuar con el Libro 7 en

nick-clausen.com/cada7